La vida es un chicle de menta

Jessica Sanz Jiménez



La vida es un chicle de menta

Jessica Sanz Jiménez

Ttulo: La vida es un chicle de menta
2024, Jessica Sanz Jiménez

Corrección: 2024, Lydia Chas
Maquetación: 2024, Aitana Sánchez Blanco
Diseño de la cubierta: 2024, Cothe Sánchez
1ª edición: 2024, octubre

La corrección se realizó siguiendo los parámetros establecidos en la última edición de la Ortografía de la lengua española (2010)
Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.
Obra registrada en la Propiedad Intelectual.

Todos los derechos reservados.

Dedicatoria: Para ti, Hugo

Nota de la autora

El primer libro, *La vida no es un chicle de fresa*, con el que me estrené como autora, era autoconclusivo, lo juro. Jamás imaginé escribir una continuación. Dejé todas las tramas cerradas y a cada personaje con su final feliz. Pero hay lectores que os habéis quedado con ganas de saber más. Lectores que habéis vivido la historia con ilusión y emoción, incluso me habéis sorprendido diciendo que habéis reído y habéis llorado, y que le habéis cogido el mismo cariño que yo a los personajes.

Para todos los que me habéis pedido una segunda parte aquí la tenéis, *La vida es un chicle de menta* es para vosotros, espero estar a la altura y que la disfrutéis igual que la primera.

Gracias por el apoyo recibido, por las opiniones que tanto me ayudan a mejorar, por el cariño que me habéis transmitido y por motivarme a seguir cumpliendo sueños.

Además, si estáis con estas páginas entre las manos es porque habéis decidido darle una oportunidad a mi segundo libro, así que gracias también por estar conmigo una vez más.

1

—Tenemos que dejarla.

—¿Qué? ¿Qué ha pasado?

—Lo sentimos, Eli, pero no hemos encontrado a nadie con quien dejar a Paola —se excusó Patricia mientras me tendía a su hija. La sostuve lejos de mí, como si la aguantara con pinzas. No era que no me gustaran los niños, era que no se me daban demasiado bien. Mi amiga lo sabía. Aun así, no le importó colgarme una bolsa en el cuello a rebosar de biberones.

—No me pongas esa cara, si no fuera urgente, no te lo pediría.

¿Y la urgencia era…?

—Esta noche mi maridito y yo nos vamos al concierto de Camela.

¡Tócate los cojones!

—¿Y eso es urgente, Patri?

—¡Urgentísimo! ¿Me has escuchado? ¡Camela! ¡Se trata de Camela!

Puse los ojos en blanco.

—No te agobies, tía, sé que lo harás bien. Además, solo es una noche. Por muy mala que sea, podrás soportarla.

Cuando estaba a punto de quejarme, un nauseabundo olor se adentró en mis fosas nasales y tuve que reprimir una arcada.

—¿Qué es ese olor?

—¿De verdad hace falta que te lo explique? —Me colgó otra bolsa más en el cuello y me indicó—: Aquí tienes los pañales y todo lo demás que necesitas. ¡Suerte!

Y, sin darme tiempo a replicar, lanzó un beso al aire y cerró la puerta.

—Maldita Patricia… —Me dirigí a Paola con la mejor de mis sonrisas y, añadí—. ¿Y ahora qué se supone que tengo que hacer contigo? Venga, no creo que sea tan difícil, ¿no?

Su respuesta fue echarse a llorar. De manera desconsolada. Con mocos incluidos.

—¿Pero a quién tenemos aquí? Hola, chiquitina —saludó Hugo desde mi espalda.

—¿Dónde está el botón para apagarla? —pregunté desesperada.

—Anda, calla, déjame cogerla. —Le hizo una carantoña con la que se calmó al instante—. Parece que alguien por aquí se ha hecho caca.

La colocó sobre el sofá y, como si llevara haciéndolo toda la vida, le cambió el pañal con destreza, e incluso le echó colonia.

—Tira la bomba a la basura —dijo el gracioso mientras me lanzaba el pañal. Lo alcancé al vuelo y, de nuevo, me entró otra náusea.

—Ni de coña.

—Pues quédate con Paola mientras lo tiro yo.

Me acerqué al bebé e intenté mostrar soltura para que no notara mi inseguridad. Ella me miró. Yo la miré. Y en su cara se empezó a formar un puchero.

—Hola, princesa. —Repetí la misma carantoña que le había funcionado a Hugo minutos antes. Pero conmigo causó el efecto contrario. Paola no tardó en estallar en llanto mientras llamaba a su madre.

Mis nervios volvieron a crisparse.

—Paola, cielo, tus papás han tenido que salir. Y aunque a mí no se me dan especialmente bien los niños, por ti voy a hacerlo lo mejor posible, porque te quiero, te quiero muchísimo, enana.

—*Quelo* mamá.

Un agudo chillido me perforó el tímpano.

—Joder, qué susto. Menudos pulmones tienes.

Para mi sorpresa, Paola soltó una carcajada y repitió:

—*Jodé*.

—¿Qué has dicho?

Paola volvió a reír y a soltar la dichosa palabrita.

—No, no, no, Paola, cariño, esa palabra tan fea no se dice.

Se le cortó la risa en seco y se puso seria.

—¡No, pero no llores! No te estoy riñendo. ¿Quieres que leamos un cuento? —propuse sin saber cómo había que entretener a un bebé de un año y medio.

—¡No! —chilló y gesticuló también con la cabeza—. ¡Cuento no!

—Música, sí, la música siempre amansa a las fieras.

—¡No! ¡Tita Lisa, no *quelo* música! —Cada vez estaba más enfadada y era cuestión de segundos que una rabieta se apoderara de ella y, si así era, no descartaba echarme a llorar yo también.

—«Cuando zarpa el amor —comencé a cantar a Camela en honor a los padres que me habían dejado a la criatura—, navega a ciegas, es quien lleva el timón».

—Joder, qué desafine —se rio Hugo tapándose los oídos—, ¿lo que quieres es que llueva para arruinarles la noche y que vengan pronto a recoger a su hija?

—¡*Jodé*! —chillo ella muerta de la risa—. *Jodé, jodé*, *jodé*. Sois muy *glasiosos*.

Hugo me miró con cara de asombro, o peor, de terror por imaginar la reacción de sus amigos cuando descubrieran que, a su hija, para una vez que nos la dejaban, le habíamos enseñado a decir una palabrota.

—Joder… —pronuncié yo algo avergonzada.

—¿Qué haces? —me reprendió.

—¡Y yo qué sé!, prefiero esto que tenerla llorando —me defendí como pude—, ¿no? —pregunté, necesitaba su aprobación.

—Pero ¿cómo puedes decir eso? Paola, cariño, esa palabra es muy mala.

Y explotó. De nuevo lloró como si no hubiera un mañana y, para colmo, los mocos le desbordaron la cara. Lo peor fue que nos los restregó por la ropa. Contuve otra arcada, me puse a bailar y volví a cantar.

—«Sueño contigo, ¿qué me has dado? Sin tu cariño no me habría enamorado…»

—¿Qué te ha dado hoy con Camela? —me recriminó Hugo que no compartía los mismos gustos musicales que nuestros amigos.

—Ah, ¿no te has enterado? Patricia y Paolo están de concierto.

—¿Qué? —preguntó Hugo, que con tanto lloro no me escuchaba.

—¡Patricia y Paolo están de concierto!

—¡Pero si de concierto estamos nosotros con su hija! Joder, ya les vale.

—*Jodé.*

Y se hizo la paz… Un placentero silencio volvió a inundar la habitación.

Al final, no nos quedó más remedio que usar la dichosa palabrita. Paola lo celebró entre aplausos. Incluso nos vinimos arriba y nos inventamos una canción con coreografía incluida.

Todo fueron risas hasta que llegó el momento de dormir. Eran las dos de la madrugada y las pilas de Paola aún no se habían agotado. Hugo y yo estábamos recostados en el sofá y nos dábamos codazos mutuamente para mantenernos despiertos.

Cuando se alinearon los astros y al fin cayó rendida, lo celebramos, pero, por desgracia, la tregua duró poco. Se despertó cada media hora para pedir el chupete que se le caía de la boca. Estábamos desesperados e irritados, teníamos la cara desencajada, nos movíamos por inercia… Fue una de las peores noches de nuestra vida.

Nota mental: jamás tendré hijos.

2

A la mañana siguiente, a las seis, ni más ni menos, Paola ya estaba en pie. Fresca. Radiante. Con una vitalidad imparable. Nosotros, en cambio, no sabíamos cómo sacar energías para levantarnos de la cama. Nos miramos y, al ver nuestro aspecto tan demacrado, no supimos si reír o llorar.

Nuestros amigos, hasta las doce del mediodía, no se presentaron en casa.

—¡Qué gran noche! —exclamó Patricia, se abrió paso entre nosotros para abrazar a su hija que jugaba en el suelo—. Mi pequeña, qué ganas tenía de verte, pero qué pronto voy a volver a dejarte.

Hugo y yo nos miramos aterrados.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Paolo—. ¿Se ha portado bien nuestra muñeca?

—Si por muñeca entendemos Chucky, sí —se me escapó. Hugo me pegó un codazo e intervino para quitarle importancia.

—Os ha echado de menos y le ha costado un poco dormir, pero todo controlado.

Miré a Hugo, admiré esa actitud tan positiva después de la nochecita que habíamos pasado. Pero, aunque quisiera ocultarlo para no incomodar a nuestros amigos, Paola le delató soltando la palabra que le había quedado como recuerdo de nuestra noche juntos.

—*Jodé*.

—¿Paola acaba de decir su primera palabrota? —nos preguntó su madre con los ojos muy abiertos.

—*Jodé*, *jodé*… ¡*jodé*! —repitió, reía cada vez más. Hugo y yo nos encogimos de hombros a la espera de la reprimenda.

—Con que todo controlado, ¿eh? —dijo Paolo con una medio sonrisa.

—¡Paola ha dicho joder! ¡Sí, lo ha dicho! ¡Ya sabe decir una palabrota! Ay, mi niña de mamá, qué lista eres. —Cuando terminó de comérsela a besos nos dio las gracias—. Sabía que lo ibais a hacer genial. Gracias, de verdad que sois los mejores amigos que podíamos tener. Nos habéis hecho un gran favor quedándoosla. Ha sido una noche increíble, hemos disfrutado muchísimo de estar los dos solos. Lo necesitábamos y mucho.

La vi tan feliz que lo único que me salió fue darle un abrazo y decirle que me tendría siempre que lo necesitara. Y lo dije de corazón. Todo lo vivido la noche anterior me lo compensaba con esa felicidad.

El timbre de la puerta sonó y Patricia y yo nos separamos. No esperaba recibir más visitas. Pero nuestro amigo Cristian siempre aprovechaba la menor ocasión para apuntarse al bombardeo.

—Ya estoy aquí, guapos, traigo comida india para todos. Y a mi pelirrojo, por supuesto.

—¿Al pelirrojo también para todos? —bromeó Patricia.

—Aparta esas garras de él, lagarta. —Le dio un beso a su pareja, Álvaro, y dejó las bolsas del restaurante encima de la mesa del salón.

Era la primera vez que Cristian tenía pareja y estábamos todos tan sorprendidos como él de que ya llevaran un año y medio juntos.

—¿Cómo está mi nena favorita? —le dio un beso en la frente a Paola y le alborotó el pelo—. Elisa,

ponnos una copa de vino que venimos secos —me ordenó entrando en la cocina.

—¡Qué habréis hecho! —exclamé mientras sacaba la botella de la vinoteca.

—Pues lo de siempre, cariño. Darle tres vueltas al *Kamasutra*.

—¿He oído *Kamasutra*? ¿Y eso que huelo es vino? —asomó la cabeza Patricia.

—Sexo y alcohol, sí, tus dos fantasías. —Les ofrecí una copa que no tardamos en degustar.

—Menos beber y a la mesa, que la comida se enfría —nos interrumpió Paolo.

—Ya está el aguafiestas…, a ver cuándo salimos a darlo todo, necesito perrear. —Patricia empezó a contonear el cuerpo y Cristian le siguió.

—¿Perrear y emborracharnos con nuestra edad? No es plan, ¿no?

—Cristian, ¿desde cuándo te importa a ti no parecer un tío cabal? —le pregunté.

—Tienes razón, desde nunca. Aunque creo que desde que estamos casados hemos perdido facultades. No me mires así, Álvaro, que menudo pieza era antes de estar contigo y mira lo modosito que soy ahora.

—Aquí la única que está casada y tiene un pedrusco soy yo —intervino Patricia remarcando solo lo que le interesaba y poniéndose la mano en la cara para presumir de anillo.

—Chicos, el *butter chicken* está delicioso y no lo vais ni a oler —nos llamó Hugo desde el salón.

—¡A *comé*, sí! —celebró Paola.

Cogimos la botella de vino y nos sentamos con ellos.

—¿Cómo va el tema de la clínica? —se interesó Patricia mientras se echaba un poco de pollo para no correr el riesgo de quedarse sin probarlo.

Hugo era auxiliar en una clínica dental. Su jefe llevaba tiempo con la intención de jubilarse y dejar el puesto libre para uno de sus trabajadores.

—Continúo en el proceso de selección, aunque todavía queda un largo camino. Quiere asegurarse bien antes de dejar su legado en manos de uno de nosotros, ya sabéis que a su empresa la quiere como si fuera un hijo más.

—¿Cuántos os habéis presentado al puesto? —se interesó esta vez Paolo.

—Ocho, ahora solo quedamos la mitad. La semana que viene es la última prueba y los dos seleccionados, irán a la sucursal de Barcelona durante dos semanas para un curso intensivo. En realidad, uno de esos puestos ya está decidido de antemano: su sobrina Nerea. Veo difícil competir contra alguien de su familia, pero quiero intentarlo. El «no» ya lo tengo.

—Esa es la actitud. —Paolo le dio una palmada en la espalda, orgulloso.

—¿Nerea? ¿Si pasas el proceso de selección te irás de hotel con Nerea? —Mi inseguridad fue la que habló por mí.

—Por los celos de Elisa tiene pinta de ser un pibón —se rio Cristian.

—Pibón —repitió Paola.

—Lis, no me iría de hotel con ella, iríamos a un curso juntos.

—Sí, lo sé, no quería que sonara de esa manera. Haz lo que tengas que hacer por conseguir el puesto.

—¿Haz lo que tengas que hacer? Eso ha sonado aún peor, tía —se burló Patricia.

—Ya me habéis entendido —me excusé—, yo lo voy a apoyar en todo, siempre. Confío en él y sé

que puede conseguir todo lo que se proponga.

—Qué bonito te ha quedado. Un brindis por el nuevo jefe —alzó la copa Cristian.

—Dentadura nueva para todos —chocó su bebida Patricia.

—*Jodé* —brindó también Paola a su manera mientras acercaba su botella de agua.

—Muy bien dicho, Paola, joder —aprobó Cristian.

Y, entre risas, acabamos de pasar la tarde. Cuando se fueron, Hugo y yo estábamos derrotados, la noche sin dormir nos pasaba factura.

—¿Y si terminamos de recoger mañana y ahora te doy un masaje? —me susurró al oído.

Un suave cosquilleo me recorrió por todo el cuerpo. Todavía me costaba asimilar que compartía mi día a día con él, todavía me parecía el hombre perfecto. Hugo tenía todo lo que estaba bien en una persona. Todo lo que yo buscaba y esperaba en un compañero de vida.

Me puse frente a él y me perdí entre el sabor de sus labios. Me cogió a horcajadas y me llevó hasta nuestra habitación, me tumbó de espaldas sobre la cama y, al empezar el masaje, mi cuerpo no soportó más emociones ese día y me quedé dormida en menos de un minuto.

3

Era domingo y yo, como cada domingo, iba a visitar a mi abuelo Ramón a la residencia en la que estaba alojado desde hacía años. Teníamos una relación muy estrecha, habíamos estado muy unidos y, ni siquiera el alzhéimer que padecía, había logrado distanciarnos. Le quedaban pocos momentos de lucidez y había días en los que incluso no me reconocía. Eso me hacía querer pasar todavía más tiempo a su lado y disfrutar de esos momentos que podían ser los últimos.

Desde que a Carmen, el amor de su vida, se la había llevado un cáncer, él había empeorado a pasos agigantados.

—Hola, abuelo —le di un beso en la sien y aspiré su aroma, ese que tanto me enternecía.

—Elena… —Mi abuelo llevaba años llamándome Elena en vez de Elisa y yo no solo había llegado a acostumbrarme, sino que había llegado a valorarlo y me encantaba. Era otra cosa más que me hacía sentir muy unida a él. Algo único entre nosotros.

—Te he traído estas galletas que tanto te gustan.

—Gracias.

—¿Quieres una?

—Sí.

La probó y una sonrisa delató su satisfacción. Observé el placer con el que saboreaba una simple galleta. Como si le hubiera dado el mayor de los tesoros.

—Gracias.

—No tienes que dármelas, abuelo. —Le acaricié la mejilla y él entrecerró los ojos.

—¿Tienes galletas?

—Sí, ¿quieres otra?

—Hoy no he comido ninguna.

El corazón se me encogió.

—Aquí tienes, tu galleta favorita —le dije a la vez que se la ofrecía de nuevo. Mi abuelo volvió a repetir el mismo acto de disfrute—. ¿Quieres que salgamos a pasear?

Él asintió con la mirada y con la cabeza.

—Qué chica tan guapa ha venido a verle hoy, ¿eh, Ramón? —Manoli, una de las enfermeras, se acercó a nosotros con el bastón de mi abuelo en la mano.

—Para guapo él. Me lo llevo al jardín antes de que me lo quiten.

—Ramón, ¿quiere el bastón?

—No hace falta. —Quiso hacerse el fuerte, pero, para levantarlo del sillón, tuvimos que ayudarle entre las dos—. ¿Sabe qué? Démelo, algunas veces hay que saber aceptar una derrota.

Sonreí orgullosa.

—Disfrute del paseo, Ramón. Nos vemos a la una en el comedor. —Y, entre susurros, y de manera cómplice, añadió—: Hoy hay cordero, y los que llegan primero se llevan la mejor parte.

Agarré a mi abuelo del brazo y salimos al jardín de la residencia. Un espacio pequeño pero

suficiente para la cantidad de residentes que había. El dar la vuelta entera nos llevó gran parte de la mañana. Se paraba no solo para descansar, sino para apreciar cualquier planta nueva que viera germinar. Siempre había valorado las pequeñas cosas de la vida. A todo le encontraba la belleza y el valor. Lo cual le llevaba a tener una actitud positiva, optimista y alegre. En definitiva: envidiable. Lo admiraba por ello.

—Mira esta rosa. —Mi abuelo se detuvo frente a un rosal y lo señaló con el bastón.

—Es bonita, ¿verdad? Además, huele muy bien.

—A Carmen le hubiera gustado. La rosa roja era su flor favorita porque simboliza la pasión y el amor.

Un pinchazo me paralizó. Mi abuelo siempre la tenía presente. Parecía como si el alzhéimer la excluyera y pudiera recordar su historia con claridad. Una historia que había sobrevivido al paso del tiempo y la distancia.

—Hola, Ramón. ¿Cómo estás?

Apareció un Hugo sonriente, le dio un abrazo a mi abuelo y a mí un beso.

—Mira, cariño, mi abuelo dice que esta rosa le hubiera gustado a tu madre —le dije con delicadeza.

Hugo se abstrajo en ella y le tocó los pétalos. Hacía menos de dos años que había perdido a su madre y le dolía igual que el primer día. Aun así, no lo mostraba. Libraba su propia batalla interna sin dejarnos acceder a los demás. Luchaba contra viento y marea por aparentar una entereza de la que, en ocasiones, carecía.

—Se le echa de menos, ¿verdad, Ramón? —Le pasó el brazo por los hombros a la persona con la que compartía su mismo dolor y unió su cabeza a la de él—. Era una mujer increíble.

—Sí, era maravillosa.

El destino había querido que mi abuelo se enamorara de la madre de Hugo y que, años más tarde, nosotros también lo hiciéramos. La diferencia era que ellos no habían podido vivir su amor. Vivieron entre resentimiento y culpabilidad, lo que les obligó a estar separados durante años. Hasta que, en el tramo final de la vida de Carmen, dejaron todo atrás y volvieron a unirse, pero ya fue demasiado tarde. La enfermedad de Carmen apenas les concedió un par de días. Y eso a mi abuelo le pasó factura.

—¿Quieres quedarte la rosa?

—No, aquí podrá seguir creciendo y podré venir a verla. —Avanzó unos pasos y se encaró hacia el comedor al ver a Manoli, que le hacía gestos con la mano.

—Te quiero, abuelo —le dije al despedirme y lo acompañé de un abrazo y un beso en la mejilla.

—Yo también, Elena.

Hugo y yo regresamos a casa en un paseo. El camino fue más silencioso que de costumbre.

—Siento recordarte a tu madre cada vez que vamos a la residencia. Mi abuelo la tiene muy presente y es inevitable…

Hugo interrumpió mis disculpas.

—Me encanta que forme parte de nuestro día a día. Una persona como ella lo merece.

—Sabes que puedes hablar conmigo siempre que lo necesites, ¿verdad? —Me detuve para ponerme frente a él y coger sus manos—. No solo de ella, también de tu padre, de tu trabajo o de

cualquier cosa que te preocupe.

Su padre lo había abandonado cuando tenía quince años y, hasta el entierro de su madre, no lo había vuelto a ver. Desde entonces, habían pasado los meses y no se había puesto en contacto con él ni habían vuelto a coincidir.

Hasta ese momento.

—Mierda. —Hugo se puso en tensión y se deshizo de mis brazos.

—¿Qué pasa? —pregunté preocupada por su reacción.

—¿Acaso lo has invocado?

—¿A quién?

—A mi padre.

—¿En serio está aquí?

—¡Hugo! —Una mano que sostenía una cerveza se alzó entre las mesas de la terraza de un bar.

—¿No vas a ir? —le pregunté al ver que se había quedado inmóvil en el sitio.

—¡Eh! ¡Hugo!

—¿Para qué, Lis? Ha tenido casi dos años para recuperar su relación conmigo y no le ha dado la gana de hacerlo. Me siento un completo imbécil. El día del entierro creía que había vuelto para quedarse, creía que estaría arrepentido, que querría volver a retomar la relación conmigo y enmendar su ausencia…

—Hombre, hijo, contigo quería yo hablar —exclamó, y le dio una palmada en el hombro que Hugo esquivó—. ¿Te pillo en buen momento?

—Dieciséis años tarde —escupió por lo bajo. Se tensó y tuvo que contener el impulso de largarse.

—No te pongas así que, si nos ponemos en ese plan, para mí sí que fue duro que tu madre me fuera desleal.

—Pero nuestra relación no tenía nada que ver con lo que os pasó. ¡Yo era tu hijo! —alzó la voz lleno de dolor—. Tan solo tenía quince años. Te necesitaba. Pero tú, de la noche a la mañana, te fuiste sin tan siquiera despedirte de mí. ¿Te puedes hacer una idea de lo mal que lo he pasado?

La mirada destrozada y enfurecida de Hugo empezaba a dar miedo.

—¿Y yo? Yo no decidí esta situación, fue tu madre la que se enamoró de ese vejestorio. ¿En qué lugar me deja a mí todo esto? ¿Te lo has llegado a plantear? ¿Tú sabes la vergüenza que me hizo pasar de cara a la sociedad?

Tuve que morderme la lengua para no saltar. Primero para defender a mi abuelo y, segundo, para que entendiera que Hugo no tenía la culpa de lo sucedido con su mujer y, en cambio, había sido el principal perjudicado. Un pobre niño inocente que pagaba los errores de unos padres.

—¿Y ahora para qué has vuelto? ¿Acaso pretendes que olvide todo y volvamos a ser una familia feliz?

—¿Yo? Jamás te pediría eso. —Forzó una risa exagerada—. Ya tengo una familia feliz que me ha sabido valorar como me merezco. No como vosotros.

Escuché el corazón de Hugo romperse todavía más. Apretó los puños con fuerza y se le aceleró el pulso.

—¿¡Me lo dices en serio!? ¡Pues entonces vete, joder! ¿¡Qué haces aquí!? ¡Lárgate! ¡Vete con la

familia que tanto te quiere!

—Ya me gustaría, pero primero tengo que vender el piso de tu madre.

—¿¡Cómo!? ¡No me lo puedo creer! —chilló Hugo cada vez más destrozado. Yo contuve la respiración.

—Podía haber vendido ese piso desde el primer momento en que me fue infiel. Lo merecía. ¿Y acaso lo hice? No. Os he dejado vivir allí durante años. ¿Entonces quién es el malo aquí?

—¿¡Ahora tengo que darte las gracias por haberme abandonado, pero no haberme dejado tirado en la calle!? ¡Vamos, esto es el colmo!

—Tienes de plazo dos días para sacar todo lo que quieras de ese piso. He encontrado un comprador.

Hugo resopló y se pasó las manos por el pelo.

—Si eso es lo único que te importa, tranquilo, en dos días estará vacío.

—Cuando te vayas puedes dejar las llaves dentro, yo tengo otra copia para entrar.

—Sí, mejor te ahorro el volver a verme. —Se rio incrédulo con la situación—. Me siento gilipollas. Qué iluso. Siempre había tenido la esperanza de recuperar a mi padre, pero veo que esa esperanza muere aquí y ahora. Igual que tú para mí.

Su padre no tuvo el valor de contestar.

4

—No he podido pegar ojo en toda la noche.

Me tumbé sobre Hugo en la cama y lo abracé.

—Me siento un desgraciado.

—No lo eres. Eres una persona maravillosa, increíble, lleno de buenas cualidades. Has tenido la mala suerte de perder a tus padres siendo muy joven. Es normal que tengas momentos de bajón, todos los que necesites, pero eres más fuerte de lo que tú crees y sé que lograrás aceptarlo y conseguir volver a llevar una vida feliz. Todas las personas que tienes a tu alrededor te queremos por encima de todo y haremos que así sea.

Nala, la labradora blanca que llevaba en la vida de Hugo siete años, apareció en la habitación y apoyó el morro sobre la pierna de su dueño.

—Tienes razón, Nala, también te tiene a ti —confirmé y le acaricié el hocico.

Y Lucas, nuestro gato naranja que había pasado a formar parte de la familia hacía dos años, se subió a la cama maullando y se tumbó en el morro de Nala, a lo que ella respondió con un lametón. Formaban un equipo precioso, se habían acostumbrado a estar juntos y eran inseparables.

—Es verdad, Lis, soy muy afortunado de teneros.

Me dio un beso con el que me aceleró, pero enseguida lo interrumpió.

—Me doy una ducha y voy a la clínica. Necesito trabajar.

—¿A las cinco de la mañana? —me sorprendí al mirar el reloj.

—Quiero adelantar unos informes antes de abrir la consulta.

—De acuerdo. Nosotros, mientras tanto, te echaremos de menos desde la cama. —Me volví a acurrucar entre las sábanas.

Cuando estaba a punto de volver a quedarme dormida, el sonido del móvil me espabiló de nuevo. Era un mensaje de Marta, mi mejor amiga, hacía un año que se había ido a vivir a Málaga con Alberto, su pareja. Les surgió una gran oportunidad laboral que no pudieron rechazar. Manteníamos el contacto telefónico a diario. Lo de vernos era más difícil y era lo que peor llevábamos.

Quiero que seas la primera en saber que voy a publicar un libro.

La llamé, orgullosa y feliz. Al fin se había decidido a escribir para cumplir así un sueño que tenía desde pequeña. Hablamos más de una hora y, para cuando quise darme cuenta, ya tenía que levantarme de la cama. Pero lo hice emocionada, hablar con mi mejor amiga era un chute de energía.

******

A las ocho entré por la puerta del hotel y me sobresalté con la voz efusiva y entusiasta de Cristian, que retumbaba por toda la recepción.

—Nena, el sexo me da la vida. Puedo estar sin comer, sin dormir… ¿pero sin sexo? No, perdona,

cariño, a mí dame lo que necesito. ¿Me entiendes?

—Te hemos entendido todos, Cristian, parece que llevas un megáfono integrado —le reproché, pasé por su lado para meterme en nuestra salita y prepararme el segundo café del día.

—Para mí el sexo también es lo más —se unió Patricia—. Paolo me tiene que tapar la boca para que no nos desalojen del edificio.

—Chicos, por favor, aflojad el tono si no queréis que el señor Gutiérrez os ponga de patitas en la calle.

—Nunca había fantaseado con que el jefe me pusiera de patitas, pero hoy me has creado una nueva fantasía. Miau. —Cristian soltó un maullido felino y contoneó el culo.

—Cristian, por favor, ¿conseguirás algún día tener filtro? Dudo que al señor Gutiérrez le gustara.

—¿Qué es lo que, según tú, no me gusta, Elisa?

Sí, mi jefe había aparecido en el momento más inoportuno. Siempre que hablábamos de sexo parecía que lo oliera. Aunque había presenciado tantas escenas nuestras subidas de tono que tal vez empezara a estar curado de espanto.

Puse cara de circunstancias sin saber qué inventar. Cristian, en cambio, tuvo clara su respuesta.

—El sexo, jefe. ¿A usted le gusta follar?

—Em…, pues… ¿por qué no me iba a gustar, Elisa? ¿Tan mayor me ves?

Tierra, trágame. Lo último que quería era hablar de ese tema con mi jefe. Con mi jefe entrado en años, en carnes y en entradas de pelo. No había confianza ni me interesaba que la hubiera. Es más, me daba incluso grima saber ciertas cosas sobre él.

—A mí me gusta la postura del perrito, ¿la ha probado, jefe? —continuó Cristian sin pelos en la lengua.

Se me empezó a revolver el estómago.

—Cómo no, Cristian, esa y más, que uno lleva años de experiencia —le dio una palmada en la espalda y le guiñó un ojo.

Mi cara se encendió como un tomate, necesitaba borrar los últimos minutos de mi mente.

—¿Y cuál es su favorita? —Mi amigo se venía arriba por momentos.

Tuve que apoyarme en el mostrador porque corría el riesgo de caer de espaldas.

—Dejemos nuestras preferencias sexuales para otro día, ahora he venido a traeros una invitación.

Gracias, no soportaba más esa conversación.

—¿Una invitación? —intervino Patricia—. ¿Para qué? Si hay que hacer horas extras no cuente conmigo, que ahora soy madre.

—La empresa cumple cien años y vamos a hacerle un pequeño homenaje.

—¡Una fiesta! Claro que sí, entonces cuente conmigo, jefe, sea a la hora que sea —se emocionó mi amiga—. ¿Habrá alcohol? Jefe, no me sonría y dígame que sí. Entre el embarazo y la lactancia me he tirado más de un año sin beber. ¿Sabe lo que es eso?

Todavía recuerdo la botella de tequila que trajo al trabajo para celebrar que ya no amamantaba a su hija.

—Habrá alcohol —afirmó nuestro jefe.

—Patri, nena, después de ese día ya puedes morir feliz.

—¿Y música? ¿Se podrá bailar? Que no todo va a ser beber, también necesito menear el cuerpo serrano que se me ha quedado —añadió Patricia.

—Habrá baile también.

Mis amigos tenían los ojos desorbitados de la emoción. Incluso a mí me contagiaron las ganas de fiesta, hasta que completó la explicación.

—Os espero en mi casa el primer sábado de junio.

¿En su casa? ¿En casa del jefe? Las caras de mis compañeros también se transformaron, sus expectativas acababan de estrellarse de manera estrepitosa contra el suelo.

—Voy a seguir repartiendo las invitaciones. Y vosotros a trabajar, dejad según qué temitas para fuera del horario laboral, por favor.

—¿He escuchado bien? ¿Ha dicho en su casa? —fui la primera en hablar cuando me aseguré de que el señor Gutiérrez no podía oírnos.

—¿Pero qué cutrez de fiesta es esa? —se quejó Patricia elevando el labio superior.

—Vamos a centrarnos, nenas. Somos más de cincuenta trabajadores, su casa debe de ser una mansión por lo menos —dedujo Cristian.

—Ah, pues si es así, tampoco está tan mal —volvió a emocionarse Patricia—. Aunque, yo con música y alcohol, te bailo hasta en un descampado.

—Salió la choni poligonera —se burló Cristian.

—De choni poligonera nada, que yo tengo una clase.

—¿Clase? La primera que hiciste en parvulitos y allí te la dejaste.

—No me cabrees, Cristian, que no soy yo la que lleva una cadena de oro con una cruz.

—Si me la regaló mi abuela, ¿qué quieres que haga? Pues la luzco con orgullo.

Me retiré a tiempo de la batalla para que no me salpicara y fui en busca de mi teléfono móvil. Había escuchado una notificación e intuía que sería de Hugo.

¿Te paso a buscar al trabajo y me acompañas a casa de mi madre?

Por supuesto, no voy a dejarte solo en esto
¿Cómo estás?

Mejor, cuando trabajo no pienso en nada.

¿Ni siquiera en mí?

Ni siquiera en ti.

Eso ha dolido, que lo sepas. Me voy un rato a llorar.

No puedo pensar en ti porque directamente formas parte de mí, somos uno solo, siempre. No lo olvides.

5

Mientras llegaban las pizzas que habíamos pedido, comenzamos a abrir cajones. A Hugo todo le llamaba la atención. Le recordaba tiempos pasados, vivencias. Por momentos sonreía y en otros le invadía la melancolía. Una melancolía que le impedía avanzar.

Por sus manos pasaba un recuerdo tras otro y le costaba desprenderse de ellos. Disponíamos de apenas unas horas para recuperar todo lo que considerábamos importante de la vida de una persona. ¿Con qué debíamos quedarnos? ¿Quién marcaba lo que era importante y lo que no?

Yo tenía clara mi prioridad. Me adentré en el dormitorio de Carmen en busca de la fotografía que tenía de mi abuelo en el primer cajón de la cómoda. Lo abrí con fuerza y un conjunto de instantáneas antiguas se mostraron ante mis ojos. Las recogí una a una y las metí dentro de una pequeña bolsa de cartón. En la imagen de mi abuelo me detuve por más tiempo. En el reverso se leía la frase: «Esperar una eternidad es poco si la vida nos compensa al final». Sonreí con nostalgia. Nostalgia por lo que pudo haber sido y no fue. Por ese amor escondido entre la aparente estabilidad y monotonía del día a día.

Tras vaciar ese primer cajón, abrí el segundo. Todavía se me dificultó más. El paso del tiempo había desgastado la madera. Lo que me encontré en su interior me sorprendió. Solo había una caja metálica. El resto del cajón estaba vacío. La cogí y me senté sobre la cama.

Parecían recuerdos: el recibo de una cafetería, una margarita seca, un corazón de origami, un recorte de revista con la imagen de un castillo… ¿Qué era todo eso? Una venda algo desgastada… ¿Una venda? Y entonces caí. Carmen había conocido a mi abuelo cuando ejercía las prácticas de enfermería, tuvo que vendarle el pie tras una torcedura de tobillo. Me puse nerviosa y saqué más recuerdos de manera precipitada: un pequeño diario, le eché un rápido vistazo y volví a guardarlo. Y, por último, había un sobre, lo abrí curiosa, me encontré con un informe médico con la fecha del aborto de Carmen. Mi corazón se saltó un latido. Si nunca hubiera ocurrido, tal vez el transcurso de la vida hubiera seguido otro camino. Tal vez ellos lo hubieran dejado todo para estar juntos, tal vez hubieran llegado a formar la familia feliz que merecían, tal vez… tal vez Hugo nunca hubiera nacido.

Cerré la caja y me encaminé hacia la salida, sentí la necesidad apremiante de enseñársela a mi abuelo. En el salón me topé con Hugo y su mirada pesarosa me detuvo, estaba sentado en el suelo rodeado de un montón de libros. Solté el pomo de la puerta y dejé la caja en el recibidor. Hugo me necesitaba. Se deshacía de las pertenencias de su madre cuando el dolor que sentía por su pérdida todavía le desgarraba por dentro.

Me senté a su lado y cogí el libro que tenía entre las manos y que estaba a punto de meter en la caja de útiles para donar.

—De este libro sacó varias recetas. Era… era muy buena cocinera —me explicó con pesar al tener que hablar de ella en pasado.

—Pues nos lo quedamos, en la librería de nuestro salón todavía queda algún hueco libre, y ¿quién sabe? A lo mejor algún día me da por seguir sus pasos culinarios.

—¿Tú? —Me miró asombrado, y, para destensar el ambiente, se burló—. Si solo el entrar en la cocina te produce urticaria.

Le saqué la lengua, me hice la ofendida y metí el libro en la caja de objetos para guardar que, hasta ese momento, permanecía vacía.

Hugo se forzaba a demostrar una serenidad que no sentía, cuando su dolor se hacía palpable en el ambiente. Apenas le salían las palabras y un silencio pesaroso nos envolvió gran parte del día.

Tan solo nos dio tiempo a vaciar el salón y la habitación, el resto de las estancias decidimos dejarlas para otro momento. Necesitábamos descansar el cuerpo y la mente durante unas horas.

A la mañana siguiente, los ánimos de Hugo estaban todavía más decaídos. Su mirada seguía con esa tristeza que me rompía el corazón.

Le llevé un café a la cama y me senté a su lado. Apoyé la cabeza en su hombro y le acaricié el torso.

El destino se empeñaba en poner trabas en su vida. Y, hasta para una persona tan positiva y entusiasta como él, había circunstancias que le superaban.

—Ayer encontré una caja de recuerdos de tu madre y mi abuelo —le expliqué sin saber si era el momento. Él se mostró interesado y fui a buscarla.

—La venda del pie. —Elevó la comisura de los labios, sorprendido.

—Es la de mi abuelo, ¿verdad? —le brillaron los ojos al preguntarlo.

—Claro, tiene que ser esa. Me sigue impresionando que mi madre haya ocultado este gran amor durante tantos años, jamás noté nada en ella. Supo vivir con esa ausencia día tras día, enfrentándose con aparente optimismo y entereza.

—Tú también lo conseguirás —le animé, sabía que en ese momento se comparaba con esa persona a la que tanto admiraba—, lograrás volver a ser feliz a pesar de que ya no esté con nosotros.

—Estaba bien, Lis, de verdad que lo estaba. Había vuelto a sonreír e incluso a reír a carcajadas. A tu lado es fácil conseguirlo. Pero, el ir a su casa y enfrentarme a sus recuerdos, me ha removido todo.

—Es normal, puedes permitirte tener días malos. La pérdida de una madre debe de ser una de las experiencias más dolorosas. Y, sobre todo, después de venir del abandono de un padre, que todavía os unió más.

—Hasta que no lo sufres, no puedes llegar a hacerte una idea.

Le dio un sorbo al café para ocultar el brillo de sus ojos, a la vez que su teléfono emitía una vibración.

—¿No vas a coger la llamada? —pregunté, seguía enfrascado en su bebida—. Es del trabajo.

—¿Un sábado?

Descolgó el teléfono. Estábamos convencidos de que debía de tratarse de algo importante para que contactaran con él fuera de su horario laboral.

—Buenos días, José María —saludó Hugo.

Lo observé expectante. Presionó los labios, con gesto nervioso.

—Sí, ¿en serio? Vaya... no me lo esperaba —confesó.

Se llevó una mano a la cabeza. Por más que lo intentaba, no conseguía leer o interpretar el contenido de esa llamada.

—Gracias por confiar en mí. No le defraudaré. Gracias por llamar. ¡Nos vemos mañana!

Colgó. Yo no podía separar los ojos de él.

—Dime que es lo que creo que es —supliqué nerviosa. Él sonrió.

—Lo es: me voy a Barcelona. Me han seleccionado para la formación.

Di un salto en la cama y lo abracé con tanta efusividad que derramé el café. Poco me importó. Estaba tan emocionada y me sentía tan orgullosa de él que solo me salía celebrarlo.

—No te emociones, todavía no hay nada decidido. —Le quiso quitar importancia, aunque estaba igual de ilusionado que yo.

—¡Has llegado a la fase final, Hugo! ¡Esto ya es un gran triunfo!

—Ya sabes que compito con Nerea, su sobrina. —La sonrisa de su cara se esfumó, se notaba que no quería tener falsas esperanzas.

—Vaya, entonces sí que tenía la plaza asegurada para ir a la formación de Barcelona.

—No, a decir verdad, la había prejuzgado antes de tiempo. Estas últimas semanas que hemos trabajado codo con codo me he dado cuenta de lo mucho que vale. Tiene ganado ese puesto por méritos propios. Son admirables su entrega, pasión y dedicación.

Fruncí el ceño.

—Es una buena tía, de verdad. Ha sido un gran descubrimiento.

Volví a fruncir el ceño.

—Si no fuera tan guapa, ¿también estarías así de celosa?

—¿Entonces la ves guapa?

—¿Entonces es verdad que estás celosa?

Le di un suave empujón a modo de respuesta. Dijera lo que dijera me iba a delatar.

—Ojalá pudieras verte con los ojos con los que yo te veo y te dieras cuenta de lo muchísimo que vales, Lis.

Me robó un beso cuando yo todavía estaba asimilando sus palabras.

—Te amo, Lis, te amo por encima de todo.

Me reí de felicidad y ese sonido nos envolvió.

—Y no me hagas volver a repetirlo porque sabes lo mucho que me cuesta.

El tiempo se detuvo en el mismo momento en el que se lanzó sobre mí y mi espalda impactó contra el cabezal. Sintió el tacto de mi piel erizada que le invitó a seguir y mi cuerpo respondió sin oponer resistencia.

Me habría quedado a vivir en ese instante. En su tacto, en su olor, en su respiración. Pero la realidad era que teníamos que volver al piso de su madre porque, en unas horas, ya habría pasado a manos de los nuevos propietarios.

Tardamos otras diez más en vaciar la cocina, el lavabo, el recibidor y la habitación que había sido de Hugo durante veintidós años y a la que le dedicamos más tiempo. Paseé la mirada por cada rincón, acaricié la ropa que todavía quedaba en los armarios, curioseé sus pertenencias. Todo me lo habría llevado. Todo me parecía importante. Porque todo formaba parte de él. De su vida.

Todo menos…

—¿Todavía guardas fotos de Abril? —Puse cara de asco al ver a una Abril sonriente que miraba a cámara y a un Hugo cariñoso dándole un beso en la mejilla.

—Sí, seguro que todavía quedan recuerdos de ella por mi habitación. Han sido muchos años —suspiró.

Ella. Su ex. La persona con la que Hugo había estado comprometido. Abril. La psicóloga que había vuelto para intentar recuperar a Hugo cuando ya estaba conmigo y con la que tuve mis diferencias y no terminamos muy bien.

Al ver la expresión de mi cara, se acercó para tranquilizarme.

—Ya sabes la opinión que tengo sobre ella, Elisa —murmuró—. Fue una persona importante en mi vida y siempre le voy a tener cierto cariño, pero me hizo mucho daño.

Se quedó en silencio, con la mirada perdida en la nada. Aunque me fastidiara, lo entendía. Por lo poco que sabía de Abril, estaba al tanto de que ella no estaba bien, sola y sin amigos, con su familia lejos, y era consciente de que Hugo se culpaba de no llamarla o estar a su lado. No necesitó decirlo, lo leí en sus gestos.

—Lo estás haciendo bien, Hugo —respondí para quitarle cierta responsabilidad que sentía que portaba sobre los hombros. Suspiró.

—No lo sé, no sé cómo debería actuar —reconoció—. Es complicado. Con Abril prefiero no hablar, pero no puedo evitar preocuparme por ella y seguir en contacto con su hermana.

—No puedes tirar siempre de todos. Bastante tienes ya con tus problemas para acarrear los de los demás. Abril es psicóloga, seguro que tiene muchas herramientas para saber gestionar sus emociones y aprender a estar bien. Le costará más o le costará menos, pero lo conseguirá.

Cogí la foto y la guardé en la caja que nos íbamos a llevar. Era una persona que había formado parte de su vida y no tenía derecho a borrarla. Aunque me gustaría, no lo negaré. No la veía trigo limpio.

Tras recoger las últimas pertenencias, me tumbé en su cama, exhausta. Hugo me imitó y añadió un sonoro resoplido.

—No somos conscientes de todo lo que acumulamos hasta que no nos toca dejar el piso en el que vivimos —reflexioné.

—Pero ya está, hemos terminado. Ahora solo queda meter las cajas en el coche.

—Podemos permitirnos descansar un ratito, ¿no?

—Nos lo hemos ganado.

No teníamos fuerza ni para continuar con la conversación. Hugo manipuló su teléfono y los primeros acordes de la canción *Bitter Sweet Symphony* se instauraron en la habitación. Paseé mi mano por el colchón en busca de la suya.

Mi respiración se hizo más profunda y mis pulsaciones descendieron. Los párpados me pesaban y me obligaron a cerrar los ojos.

Volví a abrirlos con una canción de *Coldplay*. La habitación estaba en penumbra. Me había quedado dormida. Miré a Hugo y le había pasado lo mismo que a mí. Sonreí y me tumbé boca arriba. Mi sorpresa fue ver un cielo estrellado, tan estrellado que me hizo abrir la boca y contener la respiración. Era mágico. Parecía que se hubiera abierto un agujero en el techo que nos comunicara directamente con el cielo.

A Sky Full of Stars, un cielo lleno de estrellas. La canción de *Coldplay* no había podido llegar en el

mejor momento.

Se me erizó la piel.

—Has descubierto mi secreto —escuché la voz ronca de Hugo—. De pequeño me daba miedo la oscuridad y mi madre me puso estas estrellas fluorescentes en el techo.

—Es increíble —admiré sin poder apartar la mirada.

Me enterneció imaginarlo de pequeño y resguardado bajo aquel manto de estrellas. Unas estrellas que lo habían acompañado con el paso de los años. Lo habían visto crecer y madurar, hasta convertirse en el hombre que era.

—Las vas a desgastar.

Me cogió la barbilla para girarme hacia él.

—Tenemos que irnos, se nos ha hecho muy tarde. Y todavía tenemos muchas cajas que meter en el coche.

—¿Ahora? ¿A las dos de la madrugada?

Emití un gruñido a modo de queja.

—Un último esfuerzo. Mañana hay que dejar el piso.

Se incorporó de la cama, me cogió del brazo y me dejé arrastrar por él.

El coche acabó cargado de cajas hasta los topes.

Antes de cerrar la puerta del piso, Hugo recorrió cada estancia con nostalgia, con cariño. Yo le di su tiempo para despedirse. Percibí de reojo la emoción en sus ojos. Era un momento delicado. Atrás quedaban los recuerdos de toda una vida junto a su madre.

Dejó las llaves sobre el mueble del recibidor y apagó la luz. Volvió a encenderla. Se giró para echar un último vistazo del que le costó desprenderse. Volvió a apagar la luz definitivamente y cerró la puerta por última vez.

6

El domingo, antes incluso de que abrieran la residencia y sin apenas haber dormido, esperaba en la puerta con la ilusión de llevar la caja de Carmen entre las manos. Hugo me acompañaba. Presentíamos que la visita iba a ser intensa a la par que emotiva.

Mi abuelo sonrió al verme:

—Elena, qué sorpresa. ¿Y este muchacho quién es? ¿Me lo presentas?

Hugo advirtió la punzada de dolor que me había causado esa frase y rozó mi mano para tranquilizarme.

—Me llamo Hugo, un placer —fingió, y le dio un abrazo.

—El placer es mío, me gusta que Elena vaya tan bien acompañada. ¿Hace mucho que os conocéis?

—Abuelo… —inicié con voz dulce para amortiguar lo que iba a decir a continuación—, es el hijo de Carmen.

—Carmen —susurró para sí mismo, se dirigió a Hugo con pesar y añadió—: Entonces supongo que ya nos conocemos.

—Sí, Ramón.

—Lo siento, esto de aquí empieza a fallar. —Se dio pequeños toques en la cabeza.

—No tienes que disculparte por nada, abuelo. ¿Qué tontería es esa? —Pegué la frente a la suya y le acaricié la mejilla.

—Hoy hemos venido los dos porque es un día especial, te hemos traído una sorpresa.

Mi abuelo intercambió una mirada con Hugo, su cara era de desconcierto.

—Aquí dentro están vuestros recuerdos. —Coloqué la caja sobre sus piernas.

—Vuestro amor fue real y aquí está la prueba de ello —añadió Hugo mientras quitaba la tapa.

Mi abuelo miró el interior, una oleada de emoción le transformó la cara y noté que pasaba por todos los estados. Parecía disputar una lucha de sentimientos encontrados. Nostalgia por recordar a Carmen, felicidad por volver a tocar esos objetos que creía perdidos, emoción al saber que esa caja se había conservado durante años, pena por no poder vivir ese amor…

—¿Esto es real? ¿Esto lo tenía Carmen? —preguntó con la mirada brillante.

—Lo encontramos en su habitación —le explicó Hugo.

—No me lo puedo creer. —Cogió la margarita y se la acercó a la cara—. Todavía puedo olerla y recordar ese momento.

Hugo y yo nos miramos emocionados.

—Era la segunda vez que nos veíamos, había reunido el valor suficiente para esperarla a la salida del hospital. El día estaba lluvioso y me refugié bajo el porche de urgencias. Esta flor blanca crecía solitaria entre las juntas del empedrado. Supe que era para Carmen. Embelleció su pelo las tres horas que estuvimos juntos y fue testigo de nuestro primer beso. Un beso sutil y delicado, pero, a la vez, desgarrador, se llevó todo mi corazón con él. Desde ese momento me sentí preso de toda ella. Me atrapó como se atrapa al aire que respiramos. Y, desde entonces, jamás he podido sacarla de mi

cabeza ni un solo día. Ni uno. Y de eso hace ya treinta años.

Hugo y yo nos quedamos congelados en el sitio. Sus sentimientos hacia Carmen continuaban arraigados en él. Sorprendentemente, rememoraba al detalle cada vivencia y recuerdo. Parecía como si, todo lo relacionado con ella, lo escondiera en un rincón tan protegido de su cabeza al que ni siquiera el alzhéimer podía acceder.

—Treinta malditos años amando a una mujer a la que he visto en tan solo tres ocasiones: cuando nos conocimos, cuando nos reencontramos quince años después y en el tramo final de su vida. ¿Acaso no merecíamos ser felices juntos? Elena, te miro y, solo por ti, no cambiaría nada del pasado, pude tenerte y verte crecer. Pero, a la vez, es inevitable pensar qué hubiera sucedido si hubiera luchado por el amor de Carmen. Me había casado con tu abuela y habíamos formado una familia, teníamos a tu madre y a tu tío, creía tener una vida estable y feliz. Hasta que no apareció ella en mi vida, no me di cuenta de que estaba llena de carencias. Aun así, por miedo a perder a mis hijos continué con mi matrimonio. ¿Pero y si me hubiera arriesgado? ¿Y si hubiera tenido el coraje de luchar por nuestro amor?

—La vida está llena de «y sis», abuelo. A veces es necesario cuestionarse las decisiones que se han tomado a lo largo de los años y evaluar los resultados. Pero nunca podremos saber qué hubiera pasado si hubiéramos seguido el otro camino. Tampoco sabremos si era el correcto. Lo único que nos queda es guiarnos por el corazón y tomar las decisiones en base a él, así hay menos opciones de equivocarse. En tu caso, tu corazón eligió el amor por tus hijos y no debes arrepentirte de ello.

—También tu abuela me presionó —recordó con rabia contenida.

—Lo sé, la abuela te amenazó con no volver a verlos. Y no estuvo bien por su parte. El dolor que sintió al saber que Carmen estaba embarazada habló por ella.

—El embarazo —resopló con pesar—, es otra cosa que me atormenta y tampoco me he sacado de la cabeza. Carmen tomó la decisión de abortar. —Le costaba hablar del tema, se apreciaba el dolor en sus palabras—. Tomó la decisión sola y lo vivió sola. No estuve a su lado para ayudarla. No estuve ahí para darle mi cariño, para consolarla y llorar juntos.

—No te tortures por esto, Ramón, mi madre siempre ha tenido unos padres que la han apoyado y cuidado en todo momento. No la dejaron sola. Puedes quedarte tranquilo.

—Gracias, necesitaba escucharlo.

Resignado, pero algo más calmado, rebuscó de nuevo entre la caja y descubrió el diario.

—¿Y esto? —Lo abrió y pasó sus páginas—. ¿Son sus memorias? —Hugo asintió con la cabeza—. Pero esto es maravilloso. Tengo la oportunidad de conocerla a través de unas palabras que han salido de su cabeza y de su corazón. Me gustaría saber cómo vivió nuestro amor. ¿Está mal que desee leer algo tan íntimo y privado de ella? Qué demonios, si dentro de dos días mi alzhéimer me lo habrá hecho olvidar.

Su humor nos sacó una sonrisa.

—¿Me permites leerlo? —le preguntó a Hugo como si fuera el portavoz de su madre.

—Por supuesto. También son tus memorias. Es vuestra vida en común —le respondió él.

Echó un vistazo a las páginas del diario y paró en seco en una de ellas.

—El Café del firmamento. Nuestro reencuentro quince años después de conocernos. Una pequeña

cafetería en lo alto del Monte Igualzu. Qué maravillosos recuerdos.

«Y allí, junto al amor de mi vida, bajo esa suave brisa que deslizaba por nuestra piel, nos sentíamos volar sobre los coloridos prados llenos de vida y belleza. La punta de nuestros dedos rozaba las nubes que nos envolvían. Y nuestros cuerpos se sentían libres, soñadores. Vivíamos alejados de una realidad que nos perseguía y se empeñaba en separarnos. Pero, en esa pequeña quimera formada entre los dos, saboreé la felicidad. Una felicidad plena que solo junto a él era posible».

—Suena precioso, abuelo.

—Toda ella era preciosa. —Y, tras una breve pausa llena de nostalgia, pidió con esperanza—: ¿Me llevarás al Café del firmamento?

—Solo si me prometes una cosa.

—¿El qué?

—Seguir leyéndome vuestra historia.

7

Pedí un permiso especial en la residencia para desaparecer con mi abuelo durante unas horas. Merecía volver a revivir la sensación de felicidad que le transmitió aquel lugar en el pasado. La diferencia era la compañía, esta vez no podía ser de la mano de Carmen y tenía que conformarse conmigo.

—Ya sabes que tú eres el segundo amor de mi vida, Elena. Cualquier vivencia junto a ti es un sueño. Aunque haya veces que ese sueño se desvanezca en mi memoria como la niebla en la mañana.

—Por eso yo los guardo en el corazón. Como tú dijiste hace tiempo: «Los recuerdos que se guardan en el corazón no se borran nunca».

—No le hagas caso a un viejo chalado. Y menos a un viejo chalado que usa pañales —dijo esto último en voz más baja tras taparse la boca con la mano.

—No digas eso, abuelo. Eso no te resta razón como persona, ni te hace ser menos que nadie. Además, aprendiste a cambiarlos conmigo cuando era bebé, ¿lo recuerdas?

Conseguí robarle una sonrisa.

—La abuela me explicó que directamente metías el dedo por el pañal y si salía manchado…

—¡Pues había que cambiarlo! —dijimos los dos a la vez.

—¡Qué asco, abuelo!

—Supongo que sería asqueroso, pero de ti nada me importaba.

Bajamos de mi Mini rojo, que nos acompañaba en todas las aventuras, y accedimos del brazo por un camino de arena bordeado de arbustos y amapolas silvestres. Nos detuvimos cuando una ardilla, que contoneaba divertida la cola, se atravesó en nuestro paso. Me agaché con la esperanza de tocarla. Se detuvo, olisqueó el aire y dio un par de pasos en mi dirección, hasta que el sonido de mi móvil interrumpió ese mágico momento y echó a correr.

—Tu hija tenía que ser —le anuncié a mi abuelo sin apartar los ojos de la pantalla.

—¿Toñi? —preguntó dudoso.

—Toñi era tu mujer, tu hija se llama Aurora.

—Aurora… —se repitió como para memorizarlo.

—Vamos a ver qué quiere. Hola, mamá.

—Cariño, dentro de una semana caerá el diluvio universal, acuérdate de recoger la ropa que tienes tendida en el balcón. Y llévate paraguas. Y, ya sabes, después del trabajo directa a casa, no te entretengas. Te aviso con tiempo para que te prepares.

Para mi madre, cuando llovía, se paralizaba el mundo.

—Asegúrate de dejar todas las ventanas cerradas, que eres un desastre, y como se filtre el agua… —prosiguió nerviosa.

—Estoy con el abuelo —la corté para que volviera a coger aire y no se ahogara de tanto sermonear.

—¿Me has escuchado? ¡Que va a llover mucho! Hazme caso, que todo lo que te dice tu madre te lo

tomas a guasa. Un momento, ¿con el abuelo has dicho? Pero si hoy es lunes. ¿Qué haces tú con el abuelo?

—Hemos ido de excursión —le expliqué con orgullo.

—Hija mía, lleva mucho cuidado, el abuelo no está para esos trotes. ¡¡Juan, la sartén!! ¡¡Que me la quemas!! —Me separé el teléfono de la oreja por miedo a quedarme sorda.

—¿Va todo bien? —pregunté cuando dejé de escuchar gritos.

—Tu padre, que desde que se ha jubilado le ha dado por meterse a cocinar conmigo y me pone de los nervios. ¡Que así no, Juan! Anda, déjame a mí. Hija, escucha, estoy haciendo alubias de más para darte. Y también me sobró ayer bacalao. Además, he hecho pisto para que os lo cenéis. Te lo pongo todo en táperes y pasas luego a buscarlos. ¿Necesitas que te haga algo más? Tengo unas codornices en el congelador…

—No, mamá, no necesito nada.

—¿Seguro? Mira que a mí no me cuesta nada. Lo que no quiero es que me digan que han visto a mi hija desnutrida.

—¿Desnutrida? Pero si me sobran unos kilos —me asombré, ya que nunca había destacado por ser precisamente delgada. Me encanta comer y no me escondo.

—¿Qué kilos ni qué *kilas*? Anda, pásame al abuelo.

Puse los ojos en blanco y tapé el auricular.

—La Pitbull quiere hablar contigo, cuidado —le advertí antes de que se llevara el móvil a la oreja.

—Ah, Aurora, ahora sé quién eres: mi refunfuñona. —Mi abuelo me lanzó una mirada cómplice —. No nos va a pasar nada. Estamos dando un paseo. Ya somos mayorcitos.

Le colgamos justo a tiempo de entrar en el Café del firmamento. Un rótulo de madera daba paso al paraíso, porque, si existía, debía de parecerse a ese sitio. Una coqueta cafetería con asientos también de madera y guirnaldas luminosas que atravesaban la zona, estaba rodeada de montañas y praderas verdes que dejaban sin aliento.

«Ojalá Hugo estuviera aquí», fue lo primero que pensé, impresionada.

Inspiré en profundidad el aire puro y me permití relajarme y disfrutar.

Mi abuelo perdió la vista entre la llanura. Me enterneció observarlo. ¿Qué recuerdos le sobrevolarían la cabeza? Puse la mano sobre la suya y percibí la piel erizada de su brazo.

Pedimos unos tintos de verano que vinieron acompañados de unos cacahuetes.

—Es lo mismo que tomamos Carmen y yo hace quince años. Desde entonces no había vuelto a probarlo.

—Tendremos que hacer más escapadas, abuelo.

Le di un sorbo a mi bebida y, tras admirar de nuevo el paisaje, exclamé:

—¡Este sitio es espectacular!

—¿Verdad que sí? Este lugar enamora a cualquiera.

El sonido de mi móvil interrumpió nuestra calma.

—¿Tu madre otra vez? A lo mejor se ha olvidado de decirnos que es peligroso que respiremos.

Sonreí ante su ocurrencia.

Me llamaba un número en oculto. Me extrañó. Aunque, lo que todavía me pareció más raro, fue

que al otro lado del auricular no se escuchó nada. Silencio.

—Han debido de equivocarse —dije tras esperar el tiempo prudencial y colgar. Guardé el teléfono en el bolso.

—Mejor esto que cuando llaman para venderte un seguro de vida.

—Pues tal vez deberíamos de hacérnoslo, a lo mejor así mi madre se queda más tranquila.

Volví a disfrutar de las vistas. No dejaban de sorprenderme.

—Entiendo que guardes muy buenos recuerdos de aquí con Carmen. Qué paz transmite este lugar. ¿Has traído el diario? Me gustaría seguir conociendo vuestra historia.

—Por supuesto, no pienso despegarme de él, llevarlo conmigo me hace sentirme más unido a ella.

—¿Leemos otro trocito?

No tuve que suplicarle mucho ya que él lo deseaba más que yo.

«Esa noche no pude dormir. La emoción de nuestro reencuentro me tenía tan alterada que daba vueltas sin control sobre la cama. El nerviosismo me recorría todo el cuerpo sin parar y un nudo pesado me comprimía el estómago. Su rostro rondaba mi mente. Una y otra vez. Su calor, sus caricias. Él. La complicidad nos unía a pesar de llevar quince años separados. Quince años. Quince años de añoranza, de ausencia, de la soledad más absoluta. Y esos quince años, como por arte de magia, se habían transformado en quince minutos en el mismo instante en el que volví a tenerlo frente a mí. Todo seguía igual entre nosotros, a pesar de que ya no éramos los mismos. Y supe, con la misma certeza con la que respiro, que Ramón todavía es el amor de mi vida».

—No he podido amar más a esta mujer —susurró con un hilo de voz.

Yo, en cambio, me mantuve en silencio. ¿Qué podía decir que fuera mejor que aquellas palabras de Carmen? La historia de ellos dos era tan bonita como conmovedora.

«Sus hoyuelos aparecieron en todo momento, fueron partícipes del amor que se fraguaba entre nosotros. No podíamos parar de sonreír, como dos adolescentes que descubren el amor por primera vez. Su mirada se rasgaba y me mostraba unas pequeñas arrugas nuevas para mí. Marcas de vida que quince años atrás todavía no habían aparecido y que le conferían un atractivo equiparable al entorno en el que nos hallábamos».

—Elena, ¿tú sabes qué es el amor?

—Por suerte sí, abuelo —sonreí al pensar en la persona que me esperaba en casa.

—Esos ojitos me indican que es muy especial, ¿quién es el afortunado?

—Hugo —le dije como si debiera de recordarlo, pero no, la maldita enfermedad se lo impedía—.

Hugo es muy especial para mí. Con él he descubierto el amor.

—Me gusta verte así de feliz.

—Lo soy, soy muy feliz.

Sonreí y me acerqué a él para apoyar mi cabeza sobre su hombro.

—Te quiero, abuelo.

—Yo también te quiero, pequeña. —Me dio un beso en el pelo—. Y ahora háblame de él. De vosotros. Yo también quiero conocer vuestra historia.

Una historia que ya sabía, sobre una persona a la que ya conocía, pero que no me importó contar como si fuese la primera vez. La ilusión y la esperanza se reflejaron en sus ojos hasta que se puso el sol y las luces de las guirnaldas hicieron acto de presencia.

Hablar de la importancia del amor y de los sentimientos con mi abuelo, me hizo abrir la puerta de casa con unas ganas inmensas de ver a Hugo, de abrazarlo con todas mis fuerzas y decirle lo mucho que le quería.

Me sorprendió encontrar todas las luces apagadas. ¿Todavía no había llegado a casa? Sí, la puerta que daba acceso al jardín estaba abierta. Cuando no estábamos en casa nos asegurábamos de cerrarla. Con una sonrisa juguetona recorrí cada estancia. Miré incluso dentro del armario, porque no era la primera vez que jugaba a esconderse para darme un susto.

Pero no lo encontré. Hugo no estaba en casa.

Busqué el teléfono y marqué su número.

—Hola, Lis —me respondió con voz cansada.

—¿Dónde estás?

—En la clínica, terminando unos informes.

No esperaba esa respuesta. Era la primera vez que se quedaba a trabajar hasta bien entrada la noche.

—¿Qué hora es? —preguntó desconcertado.

—Las diez.

—Perdona, no sabía que era tan tarde.

—¿Has pasado por casa? Está la puerta del jardín abierta.

—Sí, hoy he comido en casa. Lo siento, tal vez se me ha olvidado cerrarla. Ando un poco despistado estos días.

—No pasa nada, es normal. Aunque me preocupan Nala y Lucas, han podido escaparse. —Pero, por suerte, tal y como lo dije, aparecieron en el salón para saludarme—. No te preocupes, están aquí conmigo. —Me agaché para abrazarlos.

—¡Menos mal! Gracias, Lis, y lo siento de nuevo.

—Tranquilo, de verdad, todo está bien. Encima mi madre nos ha preparado pisto para cenar. ¿Te apetece?

—Claro que sí, ya sabes que me encanta, pero todavía tengo para un rato.

—¿Cuánto es un rato? No me importa esperar.

—No lo sé, pero no lo hagas, mañana madrugas, Lis.

Me resigné. Acabé cenando sola y me fui a la cama sola.

Eso solo era el comienzo de lo que me esperaba con su nuevo puesto de trabajo.

8

—Nena, ¿y si vamos a ver un espectáculo de *Drag queens*?

—A ver, Cristian, ¿la fiesta de despedida es para ti o para Hugo? —le recriminó Patricia—. Hugo es más de cena en el Dolce, un par de copas en el Sky y para casa.

—Es verdad, no recordaba que Hugo era tan sieso —se burló Cristian ante mi mirada recriminatoria—. ¿Y si hacemos un *escape room*? Es un plan más intelectual, más de su rollo. Es que me niego a ir solo a cenar.

—Insisto en que no hay que hacerle una fiesta de despedida. Vuelve en dos semanas —intervine sin entender todo lo que querían organizar.

—¿Cómo que no? Cualquier excusa es buena para juntarnos a beber —aplaudió Patricia.

—Eso podemos hacerlo con una simple cena, no hace falta organizar el evento del año —respondí, aunque me ignoraron porque siguieron lanzando planes sin sentido.

—Rafting, puénting… o cualquier actividad acabada en *ing*. Adrenalina a tope, chavales.

—Nena, yo eso no, que me da un jamacuco. ¿Y un intercambio de parejas?

—¡Y dale! ¿¡Quieres centrarte!? —Patricia resopló y le dio un manotazo en el brazo—. Por favor, visualiza a Hugo.

—Vale, visualizo a Hugo. —Cristian se llevó los dedos a las sienes—. ¿Una ópera? ¿Una carrera de galgos? ¿Una conferencia sobre salud bucodental?

—Imbécil. Hugo no es para nada aburrido —lo defendí con uñas y dientes.

—Pues colabora, tía, danos ideas. ¿Qué le gusta?

—Yo qué sé…, todo. —Y, al darme cuenta de que no se me ocurría nada, solté la mayor tontería del mundo—: Le gusta… ¿el agua?

—¿El agua? —me miraron los dos a la vez como si me faltara un hervor.

—Sí…, no sé…, ahora no estoy inspirada. —Me encogí de hombros.

—El agua…, el agua…, vamos a ver…, tía, nos lo has puesto complicado, ¿eh? Yo es que ya sabéis que soy más de vino que de agua…

—¡Lo tengo! ¡Una *pool party*! —exclamó Cristian animado—. Pero esto va a ir más allá de una simple fiesta en la piscina. ¿Tu primo no trabaja en el Resort Palladium?

—Sí… —respondió Patricia sin saber a dónde quería llegar.

—Ese resort está especializado en eventos de todo tipo. Estad atentas. —Cogió un folio del mostrador de la recepción y empezó a garabatear y dibujar rayas por todas partes—. Llegamos el sábado por la tarde y nos vamos directos a la piscina, risas por aquí, visualización de cuerpos por allá, un toqueteo disimulado bajo el agua… Por la noche cena, copas, más risas, más toqueteo encubierto entre bailes. Nos quedamos a dormir allí, por supuesto. Por la mañana más piscina, solecito, miraditas a través de las gafas de sol, unas risas más y para casa. ¿Qué me decís? —preguntó orgulloso, giró el folio hacia nosotras, en el que no se entendía nada—. Planazo, ¿no? Llama a tu primo y reserva.

—¡Me encanta! —Patricia aplaudió y marcó el número de teléfono de su primo al instante.

—Sabéis que mi casa tiene piscina, ¿no? Podéis venir esta misma tarde a bañaros y nos olvidamos de semejante despliegue —les recordé en vano.

—Chuflo, ¿qué pasa? Soy tu prima la Patri, la hija de la Lolita, la pequeña. ¿Qué te iba a decir?, ¿todavía trabajas en el resort? ¿Sí? ¿Cómo estás de habitaciones? Necesitaríamos tres para mañana. No. Entiendo. No. No pasa nada, primo. No te preocupes. Venga, hablamos.

Sonreí para mis adentros al escuchar la negativa. Todo había quedado en una simple idea esbozada sobre un papel.

—Reserva confirmada —nos informó Patricia con su cara de sobrada.

Cristian empezó a dar saltos de alegría, aunque, en el segundo, ya se cansó y se apoyó sobre el mostrador. Yo, en cambio, resoplé.

—Solo hay un inconveniente, mi primo me ha dicho que este fin de semana hay un evento nudista.

—Estáis de broma, ¿no? —me escandalicé.

—¿Piscina, alcohol y rabos por todas partes? ¿Dónde está el inconveniente?

—¡Ni de coña! No, no y no. Me niego.

Se acercaron unos clientes al mostrador y me apresuré en atenderlos para dejar de escuchar a los dos degenerados que tenía como amigos. Les emití la factura con los gastos de su estancia y les recogí la llave. A estos clientes les siguieron varios más y ya no tuve la oportunidad de recriminar a mis compañeros. A la hora de la salida ni siquiera me esperaron. Ignoraron mis súplicas y se escabulleron al grito de «*pool party*».

Al llegar a casa, Hugo no estaba. Miré el móvil y tenía un mensaje de él.

Me quedo a comer con unos compañeros de trabajo, tengo que organizar varios asuntos antes de irme.

No supe qué contestar. Iba a estar dos semanas enteras sin verle. ¿No tenía suficiente con esos días? La noche de antes habíamos dormido en la misma cama, pero ni siquiera nos habíamos visto. ¿No se suponía que tendría que tener ganas de pasar más tiempo conmigo para compensar las semanas en las que no íbamos a poder estar juntos?

Me preparé alitas de pollo y las comí en el jardín. No tenía ganas ni de mirar el móvil, ni la televisión, ni tan siquiera de leer un libro. Si hubiera tenido en mi poder el de mi amiga Marta tal vez me hubiera animado, pero todavía quedaban unos días para su lanzamiento.

Nala se acercó a pedir las sobras de mi comida. Puse el plato en el suelo y la acaricié mientras comía los huesos con desespero. Un lametón, todavía con restos de comida, me recorrió el brazo.

—De nada, ya sé cuánto te gustan. —Ella volvió a demostrármelo con otro lametón—. La semana que viene estaremos solas, sin Hugo.

Un maullido de Lucas nos hizo girar la cabeza.

—Sí, Lucas, tú también estarás la semana que viene con nosotras. Eso si no te escapas de parranda. ¿Dónde has estado hoy?

Volvió a maullar y dio una vuelta para perseguir su cola. Se sentó al lado del plato y olió los restos

de aceite que era lo único que había sobrado.

—¿Tienes hambre? —Lucas no hizo mención de levantarse de la hierba—. Veo que algún vecino ya te ha dado de comer, ¿no? Eres un sinvergüenza y un caradura.

Me senté con ellos en el suelo para rascar sus barrigas y colmarles de besos cuando intuí una presencia a mi espalda. Me puse tensa y agucé el oído. Nala se incorporó nerviosa y se puso a ladrar, lo que hizo que me asustara y chillara con todas mis fuerzas.

—¡No te muevas o llamo a la policía! ¡Este es un terreno privado!

Posiblemente el haber encontrado la puerta del jardín abierta la tarde anterior me hiciera estar en modo alerta, aunque yo no fuera consciente.

—Joder, Lis, qué susto. —Hugo pegó un salto hacia atrás—. ¿Por qué me amenazas y me apuntas con una… alita de pollo?

Bajé el brazo para mirar mi arma, me sentí absurda.

—Perdona, pensaba que estabas en el trabajo y un ladrón había entrado a atacarme.

—¿Un ladrón? ¿Y qué le pensabas hacer con una alita de pollo?

Nala volvió a ladrar y silenció las palabras de Hugo, dio vueltas alrededor de él y se incorporó sobre sus dos patas para abrazarlo.

Cogí la patita de Lucas, que se había mantenido impasible ante la llegada de Hugo, e hice como que él saludaba.

—Hola, papi —pronuncié con voz aguda.

Hugo cogió una pelota del suelo y se la lanzó a Nala.

—Hola, pequeña bola de pelo. —Le acercó la cara y le hizo una carantoña, luego se sentó a mi lado y me dio un beso—. Menudo recibimiento me has dado, Lis.

—¿No estabas en una comida de trabajo?

—Estaba.

—¿Y qué ha pasado?

—Me iba a estallar la cabeza, están siendo unos días muy intensos. En cuanto he visto la oportunidad, me he escapado. Quería estar contigo. —Me dio un suave mordisco en el hombro y yo, sonriente, me acurruqué sobre su pecho.

—Te echaba de menos.

—Yo también, no sé qué voy a hacer tantos días sin verte.

Se me escapó una risita de felicidad al tenerlo a mi lado.

—Lo digo en serio, voy a echar de menos estos ojitos de oliva.

—¿Has dicho ojitos de oliva? —Me extrañó la expresión.

—Sí, ¿qué pasa? Son verdes. —Me cubrió la cara con su mano y se echó a reír—. Lo intento, ¿eh?, pero ya sabes que las palabras cursis no son mi fuerte.

—No, desde luego que no. ¿Y entonces cuál es tu fuerte? —le reté maliciosa elevando una ceja.

Sonrió de medio lado y se humedeció el labio.

—Lis, ¿de verdad hace falta que te lo diga?

Sus mejillas se sonrojaron.

—Bueno, puedes tan solo… demostrarlo.

—No me digas estas cosas. Sabes que me ponen malo.

Tras un profundo suspiro, me abarcó la espalda con las manos y me tumbó en la hierba. Noté el peso de su cuerpo sobre el mío y sus labios me buscaron traviesos, desesperados por explorar cada rincón. Mis caderas se elevaron para unirse todavía más a él y su respuesta fue un gruñido que vibró en mi garganta y me electrizó la piel.

—Ejem… Antes de que esto vaya a más… Hola, estamos aquí.

—No era nuestra intención, pero nos vemos obligados a interrumpir este momento.

Incorporé la cabeza, todavía con la respiración agitada, y me encontré a Cristian y Patricia en ropa de baño y un flotador en la cintura.

—¿Qué hacéis aquí?

—Nos has invitado tú.

—¿En qué momento? —intenté hacer memoria.

—Esta mañana, mientras hablábamos de… —Cristian señaló con la cabeza de manera disimulada a Hugo—, bueno, cuando organizábamos el evento de… de los suizos —inventó sobre la marcha—, los suizos que se hospedan en el hotel, los que buscaban una… piscina.

—¡Está bien! ¡Sí! La piscina es toda vuestra —alcé la voz al ver el lío que se hacía él solo por no desvelar nada.

Miré a Hugo y le pedí perdón. Él, todavía con su mirada salvaje, me sostuvo la cara con su mano y me dio un beso.

—No pretenderéis seguir, ¿no? —se escandalizó Cristian sin perder detalle—. Desde aquí se ve todo, y cuando digo todo es… todo. Y ya te digo que pequeña no es.

Hugo no pudo evitar reír. Antes de levantarse y abandonar el jardín, me dio un beso en el pelo.

—Voy a aprovechar para hacer una llamada de trabajo. Avísame si me necesitas. Y disfruta —susurró.

—Te necesito ya —refunfuñé, volví a tumbarme sobre la hierba y alargué un brazo en un intento por atraparlo—. Chicos, os odio.

—Sentimos arruinarte el polvo —dijo Patricia mientras se subía al flotador de flamenco y se colocaba unas gafas de sol demasiado grandes para su cara.

—Tranquila, nena, el calentón se te pasa en cuanto metas el dedo gordo del pie. El agua está congelada.

Me lanzaron agua desde la piscina, por lo que me vi obligada a incorporarme. No era el plan que había pensado para esa tarde, pero, como siempre que estaba con ellos, conseguían hacerlo memorable.

Tres horas más tarde, y con una toalla alrededor de mi cuerpo, entré en el despacho en busca de Hugo. Mis ganas de él no habían desaparecido por más agua helada en la que me hubiera sumergido.

Abrí la puerta y asomé una pierna que contoneé de forma coqueta. Lo siguiente fue mover la toalla y lanzarla donde intuía que estaría la silla. Hice lo mismo con la parte de arriba del bikini y también con la de abajo. Cuando estuve completamente desnuda, abrí la puerta con una pose tan sugerente que estaba segura que no tardaría en rendirse a mí.

Lo que encontré al otro lado me provocó entre decepción, risa y ternura. Hugo estaba tumbado

sobre el teclado del ordenador con la parte de arriba de mi bikini en la cara. Se había quedado dormido.

La pantalla estaba encendida. Me acerqué para apagar el portátil cuando un correo electrónico llamó mi atención.

De: Nerea Olivenza <nerea.olivenza@clinicadentisa.com>
Para: Hugo Carreras <hugo.carreras@clinicadentisa.com>
Fecha: 16 junio 2024, 19:49
Asunto: Reserva
Hola,
Te adjunto la reserva para el martes.
Nos vemos mañana. Un abrazo,
Nerea

Me incomodó un poco. No era agradable recordar que mi pareja se iría de viaje con otra mujer.

Desperté a Hugo entre caricias. Era mejor que descansara en la cama. Hizo el esfuerzo de abrir un solo ojo y, al verme, sonrió. Me senté a horcajadas encima de sus piernas y lo abracé. Él respondió de la misma manera. Recorrió con suavidad mi espalda y me regaló placenteras cosquillas. Nuestra respiración subió de intensidad, hasta que, con un golpe seco, cerró el portátil y se irguió. Parecía nervioso.

—¿Qué pasa? —pregunté preocupada.

—Nada —titubeó—. Se acabó el trabajar por hoy. Me voy a la cama. Estoy molido.

Lo seguí hasta la habitación. Me tumbé sobre su pecho y, tras darme las buenas noches con un beso, cayó en un profundo sueño. Me dormí sin entender qué había pasado.

9

Por la mañana, cuando me desperté, Hugo ya no estaba en casa. En su lugar encontré el desayuno preparado en la mesa que tenemos frente al gran ventanal del jardín.

He salido a correr antes de ir al trabajo y he pensado en ti.

Su nota me robó una sonrisa. Me había comprado los mini *croissants* de chocolate blanco que tanto me gustaban, pero, además, ensaimadas, magdalenas y rollos de canela. Dudé en si el desayuno era solo para mí o para toda la urbanización.

Sin tiempo que perder, eché mano a la comida a la vez que marcaba su número en mi teléfono.

—¿Acaso pensabas que podías suplir tu ausencia con comida? —le saludé con la boca llena.

—Ahora no puedo hablar, me pillas entrando a una reunión —susurró.

—Oh, vaya, entonces no te molesto. Nos vemos al mediodía —susurré yo también sin saber por qué.

—No sé si podré escaparme al mediodía, más tarde te lo confirmo. Tengo que colgar. Disfruta del desayuno.

Volví a mirar la nota de Hugo con cierta tristeza. El esfuerzo y la dedicación iban a tener su recompensa, estaba convencida de ello. Y, una vez lograra el nuevo puesto de trabajo, volveríamos a tener tiempo para estar el uno con el otro. Como siempre. Mientras tanto, solo me quedaba entenderlo y apoyarlo. Aunque no era tan fácil como parecía.

Cuando estaba acabando de desayunar, me llegó un mensaje al móvil. No aparecía el remitente, estaba enviado desde un número oculto. Por regla general, suelo borrar los mensajes de personas que no conozco, pero algo me hizo abrirlo.

¿Seguro que está trabajando?

Me quedé helada y sin poder levantar la vista del móvil. ¿Se refería a Hugo? ¿Pero a qué venía esa pregunta? ¿A quién le interesaba que dudara de él? Negué con la cabeza. No tenía sentido. Debía de tratarse de una equivocación. O de una broma de mal gusto.

Hice una captura de pantalla y se la envié a Hugo. Necesitaba conocer su reacción. A la espera de que contestara, caminé al hotel para despejar la mente. Por el camino llamé a Marta, ella siempre era la voz de la cordura.

—¿Tú confías en Hugo?

—Sí, claro.

—Pues entonces ni caso, rubia. A seguir con tu vida.

—Qué fáciles ves las cosas.

—Las de los demás, sí, las mías no tanto. Se ha adelantado la fecha de lanzamiento del libro y estoy atacada.

—¿Cuándo es?

—Hoy.

—¿¡Hoy!? ¿¡Y cuándo pensabas decírmelo!? Lo quiero. Tengo que ser la primera en comprarlo.

Y eso hice. Con la autora al teléfono fui directa a la librería. No me importó llegar tarde al trabajo. Tenía un motivo de peso para hacerlo. No todos los días una mejor amiga publica un libro.

—¡Lo tengo! La portada es preciosa, Marta. No me puedo creer que salga tu nombre en ella. ¡Que eres escritora! ¡Que lo has conseguido!

—¿En serio te gusta?

—Me gusta, no, ¡me encanta! Ahora solo falta que me lo firmes.

—Eso ya lo veo más complicado.

—¡*A través de ti*! Es el libro de mi amiga, si lo compras no te decepcionará —se lo promocioné a una chica que ojeaba la sección de comedia romántica. Para mis amigas sacaba el coraje que para mí no tenía.

—¿Qué haces, rubia? —se carcajeó—. Estás fatal.

—Pues lo ha cogido, y parece que se dispone a pagarlo. ¡Gracias!

La chica me sonrió a modo de respuesta.

—Ay, Eli, qué nerviosa estoy. En cuanto lo leas quiero saber tu opinión más sincera.

—Eso no lo dudes. Lo empiezo esta misma noche.

—Tengo que dejarte, entro a trabajar. Gracias por compartir mi ilusión.

Al llegar al trabajo quince minutos tarde, me encontré con una Patricia algo alterada. Su hija tenía unas décimas de fiebre y había tenido que quedarse en casa con Paolo.

—Tranquila, seguro que se recupera enseguida —la intenté animar.

—Ya lo sé, si no me preocupa su fiebre, sé que será porque le están saliendo tres dientes a la vez. El que me desespera es Paolo. He salido de casa hace veinte minutos y ya me ha llamado dos veces.

—Ten paciencia, el ser padres es algo nuevo para los dos.

—¿Nuevo? Paola tiene un año, ocho meses y doce días. Son casi dos años. Y me hace preguntas absurdas que, con mostrar un poco de interés, ya debería saber. Mira qué ropa le ha puesto para ir al pediatra. Como avisen a asuntos sociales nos quitan a la niña.

Me enseñó una foto de su hija con un vestido de tirantes rosa encima de una camiseta roja, debajo unas mallas de rayas de colorines, zapatillas deportivas verdes y unos calcetines altos por encima de las mallas con dibujos de dinosaurios. Un cuadro. No supe qué decirle. Apreté los labios para contener la risa.

—Sí, puedes reírte tranquila, no te cortes.

En ese mismo momento un móvil vibró. Miré el mío con la esperanza de que fuera Hugo que respondía a mi mensaje. Pero no, volvía a llamar Paolo. Patricia resopló antes de responder.

—Paolo, ¿qué pasa ahora?

Que Patricia lo llamara por su nombre y no por sus característicos apelativos cariñosos significaba que estaba cabreada de verdad.

—Pues claro que tenías que llevar su tarjeta sanitaria, te la dejé en el recibidor, al lado de la puerta, para que no se te olvidara. Ahora te paso una foto, espero que les sirva con eso.

Colgó la llamada y se dedicó a buscar la foto. Pero, antes de poder enviársela, el nombre de Paolo volvió a aparecer en la pantalla.

—¡Qué! —chilló, lo que llamó la atención hasta de los clientes a los que Cristian atendía—. No, Paolo, no le he dado paracetamol. ¿Se lo has dado tú? Ah, no, que esta tarea parece que es solo mía. Como tantas otras.

Le puse la mano en el hombro a Patricia para apaciguar sus nervios. No quería que dijera palabras de las que más tarde pudiera arrepentirse.

—Este tío es tonto —bufó al colgar la llamada.

—No digas eso, Patri, lo hace lo mejor que puede.

—Ya lo sé, tía, pero a veces me desespera —murmuró. Se llevó una mano a la cara, frustrada, y echó la cabeza hacia atrás.

La entendí en el acto, me transmitió esa impotencia.

—Es que… Lis, los primeros años de la maternidad son muy intensos, ¿sabes? —prosiguió como si le hubieran dado cuerda. Asentí a pesar de no saberlo en primera persona, pero me lo imaginaba —. Se arrastra mucha carga mental, muchas emociones, cambios, es un maldito aprendizaje constante. Hay que adaptarse a nuevos ritmos, noches enteras sin dormir… tía, es agotador. —Asentí por pura inercia, no quería que dejara de hablar—. Eso sin contar la puta revolución de las hormonas y el aceptar tu nueva imagen, mirarte al espejo y no reconocerte. —Eso último lo dijo en un breve susurro. Me partió el alma—. Olvidarte de ti como persona, olvidarte de quién eres porque solo puedes desvivirte de manera incondicional por esa otra personita que tanto te necesita y que ha pasado a ser una extensión de ti.

Había conseguido acaparar incluso la atención de Cristian y de los clientes a los que atendía, todos la mirábamos entre compasivos y asustados.

Lo único que me salió hacer fue darle un abrazo. Su respiración se estabilizó entre mis brazos.

—Cariño, lo siento, no soy madre y no era consciente de todo por lo que pasabas —añadí.

La cogí de la mano y la llevé al cuartito que teníamos detrás de recepción. Mientras preparaba dos cafés, le recordé que no tenía que sentirse mal por quejarse. No le hacía peor madre.

—Ya está —dijo, se incorporó de la silla y dio una palmada—, muy buena la terapia, gracias, pero yo soy Patricia y esta situación no va a poder conmigo.

—Oye, que hasta la poderosa Patricia tiene derecho a romperse de vez en cuando.

—Pues no será esta vez, tía. Y ahora en marcha, Cristian nos necesita.

La que pedía ayuda a gritos era ella, por más fuerte que quisiera parecer. Necesitaba despejarse y desconectar unas horas. Disfrutar, reír y divertirse.

—Han estrenado la nueva película de Mario Casas en el cine —la tenté.

—¿Y qué me quieres decir con eso?

—No te hagas la tonta.

Una llamada de Paolo interrumpió nuestra conversación.

—Qué, Paolo, qué —respondió desganada—. Da igual a qué farmacia vayas. Vale, compra unos pollos asados si no te da tiempo de hacer la comida. ¿Qué le han dicho a la niña? Es por los dientes, ¿no? Claro, le están saliendo tres a la vez, debe dolerle mucho. ¿Cómo? Claro que puede comer pollo

asado. Mira, Paolo, te dejo, estoy en el trabajo.

Colgó y lanzó el móvil dentro del bolso.

—¿Esta noche? —preguntó desesperada.

—¿Esta noche qué?

—El cine.

—Esta noche. —Asentí con una sonrisa—. Las dos solas. Con palomitas y todo.

—Hecho.

Hugo lo entendió. O, al menos, eso me pareció cuando llegué a casa y se lo expliqué como pude mientras mantenía una conversación telefónica. Una conversación que hizo saltar todas mis alarmas. El semblante de su cara cambió cuando me vio. Se puso nervioso y pasó a balbucear frases sobre higiene bucodental después de haber pronunciado la palabra «romántico».

—¿Romántico? —no pude evitar interrumpirle extrañada mientras continuaba con la conversación.

—¿Qué? —gesticuló.

—Has dicho romántico.

—¿Romántico? ¿Qué dices? Habré dicho semántico —explicó, tapó el auricular del móvil para que la otra persona no lo escuchara. Carraspeó y se alejó unos pasos para continuar con su conversación —: Por eso en la higiene se tiene que aplicar una pasta fluorada.

No me quedé conforme y me acerqué a él para volver a llamar su atención.

—En serio, has dicho romántico, lo he oído bien.

—Le puedes poner gel antiinflamatorio —me ignoró.

Tal vez no hubiera dicho esa palabra y me estuviera montando películas en mi cabeza, pero su actitud también me parecía rara.

—Espera un momento, Nerea.

Nerea. Hablaba con Nerea. Mi corazón se aceleró.

—¿Qué pasa, Lis?

Me quedé en blanco durante unos segundos, intenté asimilar la confianza que empezaban a tener entre ellos.

—Me voy al cine con Patricia —fue lo único que me salió decir.

—Vale, pasadlo bien. Mañana me cuentas. —Me dio un beso rápido en los labios y volvió a enfrascarse en el teléfono—. Nerea, perdona, lo que te iba comentando…

Me quedé con cara de póquer. Una cara que no expresaba nada, pero que pedía a gritos un poco de atención. Continuaba nerviosa por el mensaje sospechoso que había recibido. Una tontería, sí. No significaba nada y tampoco quería hacer un mundo sobre ello. Pero me hubiera quedado más tranquila si lo hubiéramos hablado. Si Hugo me hubiera ofrecido el refugio de sus brazos y me hubiera demostrado que todo estaba bien.

Lo tenía frente a mí, a apenas un par de pasos, pero me sentía sola. Y esa era una de las peores sensaciones que había vivido. Tenerlo a mi lado y echarlo de menos.

Me quedaba una esperanza. El fin de semana que íbamos a pasar juntos. Cuarenta y ocho horas entero para mí. Cuarenta y ocho horas en las que tendríamos tiempo para hablar, amarnos y disfrutar

el uno del otro antes de que se fuera por dos semanas. Dos semanas sin él…

10

La cara de Hugo pasó por todos los emoticonos cuando vio el despliegue de cuerpos desnudos que nos recibió en el resort.

—¡Bienvenidos al paraíso! —exclamó Cristian a la vez que se arrancaba la camiseta—. Ahora toca mimetizarse con el ambiente: ¡ropa fuera!

Patricia fue la única que le hizo caso y se despojó del vestido. Su minúscula ropa interior con estampado atigrado no dejaba nada a la imaginación.

—Ni de coña —se negó Hugo todavía impactado.

—Eso mismo les dije yo y mira dónde estamos, no me han hecho ni caso —me quejé con cara de asco al mirar a mi alrededor.

—¿Pero esto era una fiesta de despedida para Hugo o la fiesta de los rabos para vosotros? —les echó en cara Paolo a Cristian y Patricia.

—De verdad, qué aburridos. Vamos a tener que cambiar de grupo, nena —le propuso Cristian a mi amiga.

—¿Sabes qué te digo? Que, puestos a quejarse, que se quejen de verdad.

Y, tal como lo dijo, se quitó la braguita y el sujetador. Cristian, al ver que no podía ser menos, tampoco tardó en desnudarse.

—Pues ya estaría, nenes. Otro rabo más por aquí. Y este viene contento.

—Contento y soltero, pobre pelirrojo, no sabe lo que ha hecho al dejarte solo —se rio Patricia.

—Pues que no se hubiera ofrecido a hacer horas extras justo hoy. Pero me da igual, ¿eh? Pienso darlo todo, con o sin él. Ya me conocéis. Cristian en estado puro.

—Viendo el panorama, Elisa y yo nos metemos en la habitación y no salimos hasta el domingo por la tarde.

—Yo aceptaría encantada —fantaseé con una sonrisa de medio lado.

—¿Me hacéis un hueco? No pienso quedarme con este par de degenerados.

—Paolo, cielo, no vayas de recatado cuando acabas de proponer hacer un trío en toda regla —le reprochó su mujer.

—Pero ¿qué hablas tú ahora?

—¡*Jodé*! —chilló Paola para que todos recordáramos que estaba presente.

—Sigo sin entender por qué habéis traído a una niña a un resort nudista —dije.

—¿Y qué hago con ella?, ¿me la vuelvo a meter en el potorro?

—Mamá, *a amiseta*. —La pequeña estiró los brazos hacia arriba, pedía que le quitara la ropa.

—Mi mujer está creando un monstruo —se asustó Paolo al ver los pasos que seguía su hija.

—Oye, ya está bien, es un simple desnudo, algo natural. Si os sentís más cómodos con ropa, pues os la dejáis, pero no juzguéis a los que nos sentimos seguros con nosotros mismos y no nos importa mostrar nuestro cuerpo. Y lo digo yo que después del embarazo me sobran kilos y flacidez por todas partes, pero, a quién no le guste, que no mire.

—Qué orgulloso estoy de ti, cuqui —aplaudió Paolo. Se acercó a su mujer y le plantó un efusivo beso en los labios—. Eres un gran referente para nuestra hija.

—¿En qué quedamos? ¿Es un monstruo o un referente para tu hija? —cizañeó Cristian—. Si es que me vais a volver loco, os falta un martillazo en la cara a cada uno.

—Martillazo el que me vas a dar tú a mí, deja de moverte. —Me aparté del lado de Cristian. Él, como respuesta, pegó un salto e hizo un movimiento de pelvis que nos dejó a todos horrorizados.

—¡Nos vemos en la *pool party*!

Hugo y yo fuimos los últimos en llegar. Reían y bailaban en el agua. Contoneamos el cuerpo en su dirección al ritmo de la música y, cogidos de la mano, nos lanzamos a la piscina.

—Unos chupitos para iniciar la despedida no irían nada mal, ¿no? —Patricia señaló el bar de la piscina.

—Yo me encargo, ¿tequila para todos? —se ofreció Paolo.

Ante nuestra afirmación, se impulsó para salir del agua y nos sorprendió con un primer plano de su culo desnudo.

—Colega, ¿en serio? —se rio Hugo, tapándose los ojos con la mano.

—Ni se te ocurra decir una palabra sobre esto —se avergonzó y se alejó a toda prisa.

—Tengo un gran poder de convicción —se enorgulleció Patricia con un movimiento de cejas.

—Tito Hugo, tu *banadó* —se unió Paola.

—¿El mío? No, yo no me quito el bañador como tú, sinvergüenza. Que eres una sinvergüenza. Ven aquí que te voy a coger ese culillo que tienes.

Paola se puso nerviosa y chapoteó en el agua con sus manguitos de unicornio.

—Tito Hugo, no, no.

La niña no podía parar de reír cuando Hugo se acercó haciendo de tiburón.

—Tita Lisa, *sávame. Tibulón.*

—Allí voy, agárrate fuerte que nos vamos. —La cogí en brazos y ella me rodeó el cuello con sus bracitos.

—¡*Tibulón* viene!

—Ñam, ñam, tengo hambre —fingió Hugo y sacó la cabeza del agua.

—¡*Cole, cole lápido*, tita Lisa!

—No nos atraparás, tiburón, nosotras somos más rápidas.

—Sí, *lápidas* —se burló Paola, le sacó la lengua.

—¿Estáis seguras?

Hugo se metió debajo del agua y buceó hasta coger el pie de Paola. La niña se asustó tanto que, no solo se le escapó un chillido, sino también la caca a propulsión. Sí, caca. Dentro de la piscina. Encima de mí. Sobre mis brazos. Tampoco os describiré el chapapote que se formó.

—A tomar por culo la *pool party* —se resignó Cristian tomándose el chupito de tequila antes de salir del agua.

Nos desalojaron a todos de la piscina y la pusieron en cuarentena durante diez horas. Diez largas horas en las que fuimos el punto de mira de todos los huéspedes. El fin de semana no había podido empezar peor.

Me froté la piel bajo la ducha más de diez veces. Tenía la sensación de que el olor no se desprendía de mi cuerpo.

—¿Necesitas ayuda? —se ofreció Hugo mientras se desvestía—. ¿Quieres que te traiga lejía? ¿Una lija? ¿Un desintegrante directamente?

—Menos bromas, ¿tú has visto eso? Voy a tener que ir a terapia para superarlo.

—No seas exagerada. ¿El día que tengas hijos qué harás?

Mi cuerpo se tensó y no precisamente por notar su torso pegado a mi espalda y sus manos deslizándose por mis brazos.

—¿Hijos?

Tragué saliva.

—Serán preciosos. Me hipnotizarán con tu color verde de ojos y conseguirán todo lo que quieran de mí.

—¿Encima en plural? —Empezaba a hiperventilar.

Yo. Siendo madre. Si no sabía ni cuidar de mí misma.

—Hugo, a ver cómo te lo digo… —Me puse tan nerviosa que, al girarme, pegué un resbalón y caí de culo contra el suelo.

—Lis, ¿qué haces?

—Tirarme en *puenting*, ¿tú qué crees? Mi culo, qué dolor.

—Agárrate a mi mano.

—¿A tu mano o al bicho que me has plantado en la cara?

—¿Qué bicho? ¿Qué hablas?

—Tu miembro, Hugo. ¡Aparta!

Le entró tal ataque de risa que perdió las fuerzas y no consiguió levantarme.

—¡Pero agárrate fuerte! —me pidió con lágrimas en los ojos a la vez que lo intentaba de nuevo.

No pude evitar contagiarme con su risa.

—¿Pero a dónde quieres que me agarre? Si no veo nada. Estira, que me resbalo.

—Que me tiras, Lis. Para. No puedo, me meo de la risa.

—¡Ni se te ocurra! ¡Te mato! ¡Te juro que te mato!

—¡Pero levanta el culo! ¡Ayuda! ¡Haz algo!

Y, tras un último esfuerzo, se resbaló él también y cayó sobre mí.

Incapaces de levantarnos, nos entró la risa floja y nos duró hasta que varias llamadas en el móvil de Hugo insistieron tanto como para hacerle salir de la ducha.

—¿Quién era? —pregunté cuando volvió a entrar en el baño.

—Nadie, no era importante.

Su reacción me desconcertó, evitó mirarme a la cara y se secó el pelo con una toalla para hacerse el ocupado.

—¿Tanta insistencia y no era nadie importante?

—No.

No dijo nada más. Y yo tampoco insistí. Pero no me quedé tranquila y no me gustó nada esa sensación.

11

De las más de diez actividades para elegir, Patricia tuvo la brillante idea de escoger clase de zumba. De zumba y de zambombazos que nos iban a dar con tantas tetas y penes dando saltos al ritmo de una música cañera.

Tan solo Hugo y yo íbamos equipados para la ocasión, con un pantalón y una camiseta de deporte. Me incomodaba ver al resto de mis amigos desnudos, pero a ellos parecía no importarles.

—¡Vamos, chicos! —chilló el profesor mientras levantaba con energía la pierna derecha, daba una palmada y nos dejaba verle hasta el alma—. ¡Ahora una vuelta hacia la izquierda! ¡Todos juntos! ¡Salto! ¡Toma, toma, toma! ¡Así! ¡Así sí! ¡Otra vez! ¡Con más ganas todavía!

Se nos iba a salir el corazón por la boca.

—¡Un grito! ¡No os oigo! —Nos motivaba el profesor al que le caía el sudor por la frente.

Desfogarnos nos estábamos desfogando de lo lindo, para qué negarlo. Pero las agujetas que nos iban a salir también iban a ser de campeonato.

—Me rindo. —Cristian se tiró al suelo al borde de un infarto—. Gordo pero feliz, así me quedo.

—Creo que me rindo contigo —me uní bajando el ritmo.

—¡La rubia del fondo! —me llamó la atención el profesor—. ¡Que no pare la fiesta! ¡Dale duro! ¡Sí, nena! ¡No pares!

Empezaba a dudar de si estaba en una clase de zumba o en una orgía.

—A la mierda, yo también me uno a vosotros —dijo Paolo, y se secó la frente con una toalla.

—*Jodé*, papá, sigue como yo, *mila*. —Paola se tomaba muy en serio un ejercicio de lanzar telarañas como si fuera Spiderman que no sabíamos de dónde lo había sacado.

—Muy bien, cariño, sigue así —le animó su padre.

—Me sorprende que Patri siga atenta a la clase. —La observé de reojo.

—Está hipnotizada con la tercera pierna del profesor. Y no es para menos. En mi época de soltero me lo hubiera tirado y lo sabéis —intervino Cristian desde el suelo—. Qué tiempos aquellos…

—Cómo se nota que no tenéis que deshaceros de los kilos de más que deja un embarazo, cabrones —se defendió Patricia con envidia.

—Pues los kilos de más serán solo en los pezones, nena, qué barbaridad. Nos vas a sacar un ojo —se burló Cristian.

Al final, la única que continuó con la clase fue ella. Los demás nos fuimos al bar. Incluida Paola, que se sintió una más al brindar con nuestros mojitos su agua con hielo y una rodaja de limón.

Me alejé de ella por miedo a sufrir un nuevo altercado como el de la piscina. Hugo se dio cuenta y sonrió.

—¿Qué es lo siguiente que tenéis planeado? ¿Combate cuerpo a cuerpo? ¿Lucha en el barro? —se burló Hugo.

—Nene, no sigas por ahí que me lo imagino. Y si me animo se nota. —Cristian se recolocó la entrepierna.

—No los subestimes, Hugo, ya sabes que son capaces de cualquier cosa —respondí.

—¡Bachata! —chilló una Patricia agotada, se acercó hacia nosotros con la cara roja y la coleta deshecha—. ¡Empieza bachata en diez minutos! ¡Moveos que llegamos a tiempo!

—¿Pero esta chica qué se ha tomado? —preguntó Hugo.

—Sea lo que sea, que me pongan dos, pero que me lo traigan a la mesa, no puedo mover ni un solo músculo —pidió Paolo elevando la mano con esfuerzo.

—Yo estoy reventado, pero qué queréis que os diga, a mí la bachata me pone.

—Cristian, a ti te pone todo —le quité importancia.

—También es verdad. Y ahora vamos calentando que salimos a restregar el *cebollón* —exclamó y se incorporó de la silla con energía.

—¡Cristian, por favor! —me quejé—. ¿Quieres apartarme el loro del hombro? Estoy de tanto rabo hasta el mismísimo.

—Mira que eres delicada, nena. ¿Quién más viene a bailar?

Hugo esperó mi respuesta.

—¿Por qué me miras así? ¿Tú quieres ir? —le pregunté.

—Si Elisa no va, te pido como pareja —se interpuso Cristian emocionado.

—¿Lis?

—Solo por el miedo que me da dejarte con Cristian me apunto. ¿Paolo? Solo faltas tú.

—Me sacrifico, alguien tiene que cuidar de Paola.

—Qué morro le echas cuando te interesa —saltó Patricia a su yugular.

—¿Qué te pasa, cuqui? Ya sabes que bailar no es lo mío, pero tú diviértete y no te preocupes por la niña, que ya estoy yo.

—Pues eso es lo que me preocupa —susurró Patricia por lo bajo.

—¿Qué has dicho? —preguntó Paolo sin haberla entendido.

—¡Nada! —La agarré del brazo y me la llevé.

—¡Cuqui, espera! Dame instrucciones que se acerca la hora de cenar. Si la niña tiene hambre, ¿qué le doy?

Patricia frenó en seco y respiró hondo antes de responder.

—Paolo, ¿¡en serio!?

—Que no, que era broma… —intentó sonar gracioso—. Esperad, chicos. —Detuvo a Hugo y a Cristian cuando se aseguró de que Patricia no escuchaba—. ¿Puede comer patatas chips?

—Mejor un plátano o unos palitos de pan, Paolo —le guiñó el ojo Hugo.

—Nene, ¿es hija tuya o del vecino? —se burló Cristian—. Si tan mal lo vas a llevar, aún estás a tiempo de unirte a bachata, campeón.

Me reí con la conversación y Patricia me miró sin entender qué me pasaba.

—Patri, disfruta y relájate, siempre podría ser peor —la animé.

—Esa es la frase más desmotivadora de la historia, tía.

—¿Pero a que lo estás pasando bien?

—Estar con vosotros siempre es sinónimo de estar bien.

Le di un abrazo mientras caminábamos. Cristian no tardó en interponerse entre nosotras, nos pasó

un brazo por los hombros y cantó.

—«Son las cinco de la mañana y yo no he dormido nada».

—«Pensando en tu belleza en loco voy a parar» —nos unimos nosotras.

Alargué el brazo para alcanzar también a Hugo y, juntos, los cuatro, llegamos a la clase de bachata entre risas, pisotones y gallos desafinados.

Por suerte, no hizo falta rotar de pareja y bailé con Hugo durante la hora entera. Me sorprendió su soltura. Sabía guiar mis pasos con destreza. Me aferré a su cintura, sus brazos, su cuello, y mi mente danzó al ritmo de nuestros cuerpos entrelazados. Fue un momento mágico.

Para recuperar las calorías perdidas entre tanta actividad, cenamos en un bar de tapas. Más de veinte platos diferentes aterrizaron en nuestra mesa. Los acompañamos de una cerveza tras otra sin apenas darnos cuenta.

—Te voy a echar mucho de menos —le dije a Hugo en modo zalamera, y apoyé la cabeza sobre su hombro.

—No podremos vernos, pero te llamaré —añadió Paolo.

—¡Pero qué intensos sois! ¡Cualquiera diría que se va para siempre! —exclamó Cristian.

—El que fue a hablar, ¿te recuerdo que has sido tú el que ha organizado este finde por todo lo alto? —Le di un manotazo.

—Culpable. —Levantó una mano y encogió los hombros, pero enseguida volvió a venirse arriba —. Pues en breve nuestros gatos cumplen un año, les podríamos montar una fiesta tematizada…

—Frena —le detuvo Hugo—. Que empezáis a hablar y en un mes nos veo disfrazados de gato mientras comemos una tarta con forma de raspa de pescado.

—Ideas no me faltan y encima tú me has dado unas cuantas más. Uy, ¿y este maromo? Hola, guapo.

Un camarero que no habíamos visto hasta ese momento atrajo la atención de Cristian. Se lo comió con la mirada mientras dejaba los postres sobre la mesa. Percibí cómo se mordía la lengua para no lanzar una de sus indirectas por respeto a su pareja.

Poco le duró. Cristian era un alma libre.

—¿Vienes incluido en el postre? Porque si es así, empiezo por ti —soltó con descaro.

Le pegué una patada por debajo de la mesa. Él me recriminó con un gesto hasta que el camarero respondió a su ataque.

—Mi turno acaba a las doce. Te espero en la barra. —Le guiñó un ojo y se fue satisfecho.

—Me acabo de empalmar —suspiró y se puso la servilleta sobre la entrepierna—. Ya no recordaba lo excitante que es ligar.

Cristian se abanicó. Tuve que ser yo la que le recordara que tenía a un pelirrojo esperándole en casa.

—Nena, por favor, ¿quién ha dicho que vaya a ir a la barra a las… doce ha dicho?

—¡Cristian! —De nuevo le pegué un manotazo en el brazo.

—Que no, que no, que no existe tentación que pueda conmigo.

Pero, tal como lo dijo, él mismo se rio y recorrió al camarero con mirada lasciva.

Patricia nos puso en contacto con Álvaro mediante una videollamada con la intención de

reconducir a Cristian.

—¡Pelirrojo! ¿Cómo va el trabajo?

—Estaría mejor con vosotros. Cari, ¿y esa cara? ¿Va todo bien? Te veo acalorado.

—Pues… el alcohol, nene. ¿Qué va a ser?

—¿Lo estáis pasando bien?

—No está mal, no.

—Tu churri te echa mucho de menos, ¿verdad, Cristian? —agregó Patricia.

—Verdad, verdad —afirmó por inercia.

—Yo también a ti, cari. Pero ya sabes que el dinero es lo primero.

Nos miramos entre nosotros sin aprobar esa frase. Cristian no pareció darle importancia.

—Vuelvo mañana por la noche, ya me lo compensarás.

—Ya me gustaría, Cris, pero he quedado para cenar con Pedro.

—¿En serio? ¿No tenías otro día? Pues tú te lo pierdes, nene, así te lo digo, este cuerpo no va a pasar hambre.

—¿Qué quieres decir?

—Que me está esperando en la barra un…

—¡Álvaro! ¡Oye! ¡Tenemos que colgar! —alzó la voz Patricia, nerviosa.

—¿Qué ha dicho Cristian sobre…? —insistió el afectado con cierta inquietud.

—¡Adiós!

Patricia colgó la videollamada y se excusó con la mirada.

—Parece que no ha sido buena idea llamarlo.

—Nena, que si él cena con el tal Pedro yo me ceno al camarero. Punto.

—¿Todavía tienes más hambre? Yo estoy hinchado —intervino Paolo mientras se recostaba en la silla.

—Qué dramático eres, Cristian —me burlé—. Te dice que va a cenar con otra persona, nada más.

—Habló la reina del drama. Lo que tengo que escuchar. ¿Y me lo dices tú? Mejor cállate si no quieres que revivamos toda tu locura obsesiva de cuando Hugo te dejó.

—Cómo se nota que llevas un día sin follar, te agría el carácter —le quité importancia a la discusión.

Cristian se rio por lo absurdo de mi respuesta, pero, segundos después, pareció aceptar mi teoría.

—Nunca lo había pensado, pero no me parece tan descabellado. Entonces, si de verdad me afecta al carácter, tiene fácil solución, ¿no? —Volvió a hacerle ojitos al camarero que le respondió de la misma manera.

—Ni se te ocurra. —Habló la cordura de Patricia—. Si has decidido tener una relación es con todas las consecuencias. No la lances por la borda por cinco minutos de diversión.

—Me estáis deprimiendo, nenas.

—¡*Jode*!

Se escuchó la vocecita de Paola que apareció al lado de Cristian. Hizo el intento de subirse a su regazo y él la ayudó.

—Tú me entiendes, ¿verdad? Gracias por venir a consolarme. —Le dio un beso en la cabeza y la

abrazó.

—*Chocholate*.

Paola tenía otra intención. Señaló el flan de chocolate con deseo y cogió con el dedo un poco de nata que no tardó en llevarse a la boca.

—Qué *ico*. Más, más —celebró.

Cristian le dio una cucharada de flan y, después de esa, le siguieron unas cuantas más.

El camarero se percató y aprovechó la ocasión para acercarse a nuestra mesa.

—¿Quieres que te traiga otro flan? Veo que ni siquiera lo has probado.

—Es tentador, muy tentador. ¿Pero sabes qué? A veces hay que aprender a decir que no. Los cinco minutos de satisfacción que me va a proporcionar el flan no compensan todos los desayunos en los que tengo bizcocho recién hecho en casa.

—No estamos hablando del flan, ¿no?

—No. Lo siento. Tengo pareja. —Cristian unió las muñecas como si llevara unas esposas.

—Estoy muy orgullosa de ti —le felicité con un apretón en la mano mientras el camarero se iba a servir a otra mesa.

12

Volver a ver a mis amigos con ropa fue un alivio. Ya de vuelta en la furgoneta que habíamos alquilado, rememoramos los mejores momentos vividos en el resort. Para Paola había sido el flan de chocolate. Para Patricia el aceptar su nuevo cuerpo frente al espejo y quererse y valorarse de la misma manera que siempre. Para Paolo la cerveza que se había tomado él solo en el bar de la piscina, esos diez minutos de paz. Para Cristian, el sentirse fuerte y empoderado al hacer frente a las tentaciones. Y para Hugo y para mí los bailes de bachata en los que habíamos traspasado el tiempo y el espacio, y nos habíamos convertido en un solo ser danzando al ritmo de una música sensual y apasionante.

—Qué moñas sois. —Cristian se rio y simuló una arcada.

—Me ha dado grima hasta a mí —apoyó Patricia—. ¿Alguien tiene un chicle de fresa para pasar el mal trago?

—De fresa, no, de menta, picante como la vida misma —le ofreció Cristian—. Y vosotros dos ya podéis aprovechar el tiempo y bailar mucha bachata hoy.

—¿Hace falta que me recordéis todo el rato que Hugo se va? —me quejé desganada.

—La que nos espera estos días, Patri.

—Vuelve Elisa la insufrible. Me tendré que llevar la petaca de alcohol al trabajo para sobrellevarla.

—No digáis eso. No me preocupa que se vaya. Dais una imagen de mí que no es cierta —me defendí.

Mis amigos se miraron entre ellos y optaron por callar y darme por inútil.

—Lis, ¿lo dicen en serio? ¿De verdad te agobia que me vaya? —se preocupó Hugo.

—Claro que no, no les hagas caso. Tu carrera laboral es muy importante para mí. No pasa nada por sacrificar unas semanas sin vernos. Te echaré de menos, sí, pero sé estar sola.

—Intentaré hablarte siempre que pueda. Estate tranquila. —Me pasó el brazo por los hombros y me atrajo hacia él—. Yo también te voy a echar mucho de menos.

Continuamos con las manos entrelazadas hasta que Paolo nos dejó en casa. Nala nos recibió con un abrazo tan efusivo que me lanzó al suelo. Lucas, en cambio, prefirió lamerse la pata desde la otra punta del jardín.

—No entiendo tu empeño en acabar siempre por los suelos —se burló antes de sentarse a mi lado y acariciarme las nalgas.

Sonreí y le aparté la cara con una mano. Cogí la pelota que Nala me había traído y la lancé. Hugo volvió a mirarme, esta vez con una mirada traviesa. La labradora blanca volvió a la carga de nuevo con su pelota en la boca. Jugué con ella a pesar de sentir los ojos de Hugo clavados en mí. Un nerviosismo me encendió las mejillas y una leve excitación se abrió paso entre mis piernas cuando su aliento rebotó contra mi cuello. Cada vez estaba más cerca. Y a mí cada vez me costaba más concentrarme en el juego de Nala y no en el suyo. Lancé de nuevo la pelota y Hugo, con un movimiento rápido que no vi venir, me atrapó la muñeca y me sentó encima de él.

—Tengo las mejores vistas del mundo —susurró con un tono grave y profundo.

Incorporó la espalda hasta venir directo a mi boca. Una descarga nos sacudió cuando nuestras lenguas chocaron y se entrelazaron.

—Me encantas, Lis.

Me apretó contra él con intensidad y me tumbó sobre el suelo. El peso de su cuerpo me cortó la respiración y me excitó todavía más. Mis incontrolables ganas de tenerlo dentro de mí iban en aumento, pero entonces Hugo detuvo sus movimientos en seco y se rio sobre mi boca. Yo hacía rato que había perdido la noción y volví a atrapar su labio entre los dientes.

—Lis, para, no puedo. —Sus carcajadas resonaron en mi pecho—. Esto no es serio.

—Sigue —supliqué y lo atraje con fuerza para que no se despegara de mí.

—No, yo así no puedo seguir. Nunca he hecho un trío y no va a ser hoy la primera vez.

—¿¡Qué has dicho!?

Aparté ambas manos de su cuerpo y lo miré sorprendida. No entendía nada de lo que decía.

Hugo agachó la cabeza para mostrármelo y entonces, subido en su espalda, estaba Lucas. Se lamía de nuevo una pata como si llevara toda la vida en ese lugar, ni se dignó a mirarnos cuando llamamos su atención.

Me uní a la risa contagiosa de Hugo mientras intentaba bajarlo con ligeros aspavientos. Al no conseguirlo, movió la espalda de un lado a otro sin parar, pero el gato, en vez de huir, se quejó con un maullido y se aferró hincando las uñas en la camiseta. No tenía intención de moverse. Me arrastré por debajo de Hugo hasta ponerme en pie. Me puse detrás de Lucas y lo cogí.

—¡Ya eres mío!

El susto que le di causó el efecto contrario. Clavó todavía más sus afiladas uñas y desgarró la camiseta de Hugo, llegó incluso a marcarle la piel.

—¡Me duele! ¡Para! —chilló como si fuera el fin del mundo—. ¡Qué dolor!

—¿¡Y qué quieres que haga!? —chillé yo también con el gato en las manos que se ponía igual de nervioso que nosotros y aún atacaba con más ganas, entre bufidos.

—¡No lo sé, pero quítamelo de encima, me está desangrando! ¡Voy a morir! ¡Voy a morir desangrado!

—¡Hugo, por favor, no seas exagerado, es un rasguño de nada! —le quité importancia a pesar de ver pequeñas gotitas de sangre que empezaban a asomar por las heridas.

—¡Lis, por favor, quítalo ya!

—¡Ya voy, espera! ¡No me pongas nerviosa! —Intenté apartar las uñas de Lucas una a una, pero era misión imposible. Entonces se me ocurrió la solución.

Volví a dejar al gato encima de Hugo y corrí a la cocina.

—¿¡Pero dónde vas!? ¡No me dejes a solas con la fiera! ¡Que me va a matar!

Cogí una latita de pienso húmedo y, el simple ruido de abrirla, llamó la atención de Lucas que saltó de un brinco para correr hacia la comida.

—¡De nada! —le chillé a Hugo, me dio un nuevo ataque de risa.

—¡No hace gracia, Lis! ¡He podido morir!

Pero, tal como lo dijo, estalló en carcajadas él también. Se incorporó en busca de un espejo y, en el

primero que encontró, que fue el de nuestra habitación, se quitó la camiseta para ver el resultado.

—Menuda escabechina te ha hecho. —Me acerqué a él y contuve la risa.

—Esperaba acabar así el día. —Le miré extrañada sin entender a qué se refería—. Claro que sí, con la espalda llena de arañazos tuyos después de haberte hecho todo lo que tenía en mente.

Me guiñó un ojo con fanfarronería y esperó una respuesta que no me salió darle. Procesé su frase, no sabía si con repulsión o con expectación. Sin poder esperar más, se acercó a mí, me cogió a horcajadas y me puso de espaldas al espejo.

—Todavía estamos a tiempo.

Noté como todos sus músculos se activaban debajo de la ropa y el calor de mi cuerpo no tardó en reaparecer. Me agarré a su espalda para abarcarlo entero. No tenía suficiente de él, necesitaba más.

—¡No me toques la espalda!

Su queja detuvo a mi lado más primitivo.

—Lo siento, no me he dado cuenta, me había dejado llevar por la emoción. —Al separar una de mis manos vi que estaba manchada de sangre—. Anda, guerrero, vamos a curar esas heridas.

Puse los pies en el suelo y lo acompañé hasta el baño. Después de ponerle antiséptico, deshicimos las maletas y volvimos a preparar la de Hugo para su marcha a Barcelona a la mañana siguiente. Tan solo me quedaban dieciséis horas para despedirme de él.

Me senté en nuestra cama mientras veía cómo elegía la ropa y la colocaba de manera ordenada en la maleta.

—¿Te vas a llevar esta camisa negra que te hace tan sexi? —pregunté al ver que le quitaba la percha.

—Por supuesto.

—Me gusta cómo te queda con los pantalones blancos rasgados y las *Munich* blancas.

—Gracias por la ayuda. Te mandaré la foto el día que me ponga ese conjunto.

—Mientras en la foto no salga Nerea… —soltaron mis celos sin poder controlarlos.

Hugo me miró elevando la ceja.

—¿Y qué pasa si en la foto salimos los dos?

—Nada, confío en ti.

—¿Entonces? —Poco a poco se aproximó a mí y, con cierta malicia, añadió con voz rasgada—: ¿Crees que, en un momento de locura o de euforia, perderé el control y, cegado por el deseo, no podré evitar lanzarme a ella?

—No hacía falta ser tan explícito —conseguí decir, y tragué con dificultad el nudo de la garganta —. Ahora esa imagen me torturará.

—¿No te das cuenta de cómo me tienes, Lis? —remarcó mi nombre y puso ambos brazos a los lados de mi cuerpo—. Quítate esas ideas de la cabeza, la única que consigue volverme loco de deseo eres tú, no lo olvides nunca.

Se incorporó del colchón y, como si la tensión no se hubiera instaurado entre nosotros, continuó metiendo ropa en la maleta. Yo, en cambio, me había quedado de nuevo trastocada. Ese día iba a acabar conmigo.

—Me voy a preparar la cena —propuse para dejar de exponerme al peligro.

—¿Le estás cogiendo el gustillo a la cocina? —se sorprendió—. ¿No prefieres pedir pizzas?

—Hoy no, quiero preparar una cena especial. ¿Qué pasa? No me mires así. De vez en cuando no me importa cocinar.

Me abrazó y me dio un beso en la sien.

—Acompáñalo con una copa de vino, ya verás como así no es tan aburrido —me aconsejó antes de salir por la puerta.

Me puse el delantal y saqué de la nevera el pollo, los champiñones y, por supuesto, el vino tinto. No solo para seguir el consejo de Hugo, sino porque la receta lo requería.

Por el altavoz empezó a sonar *Mira cómo vuelo,* de *Miss Caffeina* y, entre paso y paso de baile, cociné y rellené la copa.

Una hora más tarde el pollo al vino tinto con champiñones reposaba en el fuego, mi copa se había vaciado por tercera vez y la mesa estaba preparada con un aperitivo de humus, palitos de pan, queso, fuet, aceitunas y un par de velas que creaban una atmósfera idílica.

—Qué bien huele, Lis. Siento no estar a la altura, me he dado una ducha y me he puesto el pijama para estar más cómodo.

—No digas eso, sabes que hasta con pijama estás apetecible. Yo, en cambio, ni siquiera me he duchado.

—Aléjate de mí entonces, tú en una punta de la mesa y yo en la otra. —Hizo como que me apartaba a un rincón de la cocina, pero enseguida se acercó a mí y me acurrucó entre sus brazos—. Voy a echar de menos estos momentos contigo.

—¿Tú también te pones intenso? Solo te vas dos semanas.

—¿Solo? Son trescientas treinta y seis horas.

—Pues dicho así no me parece tanto.

—¿No? A mí me parece aún más.

El rugido de mi estómago nos desvió de la conversación.

—¿Has estado bebiendo sin meterte nada en el estómago?

Me encogí de hombros sin saber cómo excusarme.

Hugo apartó la silla para que me sentara a la mesa.

—Gracias, muy caballeroso por tu parte.

—Y ahora vamos a probar este manjar.

Disfrutamos de la noche como si fuera la última, como si la vida nos privara de compartir más días juntos. Nos quedamos despiertos hasta las tres de la madrugada. Tumbados sobre la cama. Recorrimos y saboreamos nuestros cuerpos. Y hablamos de momentos en los que habíamos sido felices. Recordamos mis torpezas y meteduras de pata hasta acabar entre lágrimas de risa y, más tarde, dormir de agotamiento.

13

La voz de Hugo me invadió el sueño como un eco lejano. Poco a poco, volví a la realidad y percibí como unas suaves caricias me recorrían la espalda. Me limité a sonreír.

—Mi vuelo sale en tres horas.

El batacazo que me pegué no lo vi venir. Me removí inquieta entre las sábanas.

—Voy a ducharme.

Me depositó un beso sobre el pelo y salió de la habitación.

«Tan solo son dos semanas, dos malditas semanas, no es tanto tiempo», me calmé a mí misma.

Vino a despedirse mientras se colocaba la cazadora de cuero negra y dejaba un rastro de *One Million,* de *Paco Rabanne*, a su paso.

—Nerea me espera en el coche.

Fue en ese momento, en el que escuché su nombre, en el que fui consciente de verdad de que lo que me tenía intranquila no era que se fuera dos semanas, sino la compañía con la que se iba.

—Pensaba llevarte yo al aeropuerto, por eso había pedido entrar un poco más tarde en el trabajo.

—Pues regálate ese tiempo para ti. Date un baño de espuma, ponte tu mejor conjunto de ropa y vete a desayunar a tu cafetería favorita.

No podía ser más increíble.

Gruñí a modo de queja y abrí los brazos con la esperanza de recibir su consuelo. No tardó en rodear mi cuerpo para abrazarme.

—Me quedaría a vivir en este abrazo, pero entiendo que tengas que irte ya. Te acompaño a la calle.

Sin cambiarme el pijama de helados con caritas sonrientes, me recogí el pelo en un moño y me puse las zapatillas de unicornio.

El beso de despedida subió de intensidad. Tanta que tuve que reprimir un jadeo que amenazaba con escapar de mi garganta. No quería separarme de él.

—Hugo, *holi*, ¿estás preparado?

Una voz aniñada, seguida de una cara más infantil todavía, pero que llamaba la atención, todo hay que decirlo, y con un cuerpo que ya me gustaría a mí, irrumpió nuestra despedida.

—Hola, Nerea. —Se acercó a ella para saludarla con dos besos—. Preparadísimo y con muchas ganas.

—Lo vamos a pasar genial.

—Eso seguro, no lo dudes.

Carraspeé para llamar la atención de Hugo.

—Ella es Elisa, mi pareja.

—Qué suerte la tuya, Hugo es todo un partidazo —lanzó Nerea de manera directa—. Y no solo lo opino yo, qué conste, en la clínica se lo rifan.

—No es para menos, solo hay que verlo. —Cogí a Hugo del brazo para marcar mi territorio y le hice una carantoña en la cara.

—Me vais a poner rojo, chicas. Vosotras sí que sois increíbles. Las dos.

Le lancé una mirada fulminante que oculté tras una sonrisa fingida.

—Y ahora te lo robo. Por unos días es mío.

Nerea tiró de su brazo para separarlo de mí. Hugo alcanzó a darme un rápido beso en los labios.

—Te echaré de menos, Lis.

—Yo a ti también.

Le vi subir al coche y desaparecer con ella mientras los malditos celos se habían instaurado en mi mente dispuestos a quedarse. Un nudo se adueñó de mi garganta. Me quedé de pie en el asfalto. Sin poder moverme. Sin poder pensar en otra cosa que no fuera él. Los días se me iban a hacer eternos.

Aproveché para abrir el buzón que llevaba varios días sin revisar. Entre varios folletos de publicidad, una hoja algo arrugada acaparó mi atención. La desdoblé y su mensaje me impactó.

No es la primera vez que es infiel.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo. No entendía nada. ¿No era la primera vez que era infiel? ¿Pero qué narices ocurría? ¿Quién me había dejado la maldita nota? Lo que más me aterró fue que, la persona que la había escrito, había venido hasta mi casa para dejarla en mi buzón. Sabía dónde vivía. Ya no se limitaba a un simple mensaje al móvil que, por supuesto, en aquel momento di por hecho que estaba relacionado.

Miré por todas partes, pero, como era evidente, no había nadie. ¿Quién quería hacerme dudar de Hugo? Hugo no era infiel. ¿Hugo era infiel? No. No lo era. En la nota tampoco ponía su nombre. A lo mejor no hablaba de él. A lo mejor volvía a ser una confusión. A lo mejor todo continuaba siendo una broma de muy mal gusto. A lo mejor…

—Baño de espuma, ponerme guapa e ir a desayunar al Madison. —Me obligué a salir del bucle y me repetí la sugerencia de Hugo para no ponerme más nerviosa.

Arrugué la nota y la tiré a la basura. No pensaba obsesionarme ni dudar de él. Nadie lo iba a conseguir. Aunque tenía que reconocer que empezaba a sentir un poco de miedo. Necesitaba descubrir quién estaba detrás de esas advertencias.

Entré en mi casa, le puse el tapón a la bañera, abrí el grifo de agua caliente y eché sales de baño con olor a mango. Cuando me iba a desvestir, sonó el timbre de la puerta de manera insistente. Parecía como si se fuera a acabar el mundo y se tratara de un aviso de urgencia. Me asusté. ¿Y si el autor de la nota se atrevía a irrumpir en mi casa? ¿Y si las advertencias cada vez iban a más? Me acerqué con sigilo, de puntillas para no hacer ruido, con precaución y algo aterrada. Cada timbrazo me aceleraba más el pulso, creo que llegué al borde del infarto. No estaba preparada para tantas emociones a las siete y media de la mañana.

—¡Patri! ¿En serio? Casi quemas el timbre.

—Incendio no sé, pero inundación parece que sí.

—¿Cómo?

Señaló a mi espalda y pegué un brinco cuando vi avanzar el agua por el suelo del piso.

—¡La bañera!

Corrí como si no hubiera un mañana y chapoteé con mis zapatillas de unicornio hasta lograr cerrar el grifo.

—¡Joder! —chillé, me llevé las manos a la cabeza con desesperación.

—*Jodé*, tita Lisa, *jodé*. Una *picina*, yo *quielo*.

Paola apareció y, tal como lo dijo, fue directa a lanzarse en plancha sobre el suelo mojado.

—Menos mal que siempre llevo una ropa de repuesto. La tienes en la mochila.

—Pero ¿y esto? ¿Qué pasa?

—Lo siento, de verdad, pero necesito que lleves a Paola a la guardería, entra a las nueve.

Me quedé tan desconcertada que no supe qué contestar.

—No pongas esa cara que hoy entras a las diez. Si no fuera importante no te lo pediría.

—Tranquila, yo la llevo. No te preocupes. —Lancé por tierra mis planes.

—Gracias, Eli.

—Vuela, llegas tarde al trabajo.

—Sí, me voy pitando. Paola no ha desayunado.

Y, dicho eso, se fue sin mirar atrás. La que sí lo hice fui yo. Me encontré con Paola tumbada boca abajo, simulaba que nadaba.

—*Silena*, soy una *silena*, como la *silenita*.

Me costó reaccionar porque no sabía por dónde empezar. Opté por levantarla del suelo y desvestirla a regañadientes, le puse la ropa de recambio y, por último, fregué el desastre.

—¿Tienes hambre? ¿Vamos a desayunar?

—*Ayuná*, sí —celebró y corrió hasta la cocina.

—¿Quieres un bocadillo?

Gritó un sí eufórico que me perforó el tímpano. No estaba acostumbrada a semejante nivel de decibelios a esas horas. Le preparé un biquini de jamón york y queso y un zumo de naranja mientras no paraba de parlotear con su lengua de trapo. Entendía cuando Patricia llegaba desbordada ya de buena mañana al trabajo. Me tomé mi café tan necesario apoyada en la encimera mientras intentaba seguir su conversación taladradora.

—Oh, oh…, tita, *peldón*.

Todo el vaso de zumo se lo había derramado por encima.

Miré su ropa empapada, la mesa, la silla e incluso el suelo encharcado. Le miré su carita y me enterneció con sus ojos brillantes.

Me reí. No pude evitarlo. Mis expectativas de unas horas tranquila se habían convertido en una tensión constante en la que empezaba a temblarme el ojo del estrés. No estaba preparada para ser madre.

—No pasa nada, cariño, ha sido un accidente.

La niña respiró y elevó la comisura de los labios.

—El único problema es que no tenemos más ropa de recambio, pero podemos secar con el secador la ropa con la que has venido. ¿Me ayudas a hacerlo?

—Sí, yo, Paola sabe.

La desvestí de nuevo, le di una ducha rápida y la envolví en una toalla mientras intentábamos secar

juntas la camiseta. Quince minutos más tarde, y con una Paola aburrida y desesperada, desistimos. Llamé a Patricia para preguntarle si en la guardería tenían otra ropa de recambio.

—Sí que tienen, y menos mal, porque ahora llueve muchísimo, vais a llegar caladas.

La frase de mi madre resonó en mi cabeza: «va a caer el diluvio universal».

—No será para tanto.

Pero vaya que sí lo fue. Ambas tenían razón. Salimos de casa con el único paraguas que tenía. Cogí a Paola en brazos, la refugié contra mi cuerpo y eché a andar rápido. Los diez minutos hasta la guardería se hicieron eternos. Entre su peso, que calculaba que ya serían más de diez kilos, el paraguas que a mí apenas me cubría, el viento huracanado y la lluvia intensa, llegué destrozada y calada hasta los huesos. Los pelos de rata se me pegaban a la cara, de mi nariz y barbilla goteaba agua sin parar, el sujetador se me transparentaba tras la camiseta mojada, las deportivas hacían un ruido infernal. Un cuadro.

Dejé a Paola en el suelo y solté también el paraguas y mi bolso. La profesora se compadeció de mí y se ofreció a ayudarme con la niña. Me escurrí la camiseta y varias gotas cayeron al suelo.

—Elisa.

Esa voz. Ese olor.

Me giré sorprendida por la coincidencia.

—¿Te acuerdas de mí?

Por supuesto que me acordaba de él: Jorge, un antiguo amigo que me hizo más llevadero el tiempo en el que Hugo desapareció de mi vida años atrás.

—Vaya día de lluvia, ¿eh? —Sacó varios pañuelos del bolsillo de su pantalón y me los ofreció.

Me sequé la cara como pude. Hice el intento de colocarme el pelo detrás de la oreja, pero volvió a caer y quedar aplastado contra mi mejilla. El sujetador que se trasparentaba a través de la camiseta no había manera humana de disimularlo, encima era uno viejo y roñoso que había perdido el color y la forma. Me maldije por no haberlo tirado todavía a la basura.

Menudo día para reencontrarme con él.

—No sabía que nuestros hijos iban a la misma clase. —Señaló al niño rubio de ojos azules que sostenía de la mano.

—¡No! ¡Yo no tengo hijos! Es de una amiga —me alteré, no supe si por el agobio de imaginarme con niños o porque él creyera que yo los tenía.

—No te asustes, tener hijos tampoco es tan malo. Cuando duermen son unos angelitos.

—Solo cuando duermen, ¿no?

Me lanzó una sonrisa que me hizo recordar el motivo por el que en su día lo había considerado una gran tentación. Todavía era igual de atractivo, o incluso más, ya que, las pocas canas que se repartían por el pelo, y el verle en el papel de padre, le conferían un aire todavía más interesante. Pero su olor, ese olor que había trastocado todos mis sentidos sin poder evitarlo, ya no me decía nada. Mi cuerpo ya no reaccionaba ante él. La química había desaparecido.

El camino difícil que había tomado en su día al empeñarme en luchar por Hugo y dejar de conocerlo a él había sido el correcto. Lo tuve claro.

—Me alegra haberte visto. —Volvió a sonreír.

—Lo mismo digo. Te veo bien.

—No sé si decir lo mismo… —bromeó haciendo mención a mi aspecto.

—Como puedes comprobar, no he empezado el día de la mejor manera —me lamenté.

—Eso es algo positivo, ahora solo puede mejorar.

—Todo lo que pueda mejorar en el trabajo.

—¿Sigues en el hotel Aire? —Afirmé—. Intuyo que no has venido en coche. Así que espérame, te llevo, no quiero sentir remordimientos por no haber mejorado tu día aunque sea un poquito.

—No hace falta, de verdad.

—Insisto.

Se agachó para despedirse de su hijo, le dio un abrazo, le recordó lo mucho que lo quería y le explicó que en cuatro horas vendría la abuela a buscarlo.

Recogí el paraguas y el bolso que continuaban en el suelo y divisé a Paola, que hacía aspavientos con la mano.

—¡Tita, *adió*! Es mi tita Lisa, mía —le explicó con orgullo a la compañera con la que jugaba a las cocinitas.

Le mandé un fuerte beso antes de seguir a Jorge. Cruzamos la calle a toda prisa y subimos al coche aparcado en doble fila. Hacía meses que no llovía tanto. Los limpiaparabrisas parecía que se fueran a desprender de la potencia que llevaban, no les daba tiempo a despejar la cantidad de agua que caía. El tráfico iba lento y había retenciones casi en cada calle. A falta de diez minutos para llegar al hotel, una avería del coche que llevábamos delante nos obligó a quedarnos inmovilizados hasta que llegara la grúa.

Jorge puso el freno de mano.

—¿Cervezas? Aquí tenemos para rato —me ofreció a la vez que se recostaba en el asiento.

—Pues, con el día que llevo, no me vendría nada mal. Aunque tú, conduciendo, no deberías de beber.

Me miró con un gesto extraño y abrió una fiambrera donde llevaba la comida.

—¿Qué has entendido?

—Cervezas.

Se le escapó una sonora carcajada. Me enseñó las cerezas y me lanzó una.

—No me hagas caso, con este temporal no lo había entendido bien —me avergoncé, y recuperé la fruta que había caído en mis piernas.

No me atreví a alzar de nuevo la vista, pero entonces, una lata de cerveza apareció frente a mis ojos.

—Tienes la suerte de que llevaba una, el único inconveniente es que es sin alcohol y, por lo que parece, hoy lo necesitas.

Cogí la bebida y un anillo en su dedo anular me llamó la atención. Por un momento contuve la respiración. Jorge estaba casado. La vida había continuado para él y había formado una familia.

Retiró la mano y mi mirada acompañó ese anillo.

—Sí, estoy casado —se vio en la obligación de explicar al ver mi interés.

—Me… me alegro mucho, de verdad.

—Tengo que darte las gracias.

—¿A mí?

—A ti. Tú me despertaste unos sentimientos en los que no creía. Unos sentimientos con los que jamás me había enfrentado. Y es gracias a ti que creí en el amor. También es gracias a ti que conocí a Carlota. Si tú y yo hubiéramos continuado, tal vez ella nunca se hubiera cruzado en mi camino. Y mi destino era ella. Estoy seguro. Carlota es… —Los ojos se le iluminaron al hablar de ella—. ¿Cómo te lo diría? Se me hace raro hablar de esto contigo. Pero Carlota es la persona que tenía que ser para mí. Carlota es increíble. Estoy completamente enamorado de esa mujer. Y ya has podido conocer al mayor tesoro que me ha regalado, nuestro hijo Mateo. Me siento muy afortunado de la familia que hemos formado.

—¿De nada? —respondí sin saber qué contestar.

Pero me alegré por él. Jorge era una persona maravillosa y se merecía ser feliz. Se merecía encontrar una mujer que lo valorara y lo interpusiera por encima de todo. Como yo no había sabido hacer.

Abrí la cerveza y pegué un trago.

—¿La compartimos?

Él afirmó con la cabeza y la cogió para llevársela a los labios.

—Me alegro mucho, de verdad. Me gusta verte tan bien. Se nota que eres feliz —me sinceré.

—Gracias. ¿Tú qué tal con… Hugo? Era Hugo, ¿verdad? ¿Sigues con él?

Asentí con un movimiento rápido de cabeza.

—Sigo con él. Y estamos muy bien. Fuiste una gran tentación, no te lo negaré, pero sé que tomé la decisión correcta —me sinceré—. No hubiera podido seguir avanzando contigo cuando en mi corazón siempre ha estado él desde el primer instante en que lo vi.

—Al final parece que todo ha salido bien.

—Sí, eso parece.

Aparte de la cerveza y las cerezas, compartimos media hora de animada conversación con el sonido de la lluvia como banda sonora. Me quedé con una buena sensación. Jorge era una persona que merecía la pena y me había gustado pasar ese ratito con él. Además, me había servido para darme cuenta de que nunca, nadie, conseguiría ponerse a la altura de Hugo. Nuestro amor estaba por encima de todo, yo estaba muy enamorada y muy segura de mis sentimientos. Me sentía feliz de vivir una historia única que había superado mis mayores sueños y confiaba en que a él le pasaba lo mismo conmigo.

Porque confiaba, ¿no?

14

—¿Has ido a participar a un concurso de Miss camiseta mojada en vez de llevar a mi hija al colegio? —se burló Patricia al verme aparecer por el hotel con la ropa pegada al cuerpo y el sujetador transparentado.

—No quiero reírme, nena, pero ¿sabes lo que es un paraguas? —se sumó Cristian.

—Menos cachondeo, menudo día llevo.

—Pero, tía, ¿a quién se le ocurre venir andando con el día que hace?

—No he venido andando, me ha traído Jorge en coche.

—¿Jorge? ¿Qué Jorge? —se alteró Cristian.

—El primo de Alberto.

—Ay, sí, Jorge. Yo a ese también le daba, nena —fantaseó con los ojos en blanco—. Ahora entiendo lo mojada que vas, y yo creyendo que era por la lluvia. Ay, pillina.

—No digas tonterías, Cristian.

—Elisa está muy enamorada de Hugo, te recuerdo que hoy se ha ido y en breve empezará el drama.

—No me lo recordéis, ¿vale? Se ha ido de la mano de Nerea, y encima sonriendo.

—¿Lo ves? —escuché que le dijo Patricia a Cristian en respuesta a mi actitud.

—Es que vosotros no lo entendéis.

—¿Qué es lo que no entendemos? ¿Que vales un montón como para tener que estar sufriendo al separarte de tu pareja por si te la pega con otra?

Patricia se cruzó de brazos y me miró con una ceja alzada. No supe qué responder.

—Mírate al espejo, tía, ¡eres un pibón! y, quien no sepa verlo es porque no te merece en su vida —me reprochó—. Eres inteligente, divertida, trabajadora, cariñosa, atenta, detallista, generosa…, lo tienes todo, a veces da asco lo perfecta que eres, ¿qué le pasa a tu cabeza, tía? En serio, ¿qué le pasa?

Su pregunta me dejó fuera de juego. No supe si tenía que responder o no, pero se me adelantó a cualquier idea que pudiera tener.

—Me jode que tú no veas lo que los demás vemos, lo que Hugo también ve, tienes a ese hombre enamorado hasta las trancas. Deja de sufrir de manera innecesaria y quiérete un poquito más, disfruta más de la vida y sé más feliz. ¡Vida solo hay una y hay que exprimirla al máximo, joder! —Alzó la voz al final y pegó un golpe sobre el mostrador.

—Nena, me has subido la autoestima hasta a mí que ya la tenía por las nubes.

No supe qué contestar, Patricia me había dejado sin palabras.

—Bravo, bravo, bravo… —felicitó una voz acompañada de lentos aplausos desde el otro lado del mostrador.

—Señor Gutiérrez, siento haberme puesto así, pero la situación lo requería.

—Yo no he dicho nada, Patricia. Me ha parecido un *meeting* brillante —introdujo la palabra en inglés mal dicha con la intención de sonar moderno—. Una buena manera de apoyar a una

compañera. Y, ya que tenéis tantas ganas de *livin'* la vida loca —dijo de nuevo el «moderno», pero mencionando la canción de Ricky Martin de hacía quince años—, espero que no os olvidéis de la *fiestuqui* de aniversario del hotel que se celebra…

—Mañana a las nueve en su casa, señor Gutiérrez —terminó la frase Cristian—. Lo sabemos y no nos la perderíamos por nada del mundo. Esta empresa es muy importante para todos nosotros, ya forma parte de nuestro ADN y nos sentimos muy afortunados de ser parte del equipo.

—Esa es la actitud, Cristian. Tú y yo vamos a hacer muy buenas migas.

—Eso no lo dudes, no hay persona que se me resista.

Percibí un discreto nerviosismo en la actitud del jefe y, tras carraspear, se despidió.

—Ya que habéis venido tan inspirados hoy, que os sirva para rentabilizar el día en el trabajo y podamos celebrar el aniversario con un gran cierre trimestral.

—¡A por todas, jefe! —alzó el puño Cristian, pero, en cuanto el señor Gutiérrez se dio la vuelta, fue directo a preparar un café y tomarse unos minutos de descanso.

—Patri, gracias —le dije a mi amiga una vez nos quedamos solas—. Necesitaba escucharlo. Necesitaba oír que yo valgo y puedo con todo.

Me abrazó en señal de respuesta.

—Hugo me quiere y me elige, yo lo sé.

—Igual que te queremos y te elegimos todos los que tenemos la gran suerte de conocerte.

La estreché con más fuerza entre mis brazos.

—¿Y tú cómo estás, Patri?

—¡Au, con calma! —se quejó y puso distancia en nuestro abrazo—. ¿A parte de con los pechos más sensibles, más caídos y yo más foca en general? Bien, estoy bien.

Mi amiga pocas veces se permitía ser vulnerable, pero estaba claro que la maternidad la había cambiado. ¿A qué mujer no?

—No seas exagerada, Patri, te vi en el hotel nudista. Has llevado a un bebé dentro de ti, es normal que tu cuerpo se haya adaptado, pero ¿te has visto? Estás estupenda, cualquiera diría que eres madre.

—Por supuesto. No me quejo. Me siento muy afortunada de haber traído una vida al mundo y el sacrificio es poco para todo lo que implica. Soy muy feliz, veo a Paola y sé que es lo mejor que he hecho en mi vida. ¿Es agotador? Sí. ¿Hay días que desesperan? También. Pero ser madre es lo más bonito del mundo.

—Aparten, que paso la fregona para limpiar la baba que se le cae a la madre. —Apareció Cristian simulando fregar y, tras soltar la gracia, se volvió a ir para proseguir con su descanso.

Un descanso que se tradujo en treinta minutos, dos cafés y un bocadillo de chorizo. Pero, encima, cuando volvió a su puesto de trabajo, se dedicó a flirtear con un abogado que venía a un congreso. E incluso tuvo el morro de acompañarlo a la sala de conferencias para que no se perdiera. Le cogió gusto a ese gesto caritativo y, lo que quedaba de mañana, se dedicó a acompañar al resto de participantes conforme se acercaban, porque, según él, con este servicio proporcionaríamos un valor añadido que tendrán en cuenta al elegir hotel para el próximo congreso.

—No es por ningún otro motivo, ¿verdad? —ironicé.

—¿Por quién me tomas? Soy un hombre casado, cariño —se hizo el ofendido con un meneo de

cabeza. Se giró hacia el mostrador y volvió a dibujar la mejor de sus sonrisas—. Buenos días, caballero, ¿viene usted al VII Congreso Jurídico de la Abogacía? Sígame, por favor.

Patricia y yo nos miramos y pusimos los ojos en blanco. Cristian era incorregible.

15

Al salir, fui directa a la residencia, hacía días que no veía a mi abuelo y lo echaba de menos. Además, mi cabeza no olvidaba el diario de Carmen y tenía la necesidad de indagar un poco más en sus pensamientos.

—He recordado algo que creo que puede hacerte ilusión —me recibió emocionado—. ¿Ves este origami?

Me enseñó el corazón de papel que estaba en la caja de los recuerdos de Carmen.

—¿Sabes qué hay en él?

—No, ¿qué hay? —Mi abuelo había conseguido acaparar toda mi atención. Me tenía expectante.

—Un dibujo de… ¿cómo se llama? Tú lo conoces. El hijo de Carmen.

—Hugo —salió de mi boca casi en un grito—. ¿Un dibujo de Hugo? ¿Cómo…? ¿Qué…?

—Recuerdo que aquel día fui a buscar a Carmen con mi Renault 4 que, cuando me subía en él, me creía el rey de la carretera. Lo primero que me enseñó fue un dibujo que le había hecho su hijo en el colegio. Estaba emocionada. Me explicó que…

—Hugo —le volví a recordar.

—Me explicó que Hugo quiso regalarle su corazón, y creyó que la manera de hacerlo era dibujándoselo. Me gustó la idea. Le dije que yo también quería regalarle el mío. Se me ocurrió hacerle la forma de un corazón con ese papel. Así podía llevar en uno solo el amor de las dos personas que más le queríamos. Imagino que ahora querrás ver ese dibujo, ¿no?

—Por supuesto —afirmé ilusionada.

—A ver si ha superado el paso del tiempo.

Desdobló el papel y, ante mis ojos, se mostró un corazón repleto de colorines por todas partes. Me hizo sonreír. Con unas letras de palo ponía un tierno: «Te quiero, mamá». No podía ser más bonito. Me llegó al corazón.

—Qué precioso, abuelo, gracias por mostrármelo.

—Gracias a esta cabeza por recordarlo. —Se golpeó la sien, orgulloso—. A veces sirve para algo.

Volvió a doblar el papel en forma de corazón y lo puso en la palma de mi mano.

—Puedes quedártelo, ahora serás tú la que lleve el amor de los dos.

Lo guardé con cariño y cuidado dentro del bolso y, cuando volví a alzar la vista, mi abuelo había abierto el diario. Se le veía ansioso por continuar con la lectura. No se había atrevido a hacerlo sin mi presencia. Necesitaba mi apoyo, mi fuerza y mi templanza para escuchar de mi boca las palabras de su amada.

«Como un huracán demoledor sentía ese amor tan puro que todo lo arrollaba: mi hijo, los suyos, su mujer… Daños colaterales que dejábamos a nuestro paso. Lo destrozábamos todo sin piedad. Desde el ojo del huracán no veíamos nada, estábamos cegados de amor y tardamos en darnos cuenta de la devastación. Vivíamos envueltos

en esa calma, esa pasión, esa ilusión que estaba por encima de todo y de todos. Ese amor que nos hacía evadirnos del mundo. Ese amor que nos hacía olvidar la vida y a la vez vivirla con plenitud».

Sentí la necesidad de observar a mi abuelo, la emoción en su cara era el reflejo de su alma.

«Recuerdo ese sentimiento, un sentimiento eufórico, desmedido, tan intenso que cortaba la respiración. Un sentimiento que cada vez iba a más, no tenía límites, daba incluso vértigo. Y fue entonces cuando abrí los ojos y desperté. Ese amor imposible de explicar ya lo había sentido, y había sido en el momento de ser madre, cuando vi a Hugo por primera vez y lo sostuve entre mis brazos. Mi hijo, mi primer amor. Y yo ahora, con mi egoísmo, le había roto el corazón. Hugo sufría la ausencia de su padre, la sufría solo y en silencio, mientras yo, ajena a todo, vivía la mejor etapa de mi vida. ¿Es justificable el dolor proporcionado a un hijo? No, no es justificable, yo lo hice mal. Si al menos hubiera sabido dividir entre los dos ese amor que sentía…, pero no supe, y todo mi tiempo se lo regalé a Ramón. Por eso decidí terminar con él y volver a volcarme en Hugo, volver a ser madre y no solamente Carmen. Volver a darle el cariño que necesitaba para superar el abandono de su padre».

—Yo también me sentía culpable, maldita sea, pero jamás me hubiera separado de ella. No es justo.

Se incorporó del sillón, dio un puñetazo en el reposabrazos y se dirigió a la mesita de noche. Removió entre varios objetos que seguramente para él tuvieran valor o utilidad, hasta dar con un trozo de papel algo desgastado.

—Carmen me dijo lo mismo en una carta, una carta que dejó en mi buzón. Se despidió de mí sin atreverse a decírmelo a la cara. Fue incapaz de mirarme a los ojos. El dolor con el que la debió de escribir tuvo que ser desgarrador, comparable al que siento yo cada vez que la leo, que habrán sido más de cien veces. ¡Qué digo cien! ¡Doscientas! Es el único recuerdo que me quedó de ella. Esta triste carta escrita de su puño y letra. Tengo memorizada cada palabra, cada trazo, cada espacio y cada punto. Recuerdo hasta el olor que desprendía los primeros días.

Mi abuelo me entregó el papel y mis ojos bailaron por las palabras al ritmo al que él las fue recitando de memoria, con su voz rota y dolida, pero también cargada de amor.

«Ramón, mi amor, la culpa ha venido a verme. Mientras admiraba tus gestos, tu hombría, tu seguridad, mientras me cogías de la mano y me decías que todo iba a ir bien. No. Yo sabía que no. La culpa, de nuevo, se ha interpuesto entre nosotros. Esa maldita culpa que desgarra tu ser, que te convierte en quien no eres ni quieres ser. Te

reprime las ganas de aflorar, de dejar todo atrás y embarcarte en una nueva aventura cargada de miedos, remordimientos e inseguridades.

Me reproché, una y mil veces, haber cedido a los impulsos, haberme dejado llevar, haber pensado solo en mí. Y, en ese instante, mientras me mirabas a los ojos, le rogué al universo borrarte de mi mente y de mi vida. Arrancar cualquier resquicio de ti, de mi piel y de mi alma. Deseé despertar de aquel sueño y olvidarlo con la misma facilidad con la que se olvida lo que soñamos mientras dormimos.

Y entonces, en esa despedida que solo yo sabía que lo era, mientras me besabas por última vez, renuncié a una vida junto a ti y lloré tu pérdida en silencio. Me deshice de tu último abrazo con el desgarro del dolor que luchaba por aferrarme a ti. Pero mis principios y, sobre todo, el amor hacia mi hijo, me dieron las fuerzas suficientes para seguir el camino que, en ese momento, sentía que era el correcto.

Por nuestro egoísmo, el padre de mi hijo nos ha abandonado. No ha podido soportar la traición y, el mismo día en el que se ha enterado de nuestro amor, se ha ido de casa. No he podido perdonarme desde entonces y creo que nunca lo haré. Me ha costado volver a mirar a mi hijo a la cara y temo el día en el que me pregunte por qué su padre no está.

Ese sentimiento de culpa me ahoga hasta el punto de tener que decirte adiós. No espero que lo comprendas, ni ahora, ni nunca. Pero una madre, por sus hijos, hace cualquier cosa. Y Hugo, para mí, está por encima de todo y siempre lo estará».

Permanecimos en silencio. El dolor, tanto de Carmen como de mi abuelo, había traspasado mi piel para incrustarse en mi garganta.

No pudimos hablar nada más, no podíamos hacerlo sin llorar, no nos quedaban fuerzas.

Le di un beso en la sien y le dejé en la penumbra de su habitación, miraba por la ventana en dirección al cielo.

—Te quiero —susurró con un hilo de voz.

—Yo también, abuelo.

Le respondí antes de cerrar la puerta aun a sabiendas de que ese «te quiero» no había sido para mí, sino para ella.

16

Eran las ocho de la tarde cuando puse un pie en casa. El día había sido muy intenso y solo quería descansar. Me vestí con un pijama de dinosaurios y, con un bostezo que parecía el rugido de uno de ellos, me choqué contra algo y caí de bruces sobre la cama.

Me giré para ver qué había pasado y me sorprendió descubrir que la mochila de Hugo estaba en el suelo. La abrí y encontré el portátil. Me extrañó. Tenía entendido que lo necesitaba en el curso de Barcelona. Para salir de dudas lo llamé.

Como empezaba a ser normal en él, no me contestó.

Nerea. Estaba con Nerea. Tenía que llamarla a ella. No tenía su teléfono, pero se me ocurrió que podrían dármelo en la clínica. Aún estaba a tiempo, todavía no habían cerrado.

—Clínica Dentisa, donde sacamos su mejor sonrisa, le atiende Adriana, ¿en qué puedo ayudarle?

Sí, un eslogan patético, esperaba que Hugo ascendiera solo para acabar con él.

—Hola, Adriana. Soy Elisa.

—Hola, bonita, dime.

—No consigo localizar a Hugo y, como se ha ido al viaje con Nerea, esperaba que me dieras su número para poder llamarla a ella.

—¿Hoy? Hoy es martes, hasta mañana no se van.

—¿Cómo?

Su respuesta me dejó petrificada.

—Fui precisamente yo quien hizo la reserva. ¿Han adelantado el viaje?

—Se han ido esta mañana.

—Déjame revisarlo. —La escuché teclear—. No, estoy confirmando la reserva y no se ha modificado, la entrada la tienen para mañana miércoles en el hotel Barceló Sants. Pero… un momento, ninguno de los dos ha venido a trabajar hoy. Han pedido el día de asuntos propios. Vaya, no sé qué decirte, Elisa. Te digo el teléfono de Nerea por si consigues averiguar algo.

No sé ni cómo lo apunté. Me temblaba la mano. Me faltaba la respiración. No podía ni pensar. Me había quedado colapsada. Colgué la llamada sin tan siquiera despedirme.

¿A dónde se había ido Hugo si no era a Barcelona?

Marqué el número de Nerea. No respondió.

Desesperada, llamé al hotel de Barcelona para corroborar lo que ya sabía: la reserva estaba hecha para el miércoles.

Empecé a hiperventilar. La cabeza me daba vueltas y tuve que sentarme a los pies de la cama.

No podía ser.

¿Dónde narices estaba Hugo? ¿Por qué se había ido con Nerea un día antes? ¿Qué ocultaba?

No me salían ni las lágrimas. Me había quedado impactada. Jamás hubiera esperado que Hugo me engañara. Él no era esa clase de persona. Era leal, fiel y sincero. ¿Qué ocurría? No podía hacerme eso. No a mí. Se suponía que me quería. Porque… me quería, ¿no?

Mi peor enemiga, que era yo misma, hizo acto de presencia para hacerme dudar de todo.

La maldita nota apareció en mi cabeza como un cartel de neón. «No es la primera vez que es infiel». Que no. Que no podía ser. Hugo no. Hugo era una buena persona. Hugo jamás me haría daño. No podía dudar de él.

Me incorporé con la intención de abrir la ventana, necesitaba aire, necesitaba respirar. Volví a chocar con la dichosa mochila y, de la impotencia, le di una patada.

Pero entonces caí: ¡dentro de la mochila estaba el ordenador!

Me abalancé sobre él. Seguro que encontraría la respuesta.

Mis nervios aumentaban por momentos. Los diez segundos que tardó en arrancar se me hicieron eternos. Fui directa al correo electrónico que le había enviado Nerea con una reserva de hotel. En su momento había dado por hecho que sería la de Barcelona. Ilusa de mí.

Cuando abrí el archivo adjunto me faltó poco para caer de espaldas. Castillo de Tamarit. Tenían una reserva para el Castillo de Tamarit a nombre de Hugo. No entendía nada. Cada vez estaba más perdida. Dolida. Hundida. Sentía un gran dolor en el pecho.

Tuve que buscar la ubicación. El nombre no me sonaba de nada, pero las imágenes que me mostró el ordenador me resultaron familiares. Yo había visto ese castillo en alguna parte, tal vez en un documental o en algún reportaje. No lo recordaba con exactitud.

No podía creer que aquello fuera real. No podía creer lo que Hugo me estaba haciendo.

Marqué el número de Marta, necesitaba el consuelo de mi mejor amiga. No podía sobrellevarlo sola. Sentía que me moría.

—Marta, Marta, escúchame. Hugo se ha ido con Nerea. Se ha ido.

—Tranquila, cariño, ya lo habíamos hablado. Volverá en dos semanas. Piensa en lo importante que es su carrera laboral…

—No, Marta, no lo entiendes. Hugo me es infiel. Hugo me está engañando con Nerea.

Le expliqué como pude entre respiraciones ahogadas.

—Ahora mismo voy a tu casa y vamos a pillarlo —dijo como si viviera a dos calles de mí y no a seiscientos kilómetros de distancia.

—¡Pero qué dices, Marta!, estás loca. Estás en la otra punta de España.

—No seas exagerada. No pienso dejarte sola, ¿me has oído?

Me sorprendió esa impulsividad de ella, pero más me sorprendió mi respuesta.

—No pienso ir detrás de él. Me niego. No voy a arrastrarme por nadie. Se acabó. Estoy harta de ser siempre la tonta. Quien me quiera que me quiera bien, no así. No lo voy a consentir.

—Pero bueno, ¿qué han hecho con mi amiga? Sabía que las adversidades te harían más fuerte, pero no imaginaba que tanto.

—No quiero pasar por esto, Marta. No lo merezco. ¿Para qué voy a ir a buscarlo? Está claro lo que pasa, no necesito verlo con mis propios ojos.

—Puedes darle una patada en los huevos. Seguro que te sentirás mejor.

No me salió ni la sonrisa a pesar de no reconocer a mi amiga en esa frase. Seguía impactada. ¿Y si todo era un malentendido?

—Creo que sigo en *shock*. Debe ser eso. No me puedo creer que Hugo me haya engañado. Una

parte de mí no se cree que esté allí con ella. Tengo que volver a llamarlo, tengo que insistir hasta hablar con él. Te cuelgo.

—Mi tren sale en dos horas, lo he mirado mientras hablaba contigo.

—No vengas, Marta. Si lo necesito te lo pediré, en serio.

—Si tú saltas yo salto, ¿recuerdas?

—Ya lo sé, por eso eres mi mejor amiga.

—Vales mucho, cariño. No lo olvides.

Insistí e insistí, y volví a insistir, tanto al móvil de Hugo como al de Nerea. Cuando el desespero ganó la batalla, la llamada se descolgó y me provocó un sobresalto.

—Lis, ya hemos llegado al hotel.

—¿Al hotel o al castillo? —le reproché sin poder controlarme. Se hizo el silencio durante unos segundos—. Contesta, Hugo.

—¿Castillo? ¿De qué estás hablando?

—No me trates de tonta, por favor.

—Eso nunca, Lis, ¿a qué te refieres?

—¿Por qué me mientes? Dime por qué no estás en Barcelona. Dime por qué has pedido fiesta en el trabajo. ¡Dime por qué cojones te has ido antes con ella!

—Lis, por favor, cálmate. Está todo bien. Te lo juro.

—No te creo, Hugo. No te creo. No sé qué ocurre, pero no me gusta nada.

—Confía en mí, por favor.

—Me lo pones muy difícil, Hugo.

—Estoy en el hotel.

—¡Que no vuelvas a mentirme!

—Es tarde, Lis, vamos a descansar. Mañana lo veremos todo de otra manera. Te amo, de verdad.

—Mándame una foto, mándame la ubicación —le supliqué desesperada sin poder colgar la llamada.

—Cariño, me estás asustando. Pero, si te quedas más tranquila, lo haré. Te quiero. Buenas noches, Lis.

Fue Hugo el que colgó la llamada. Yo me quedé algunos minutos más con el móvil en la oreja y el corazón acelerado.

¿Y si me presentaba en el castillo? La idea de Marta no me pareció tan descabellada. Cogí una maleta y empecé a tirar ropa dentro arrugada y sin sentido ninguno. No sabía ni lo que metía. Cogí hasta camisetas de Hugo y las lancé. Pero entonces una prenda roja se quedó colgando de mi dedo meñique.

Un sujetador. Un sujetador de encaje rojo. Un sujetador que no era mío.

Mi mundo se vino abajo y sentí desfallecer.

Me negaba a verlo, pero no necesitaba más pruebas. Hugo tenía una aventura.

Me tumbé abatida sobre la cama. Aborté la misión de ir a verlo. No me veía con fuerzas de enfrentarme a aquella pesadilla. No podía ver cómo me engañaba con otra persona en mi propia cara. No podía.

Me dormí agotada de tanto llorar. Esperando la foto de Hugo que, por supuesto, no llegó.

17

El día de la cena de empresa había llegado y mis ánimos estaban por los suelos. Por insistencia de Patricia, fuimos al centro comercial a comprarse un nuevo modelito. Parecía ser que no tenía suficiente ropa en el vestidor de su piso que ocupaba una habitación entera.

Por la sexta tienda, yo ya estaba desesperada. Por su cuerpo habían pasado más de cincuenta vestidos y ninguno era lo que ella buscaba. Desistí y me uní a los hombres que esperaban a sus mujeres con teléfono móvil en mano para hacer la espera algo más amena.

—¿De verdad no te vas a probar nada? —insistió mi amiga por cuarta vez—. Hay cosas monísimas.

—Pues si tan monas son cómpralas y vamos ya a comer, por favor, me muero de hambre.

Me llegó una notificación. La abrí y me sobresalté cuando leí el nombre de Hugo. Estaba dolida, molesta, enfadada, ¿ilusionada y esperanzada? No, no podía tener esperanzas de creer que todo tenía una explicación. Debía de abrir los ojos. Pero mis sentimientos iban por libre y no me dejaban razonar con claridad. Ni yo misma me comprendía.

Hugo al fin volvía a dar señales de vida después de haberle insistido por enésima vez con que me enviase una prueba que demostrase que estaba en Barcelona.

Para que veas que estoy aquí. Todo está bien. Espero que tú también.

Era el mensaje que acompañaba a una panorámica del hotel Barceló Sants.

Le pedí que enviara también la ubicación.

La envió. Lo comprobé y, efectivamente, parecía estar allí.

Respiré. ¿Respiré? Todavía no sé por qué, porque no tenía motivos para relajarme. Pero me quedé algo más tranquila, hasta que llegó un mensaje que me enfureció.

«¿Voy guapo? Me he puesto tu conjunto favorito»

Adjuntaba un selfi hecho en el espejo de la habitación del hotel. Me destrozó verlo. Tenía que reconocer que estaba guapísimo con la camisa negra, el pantalón y las deportivas blancas. Me quedé embobada mirándolo. Tan embobada que tardé varios segundos en darme cuenta de que, de fondo, reflejada también en el espejo, aparecía Nerea sentada en la cama. Me dio un pequeño amago de infarto. Estaban los dos solos en la habitación.

—¡Qué poca vergüenza! —me alteré y puse cara de asco.

No entendía la situación. No entendía por qué narices metía a Nerea en su habitación después de lo que había sucedido la noche anterior.

Estáis muy guapos… los dos.

Le respondí cabreada. Lo leyó y se desconectó. Se desconectó. Sin responder. Maldito Hugo. Moví

el pie, nerviosa. ¿Qué se suponía que pasaba? La impotencia que sentía era enorme, Hugo se me escapaba de las manos y no podía hacer nada por evitarlo.

—Tía, mira esta camiseta, está hecha para ti.

Era una camiseta de manga corta negra con el mensaje «No soy antipática, tengo amabilidad selectiva». No me hizo ni pizca de gracia y la aparté de un manotazo a la vez que volví a torturarme con la dichosa foto.

—¿A que es la caña? Te la quedas, ¿no?

¿Era necesario mandar una foto en la que saliera ella? Sentía que se reía de mí y cada vez estaba más enfurecida.

—¡Pruébatela!

Por no escucharla más, la cogí y me acerqué al probador. Tenía que reconocer que me había encantado y sí, era muy yo. Esperé mi turno en la cola y volví a mirar la dichosa foto con la que al final me iban a empezar a sangrar los ojos.

El probador no tardó en quedarse libre y, como la persona que tenía delante de mí no se dio cuenta, se lo dije. Pareció no escucharme y se lo dije más alto.

—Perdona, ya puedes pasar.

Volvió a ignorarme de la misma manera y grité un poco más.

—¡Ya puedes pasar al probador!

La respuesta fue la misma. Le toqué en el hombro para llamar su atención. Me ponía de los nervios. Ni se inmutaba. Me había tocado el tonto de turno. Lo que me faltaba aquel día.

—¡Oye, perdona, si no vas a pasar no me hagas perder el tiempo!

Volví a tocarle el hombro.

—¿¡Me estás oyendo!? ¿¡Vas a pasar o no!? —Y, al no responder, desfogué mi cabreo en él—. ¡Estoy harta de personas que os creéis el centro del universo y todos los demás tenemos que girar a vuestro alrededor! ¡Un prepotente, eso es lo que eres! ¡Un prepotente! ¡Te crees superior a los demás cuando eres un mierda!

—Pero ¿qué haces? —Patricia me tiró del brazo y se excusó con la mirada ante los clientes que se habían visto sorprendidos por el espectáculo—. Elisa, tía, es un maniquí. Te estás peleando con un maniquí.

Corrí al probador a esconderme. Mis mejillas iban a explotar. Patricia vino a rescatarme porque yo me había atrincherado y me veía capaz de quedarme a vivir allí. Me puso una chaqueta por encima de la cabeza y me sacó de la tienda como si fuera una famosa perseguida por las cámaras y no quisiera ser reconocida.

Nos presentamos en casa de Cristian. Nos sorprendió viendo un partido de fútbol cuando él odia todo lo que tenga que ver con el deporte. Nos sentamos a su lado en el sofá y Patricia recordó entre risas la pelea con el maniquí.

—¡Pero corre! ¡No te quedes ahí parado!

El grito de Cristian hacia la televisión nos asustó.

—Pues eso no es lo peor del día, lo peor es que Hugo me está engañando.

—¡Dale, moreno! ¡Mueve esas piernas!

—¿Engañando? —se interesó mi amiga, que se alejó un poco de Cristian para escucharme—. ¿En qué?

—¡Chuta, hombre, chuta, que lo tenías a huevo!

—En qué, no. Con quién. Con Nerea. Me la está pegando con Nerea. Tengo hasta la foto donde lo demuestra.

—¡Venga, hostia, métele!

—Enséñamela, tía, seguro que no es cierto.

—¡Goooooool! —Cristian nos dejó medio sordas.

—¿Gol de quién? —preguntó Patricia mientras yo cogía mi móvil.

—¿Y a mí qué me preguntas? Si no entiendo de equipos. Yo entiendo de cuerpos, y estos tienen unos que ni la Guardia Civil. Madre mía, ya me gustaría a mí hincarles el diente.

Giré la pantalla hacia mi amiga y puso la misma cara que yo al verla.

—Golazo el que parece que le quiere meter Nerea a Hugo por toda la escuadra —se le escapó y se llevó una mano a la boca—. No entiendo para qué se mete en su habitación.

—Nenas, de verdad, veis cosas donde no las hay —intervino Cristian que había estado pendiente de la conversación, aunque no lo hubiera parecido—. ¿Acaso una mujer y un hombre no pueden ser amigos? Miradnos a nosotros.

Pensaba que cuando Cristian supiera la historia cambiaría de opinión. Lo que me sorprendió fue que, al conocerla, todavía defendió más a Hugo. Incluso se ofendió al verme dudar de él. Estaba convencido de que tendría sus motivos para actuar como lo había hecho. Me pedía que le diera un voto de confianza. No podía pensar mal de la persona a la que tanto quería. Eso era lo último que podía hacer.

Me quedé muerta.

La vida a través de los ojos de Cristian parecía siempre tan sencilla que me maravillaba.

Cualquier negativa que salía por mi boca la rebatía y le daba la vuelta para convertirla en algo positivo.

Me quedé sin argumentos.

Pero entonces mi móvil anunció un mensaje. Creí que sería la contestación de Hugo. No fue así. En su lugar aparecía un número oculto. Debía de tratarse de una nueva advertencia, ¿qué más podía pasarme? Resoplé agobiada.

Aléjate de él, ya te he avisado de que es infiel.

En vez de asustarme, me enfadé. Mucho. Empezaba a estar harta de aquella pesadilla y de la dichosa persona que perdía el tiempo metida en mi relación y me hacía dudar, todavía más, de Hugo.

—¿Qué es esa cara? —percibió Patricia.

—Necesito comer.

Porque, en aquel momento, solo se me ocurrió hacer lo que mejor sabía.

—Me han sobrado lentejas —me ofreció Cristian.

—Me sirve.

—Pues ahí tienes la cocina.

No solo arrasé con las lentejas con chorizo que quedaban, también me terminé media cuña de queso y lo acompañé con un buen trozo de pan. Mis amigos me tuvieron que recordar que en el evento de empresa habría más comida. Sonreí. Era la única solución que encontraba para ahogar las penas.

18

Cristian, Patricia y yo nos encontrábamos frente al espejo con los últimos retoques antes de salir de casa.

—¿No vas un poco modosita? —desaprobó Patricia mirándome de arriba abajo.

—Teniendo en cuenta que tú enseñas media teta y parte del culo…, pues sí, voy un poco modosita.

—Una tiene cuerpo para lucir, ¿o no, Cristian? —presumió y dio una vuelta frente a nosotros.

—Retiro lo de parte del culo, cuando se mueve la falda se te ve el culo entero.

—Pues yo te follaba, nena. No me acaban de convencer esos estampados *asalvajados* que me traes, pero ¿por enseñar? Claro que sí, nunca dejes nada a la imaginación.

—Recuérdame que te llame cuando Paolo y yo decidamos hacer un trío.

—Se me acaba de poner dura solo de imaginarme con tu marido. No es broma, tócamela.

—¡Chicos, por favor! —les reprendí cuando vi a mi amiga con la mano alzada dispuesta a palpar —. Sois asquerosos.

—Y hablando del rey de Roma… —anunció Patricia una llamada de Paolo—. ¿Qué pasa, churri? ¿Sabes que hoy voy pibón y no puedes dejar de pensar en mí? Ah, es sobre la niña…, sí, dime. ¿La crema del pañal? Pues, como su propio nombre indica, es para ponérsela cuando le cambies el pañal, para que le proteja de la humedad y no se irrite. ¿Algo más? No, Paolo, si ha cenado bien, con medio biberón de leche tiene suficiente. ¿Cómo? ¿Qué cuna estás buscando? La quitamos hace meses, tu hija duerme con nosotros en la cama de matrimonio. Tranquilo, sí, estaré pendiente del móvil.

Colgó la llamada y se lanzó sobre la cama.

—Esto es desesperante. Ni una noche me puedo ir tranquila.

—No te agobies, Patri, lo hace lo mejor que sabe. Además, Paola está bien —la animé.

—Sí, sigue viva, es un gran consuelo —bromeó—. ¡Pero si ni siquiera sabe que duerme en nuestra cama! Claro, como él se pone a dormir y le da igual lo que pase a su alrededor… No entiendo cómo no hay más relaciones que se van a la mierda cuando aparece un hijo, esto es insufrible.

—¡No digas eso! Es la primera noche que sales con nosotros desde que has tenido a Paola. Disfruta de esta oportunidad y a comerte el mundo.

—¡Tienes razón! —se emocionó y se incorporó de un brinco de la cama—. Un par de fotitos con morritos y nos vamos. Poneos a mi lado en plan divas.

—Estamos estupendas, nenas. Esta noche el desmadre puede ser monumental, me pienso beber hasta el agua de los floreros —se rio Cristian.

—Vale, será mejor que tú no conduzcas —decidí.

—Y yo os recuerdo que, al dar pecho, he estado más de un año a base de agua. Ahora mismo tengo más ganas de beber que de vivir, ya os lo digo.

—Está bien, conduciré yo —me ofrecí—. Esta noche tienes que volver a ser Patricia y no solamente la madre de Paola.

—¿Por qué te crees que vengo rompedora? Cuando tienes hijos, estos pequeños momentos se exprimen al máximo, y ni Paolo ni nadie me lo va a chafar. Y ahora, vamos, que estoy ansiosa por ver la casa del jefe. ¿Creéis que tendrá piscina climatizada?

Al llegar a la dirección nos quedamos con la boca abierta. Teníamos las expectativas altas, pero incluso así nos sorprendió. Bajamos del coche, contuvimos la respiración y nos quedamos plantados frente a la casa del señor Gutiérrez. No podíamos creer lo que teníamos ante nuestros ojos. Llamarla casa era reírse. MANSIÓN. Con todas las letras y en mayúscula. Era una mansión de dos alturas que ocupaba gran parte de la calle. Incluso tenía personal de seguridad en la puerta.

—Jo… der… —consiguió articular Patricia.

—¿Y tú pedías una piscina climatizada? Aquí tendrá un *spa* completo con su sauna, *jacuzzi* y hasta un puto masajista privado. ¡Me cago en la hostia! —se exaltó Cristian.

—Buenas noches, ¿traen las acreditaciones para el evento de don Alfonso? —nos preguntó el de seguridad con una lista en la mano.

—¿Don Alfonso? —miré a mis compañeros y estaban igual de perdidos que yo—. ¿Pero el jefe no se llama Jacinto?

—Sí…, Jacinto Gutiérrez…, ¿no? —respondió Patricia también empezando a dudar.

—Jacinto Gutiérrez vive en la casa de enfrente —nos explicó el de seguridad que volvió a ocupar su puesto.

Nos giramos hacia la dirección indicada y toda nuestra euforia se vino abajo. Una verja oxidada daba paso a un terreno escarpado lleno de piedras y matorrales. A varios metros de distancia se apreciaba una casa, sí, pero de campo.

Lo surrealista de la situación y la confusión previa provocó que nos echáramos a reír a carcajadas, se nos saltaron incluso las lágrimas.

—Ay, que me meo, que se me está escapando el pipí, os lo juro —se retorció Patricia apretándose la barriga.

—¿Dónde narices vamos nosotras con diez centímetros de tacón?

—Podéis bajaros del andamio e ir descalzas —intervino Cristian.

—Parad, de verdad, no puedo —nos advirtió Patrícia.

—Aún estamos a tiempo de huir —propuse.

—Esto es lo último que me esperaba, pero la situación me pone hasta cachondo. No me esperaba al señor Gutiérrez en plan pasión de gavilanes.

Intentamos entrar con la mayor compostura posible, pero los tacones se nos clavaban entre las piedras y parecíamos jirafas recién nacidas que aprenden a caminar. Volvíamos a reírnos.

—¿¡Qué pasa, chicos!? ¿¡No os unís al guateque!? —se escuchó de fondo la voz de nuestro jefe que nos saludaba con las manos.

—¿Guateque? ¿En qué siglo estamos? —se rio Patricia, se agarró a nuestros brazos para no tropezar.

—¡La virgen! Que lleva un sombrero de vaquero —explicó Cristian alterado.

—Ay, no, no puede ser verdad. —Patricia se desternilló de risa y se agachó al suelo para agarrase la barriga con más fuerza—. Que me meo, que me meo de verdad, que no puedo más. —Pero, para

cuando nos había avisado ya era demasiado tarde.

—¡Patri, te chorrean los pies! —me reí y me aparté por miedo a que me salpicara también a mí.

—Y las bragas, que es peor, y no he traído otras de repuesto. —Se las quitó y las lanzó por el descampado—. Esta incontinencia es por culpa de haber parido, que me han abierto en canal como a un cochinillo. No tengo pruebas, pero tampoco dudas.

—Nenas, esta noche es insuperable y eso que solo acaba de empezar. Imaginaos la cara del jefe cuando mañana por la mañana encuentre un tanga rojo en su jardín.

—Nadie sabrá que es mío, somos demasiadas mujeres en esta empresa —le quitó importancia Patricia.

Pero nada más lejos de la realidad. Después de atravesar todo el descampado empedrado y ser recibidos por el señor Gutiérrez con una cerveza en la mano, el sombrero de vaquero y los contoneos arrítmicos de su cuerpo, accedimos al salón y solo había cuatro trabajadores más. Ni rastro de los cuarenta y siete compañeros restantes.

—¿Dónde está todo el mundo? —preguntó Patricia asombrada.

—Dales tiempo, seguro que vienen. No creo que se quieran perder el evento del año —respondió iluso el señor Gutiérrez.

—Esto se merece una subida de sueldo por lo menos, ¿no, jefe? —le dio un codazo Cristian.

—Oye, pues ¿qué queréis que os diga? Más alcohol para nosotros. —Patricia pasó por nuestro lado y se sirvió una copa—. Un brindis, Rodrigo —le propuso a nuestro compañero de mantenimiento—. A ver cuándo pasas a echarle un vistazo a la puerta giratoria de la entrada, a veces se frena y los clientes se estampan.

—Nada de hablar de trabajo, aquí hemos venido a mover el esqueleto, que parece que el joven sea yo. —El señor Gutiérrez hizo un intento de sacar sus pasos prohibidos.

—Lo que tienes que hacer es quitar la música de Luis Miguel y poner algo más modernito, jefe, que con esto nos dormimos —aconsejó Cristian.

—¿Sergio Dalma os parece bien?

—Anda, jefe, déjame a mí. —Cristian tomó la iniciativa y puso una canción de *Bad Banny*.

—¿En serio os gusta esto a los jóvenes? No se puede ni bailar —se quejó.

—¿Cómo que no? —Cristian se puso frente a él y le empezó a perrear. Nuestro jefe, lejos de apartarse, abrió los brazos y se dejó llevar con movimientos de pelvis.

—Necesito borrar esta escena de mi cabeza. Acércame el vodka.

Me uní a Patricia, me llené la boca de frutos secos y aproveché para mirar el móvil. Hugo no había contestado a mi mensaje sobre la foto.

—¿Qué es esa cara? —se preocupó.

—¿Tú crees que está con Nerea? —Me metí en la boca otro puñado de frutos secos.

—Claro que está con ella, Elisa. Han ido a hacer el mismo curso. Menos dormir, seguro que lo hacen todo juntos.

—No ayudas, Patri.

—Tía, ¿ya empezamos? ¿Pero por qué te agobias? ¿Qué más da con quién esté? Es Hugo. Hugo solo tiene ojos para ti.

—Empiezo a dudarlo. Pásame la ginebra.

—Sigue con el vodka, no mezcles.

Quería confiar en Hugo, de verdad que sí. Entendía que arrastraba mucha carga: todavía sufría el duelo de su madre, la decepción de su padre y, para colmo, los nervios del nuevo puesto de trabajo. Tenía derecho a estar más ausente de lo normal. Pero me dolía, me dolía que él no confiara en mí para contármelo. Me dolía que me hubiera ocultado que se iba un día antes con Nerea a saber dónde y para qué. Me dolía encontrar ¡un puñetero sujetador en su armario! Me dolía. Además, las palabras de la maldita nota resonaban una y otra vez en mi cabeza.

Marqué su número con la esperanza de hablar con él y aclarar las cosas.

—¡Hola, Hugo! Tenemos que hablar…

Hugo no respondió, en su lugar, una voz femenina me sorprendió:

—Hola, eres Lis, ¿verdad? —Escuchar el nombre de Lis en otros labios que no fueran los suyos me dio una punzada en el corazón.

—Dile a Hugo que se ponga —respondí de malas maneras.

No entendía por qué Nerea, si es que se suponía que era ella, había cogido el móvil de mi pareja.

Empezaba a estar hasta las narices. Cuando creía que no se podía empeorar más, volvía a equivocarme. ¿Hasta dónde iba a llegar?

—Hugui…, es Lis. ¿Puedes?

¿Hugui? ¿Cómo que Hugui? La rabia amenazaba con desbordar de mi garganta. Esa situación me sobrepasaba.

—Ahora no puede, es que nos pillas un pelín ocupados —continuó ella—. Será mejor que le llames en otro momento. Adiós, *guapi*.

No me dio tiempo a replicar porque colgó la llamada. Solo tenía ganas de gritar, o de llorar, o de gritar y llorar al mismo tiempo.

—Pásame la botella de ron —le rogué a Patricia desesperada, estaba decidida a beber para olvidar.

—Tía, será mejor que empieces a controlarte, ni siquiera yo he bebido tanto.

—Sí, tienes razón, no debería de beber más… ¿Me pasas la botella?

Me arrastró hacia el centro del salón cuando estaba a punto de alcanzarla. Gruñí a modo de respuesta.

—*Yee-haw*, vaquero. ¿Ya te has mimetizado con el ambiente? —se burló Patricia y señaló el sombrero que había pasado a manos de nuestro amigo.

—Soy un macho empoderado. Miradme qué sexi.

Le di varios tragos a la bebida de Cristian con la bachata de Manuel Turizo sonando.

—Bachata, todo me recuerda a Hugo.

—Ya empezamos con la pesadilla de Hugo —se quejó Patricia, y me agarró emocionada para obligarme a bailar.

—Patri, nena, tú no te muevas mucho que se te ve la chocha —le advirtió Cristian. El comentario le costó un manotazo en el brazo.

Las horas pasaron y mi nivel de alcohol en sangre subía por momentos. Intentaba evitar que mi mente volara una y otra vez a Hugo, pero era imposible. No entendía nada de lo que sucedía. No

entendía por qué estaban solos en una habitación. No entendía por qué seguían juntos a las once de la noche. No entendía qué era tan importante como para que no pudiera contestarme. No entendía por qué tenía que ser ella la que descolgara su móvil y mucho menos que lo llamara Hugui.

—Cristian hace rato que se ha ido al lavabo, empieza a preocuparme —interrumpió Patricia mis tóxicos pensamientos.

Miré a mi alrededor y no había nadie, mi amiga y yo nos habíamos quedado bailando solas en el salón.

—Un brindis por nosotras. —Choqué mi copa con la suya y me moví de manera efusiva—. Te quiero, tía. —Le di un abrazo con el que casi caemos al suelo—. Eres la mejor, lo sabes, ¿no?

—Uy, Eli…, me parece que has bebido demasiado.

—También quiero mucho a Cristian, a pesar de ser un semental es adorable.

—¿De verdad le ves adorable?

—¿A quién? —pregunté entre lagunas mentales.

—A Cristian.

—¿Dónde está Cristian?

—Se supone que en el lavabo.

—¡Vamos a por él!

De pronto sentí la necesidad urgente de decirle también a él lo mucho que le quería. Arrastré a Patricia por el pasillo y abrí cada puerta con la que me topé.

—¡Te pillé! Pues no, aquí tampoco está.

—Eli, tía, ¿quieres dejar de dar esos mamporros con el pie? Te vas a cargar las puertas.

—¡Te pillé! —volví a repetir la misma escena sin tener en cuenta su advertencia—. Pues no, en esta tampoco está. Vamos, solo queda una, ya lo tenemos. No tiene escapatoria.

Preparé la patada y la di con todas mis fuerzas, tantas que la puerta golpeó de manera estruendosa contra la pared y mi pie atravesó el aglomerado.

—¡¡¡Te pillé!!!

Y vaya si lo pillé. Mi visión doble me mostró dos cuerpos desnudos moviéndose de manera acompasada. Los jadeos que se escuchaban no dejaban lugar a dudas sobre lo que ocurría. Centré la vista y reconocí el culo de Cristian. ¿Había venido Álvaro a la fiesta? No, el que estaba frente a él no era pelirrojo, era…, era…

—¡¡Señor Gutiérrez!! —chilló Patricia.

Se apartó de Cristian, se tapó como pudo y salió con el rabo entre las piernas, y nunca mejor dicho, las dimensiones del cacharro no pasaban desapercibidas.

—Cristian, que te quiero, que te quiero mucho —le confesé todavía con el pie atrapado en la puerta y los brazos abiertos para abrazarlo.

—¿Quieres dejar eso ahora? —me detuvo Patricia enfadada—. Cristian se estaba tirando al jefe. ¡Al jefe! Cristian, ¿en serio?

—Uy, Cristian, eso está muy mal…, ¿no? —Pero, conforme lo decía, empezaron a llegarme con retardo las palabras de Patricia—. ¿Has dicho con el jefe? ¿El jefe es el señor Gutiérrez? ¿Ese manubrio que ha pasado por mi lado era de él? Ay, Cristian, no. No, no, no, por favor, muero del

asco. ¿Pero qué has hecho? —Tuve que contener una arcada de la que, también el alcohol, tenía parte de culpa.

—En peores plazas he toreado —sonrió y se subió la cremallera con parsimonia. Se miró al espejo para retocarse el peinado.

—Pero, ¿y Álvaro? —habló la poca cordura que todavía me quedaba.

—Álvaro…, sí…, esto… A ver, ya me conocéis. ¿Qué queréis que os diga? Me rindo. Lo he intentado, de verdad que lo he intentado, pero yo no puedo ser fiel.

—¿En serio? Qué poca vergüenza.

—Bueno, nenas, la vida da muchas vueltas. Y ahora toca zorrón y cuenta nueva.

—No me lo puedo creer, y te quedas tan tranquilo. ¡Lo que has hecho es una falta de respeto! ¿¡Te parece bonito!? ¡Te has reído de tu pareja! —Me encendí. Cada vez elevaba más la voz—. ¿¡Tanto cuesta ser fiel!? ¿¡En serio!? ¿¡Tan difícil es!? ¿¡Tanto cuesta mantener un poco de distancia!? ¿¡Hace falta que os metáis en la misma habitación de hotel!?

—¿Seguimos hablando de mi relación? —le preguntó Cristian a Patricia mientras yo chillaba fuera de mí.

—Me parece que no, me parece que hemos perdido a Elisa hace rato.

—¡Estas cosas no se hacen! —continué—. ¡Haces mucho daño! ¡Y yo aquí echándote de menos como una gilipollas! ¡Y ahora ayudadme a sacar el pie de la puerta, joder, no os quedéis ahí plantados!

En cuanto me liberaron, salí disparada al salón en busca de mi móvil. Mi cabreo iba en aumento y era incapaz de controlarlo. Marqué el número de Hugo y, al no responder, le dejé un mensaje cargado de ira, celos e inseguridad.

—¿¡Sabes qué te digo, Hugo!? ¡Que te quedes en Barcelona y te lave los calzoncillos tu amiguita, que yo no tengo ganas de limpiar más mierda!

Mis amigos me arrebataron el teléfono de las manos y me calmaron con un abrazo que me sosegó poco a poco y con el que acabé llorando.

19

—¿Sabéis lo que os digo? Se acabó el llorar —proclamé con la cara roja y el maquillaje corrido.

—Pues lo que yo os digo es que esta fiesta es una mierda —bostezó Patricia—. Y yo no me he puesto pibón para que me vean las telarañas. Además, a saber cuándo será la próxima vez que vuelva a salir sin mi hija.

—¿Y qué propones? —Cristian puso toda su atención en ella.

—Está claro, ¿no? Desde aquí se escucha la música de la mansión. —Patricia alzó las cejas repetidas veces.

—¡No! ¡Me niego! Iré borracha, pero no soy una delincuente —rechacé.

—Eres la hostia, nena. Con mis encantos seguro que entramos.

—No necesitamos tus encantos. Tengo la solución: vamos a saltar el muro.

—¡No! ¡He dicho no! ¡No quiero acabar en la cárcel! ¿Hugo vendría a visitarme? ¿Tendríamos un vis a vis? ¿Habéis visto la serie de televisión? —divagué.

—Eli, tía, antes eras más divertida —me reprochó Patricia justo antes de tropezar con sus propios pies y caer de bruces sobre el asfalto.

—Joder, Patri, te he visto más la chocha estos días que tu ginecólogo en toda tu vida. Ya no sabes qué más hacer para llamar mi atención, que si quieres mambo solo tienes que pedirlo —se burló Cristian.

—Imbécil, ¿quieres hacer el favor de ayudarme a levantar del suelo? Venga, no nos desviemos del plan —continuó como si no se hubiera pegado la hostia de su vida—. He visto una parte de la tapia que está más baja y, si nos impulsamos entre nosotros, llegamos seguro. —Cogió un pañuelo y se limpió la sangre que le salía del codo.

—¿Y no es más fácil ligarnos al segurata como se ha hecho toda la vida? —dio por hecho Cristian.

—Que no, que, si sabéis contar, no contéis conmigo —volví a quejarme.

Pero, tres minutos después, sin importarles mi opinión y habiéndonos escaqueado sin ser vistos de la casa del señor Gutiérrez, nos encontrábamos frente a la mansión.

—Patri, nena, ¿qué te has pensado que somos? ¿Gigantes de diez metros?

—Desde mi perspectiva el muro no parecía tan alto. Vamos, Cristian, impúlsame.

Se subió a caballito encima de él y apenas se alzó unos centímetros.

—Ponte de puntillas, súbeme un poco más.

—Pero súbete tú, trepa hasta mis hombros.

—Pero, ¿cómo quieres que haga eso? No soy un koala.

—Me parece patético, yo os espero en el árbol de allí, cuando os canséis de hacer el indio ya vendréis. —Me fui sin mirar atrás.

—¿Has dicho un árbol?

Patricia corrió hacia mí, se subió por el tronco hasta llegar a una de las ramas y, dando una gran zancada, llegó al muro.

—Y dale con enseñarnos la chocha —volvió a quejarse Cristian.

—Chicos, lo he conseguido, ahora vosotros.

—Yo paso. —Me senté a esperar en las raíces que sobresalían del árbol hasta que escuché:

—¡Están sacando comida!

Me incorporé como un muelle y escalé por las ramas hasta llegar al muro y saltar hacia el otro lado. Cristian no tardó en unirse a nosotras.

—Aquí deben servir caviar y ostras por lo menos —salivé.

—Bueno, pues ya estamos dentro. Tampoco ha sido tan difícil, ¿no? —se enorgulleció Patricia.

—Perdonen. —Una voz aguda a nuestra espalda nos sorprendió—. Acaban de cometer una ilegalidad.

—Si es que lo sabía. Os lo he dicho, que esta noche acabábamos en el calabozo —gemí sin atreverme a dar la cara.

—Queda perdonado, caballero —soltó la fresca de Patricia pasando por su lado sin inmutarse.

El chico de seguridad la retuvo del brazo y volvió a insistir:

—Me temo que voy a tener que sacarles de aquí, acaban de colarse en una propiedad privada.

—Tome, cincuenta euros y aquí no ha pasado nada —ofreció Cristian sacando la cartera.

—¿Se ríen de mí?

—Para nada, señor agente —contuvo la risa mi amiga.

—No soy ningún agente, pero, si continúan en este plan, tendré que llamar a la policía.

—*Nino, nino, nino* —simulé ser la sirena de un coche patrulla y me puse a dar vueltas a su alrededor. Todavía no sé por qué. Supongo que el alcohol que corría por mis venas tuvo algo que ver.

—Hagan el favor de abandonar este sitio, no lo repito más —insistió.

—No podemos, somos… ¡el equipo de animación! —improvisó Cristian—. Mira, con un seis y un cuatro hago la cara de tu retrato. —Dibujó al aire sin sentido ninguno.

—Sí, yo soy la maga Pati Patita. ¿Te gusta la magia? —se atrevió a añadir Patricia dándole un aire de misterio a la pregunta—. Vamos a ver, nada por aquí, nada por allá…, ¡un chicle! ¡Tenías un chicle en la oreja!

—Pues a ver si con tu magia consigues algo de ropa interior, Pati Patita —se burló Cristian con recochineo.

En otro momento me hubiera muerto de la vergüenza, pero estaba tan alcoholizada que no llegué a asimilar el ridículo que hacíamos.

—Se acabó, acompáñenme.

—Edgar. —Una voz detuvo al chico de seguridad que estaba a punto de lanzarnos por los aires al otro lado del muro—. Van conmigo, son mis invitados.

Paré en seco. Esa voz. Ese olor.

Jorge.

—¿Tus invitados? —preguntó confuso.

—Sí, unos invitados que han bebido demasiado como podrás comprobar —improvisó nervioso—. Gracias, Edgar, has hecho un gran trabajo. Puedes retirarte. —Le dio una palmada en el brazo y le invitó a que se fuera.

—¿Jorge? ¡Jorge! Eres nuestro salvador —me lancé a él y le rodeé el cuello con los brazos. Fui consciente de mi impulsividad cuando dio un paso atrás, desconcertado—. Perdón… —me excusé casi en un susurro y con las mejillas algo encendidas.

Volví a mi posición inicial y por el camino me distraje con el aleteo de una mariposa que perseguí embobada y moví los brazos como si volara con ella.

—Elisa, ¿qué hacíais saltando el muro? —preguntó, lo que trajo de nuevo mi atención—. Déjalo, mejor no me lo expliques —se contradijo.

—Hombre, el famoso Jorge. Yo me llamo Cristian, pero tú puedes llamarme cuando quieras, aquí tienes mi número. —Le tendió una tarjeta con sus datos que llevaba siempre preparada en el bolsillo del pantalón.

Le pegué una patada mal disimulada.

—¿Qué pasa? Acabáis de arruinarme el polvo de mi vida, tenéis que entender que esté desesperado.

—Lo siento, Cristian. Estoy felizmente casado con Carlota —dijo y señaló hacia uno de los lados.

—Vaya…, pensaba que te gustaba Elisa. Por cierto, ¿llegasteis a acostaros? —soltó de sopetón mi amigo sin venir a cuento.

Volví a pegarle tal patada que me hizo trastabillar y terminó estampada en otra espinilla que no era la suya, sino de la persona que acababa de aparecer en escena. Se escuchó un alarido de dolor.

—¡Carlota, amor! ¿Estás bien?

Acabé de dar la vuelta que me había provocado la inercia de la patada y me recompuse de un salto muerta de la vergüenza.

—Perdón, perdón, perdón. No quería…

Me agaché a tocarle la pierna a la mujer de Jorge en una situación cada vez más incómoda.

—Tranquila, estoy bien, no te preocupes —me perdonó con amabilidad mientras me alzaba del brazo para que dejara de toquetear su espinilla.

—¿Seguro que estás bien, amor?

—Sí, sí, estoy bien.

Menos mal que solo nos iluminaba la luz de la luna y no se apreciaba el morado que, estaba convencida, se estaría empezando a formar en su pierna.

—Justo les estaba hablando de ti —dijo cogiéndola por la cintura y dándole un beso en los labios que me hizo desviar la mirada.

—Encantada a todos. Gracias por este magnífico recibimiento —bromeó—. ¿Y vosotros sois? —se interesó con una sonrisa sincera.

—Ella es una amiga.

Levanté la mano todavía con expresión de vergüenza.

—¿Te acuerdas del día que llovió tanto? Es la chica a la que llevé al trabajo.

—Cierto, entonces tú debes de ser Elisa.

—La causante de que casi te tengan que amputar la pierna, sí —me avergoncé una vez más y me encogí de hombros.

Sonrió y volvió a quitarle importancia. Todo quedaría en una graciosa anécdota.

Me hizo ilusión que Jorge le hubiera hablado de mí. Se apreciaba la relación tan sana y bonita que tenían, así como el amor que transmitían.

Carlota me dio un ligero abrazo y siguió con mis amigos.

—Tenemos que quedar. Jorge me ha hablado muy bien de ti.

Desvié la mirada hacia el aludido y sonreí.

—Sí, cuando queráis. —Y lo dije de corazón.

—Ahora empiezan a sacar el *catering*. Disfrutad de la noche y, cualquier cosa que necesitéis, no dudéis en pedírnosla.

Nos miramos emocionados, nos había tocado la lotería. Fuimos directos a la barra libre a pedir un chupito del alcohol más fuerte que tuvieran. Nuestra buena suerte se merecería un brindis. A ese chupito le siguieron unos cuantos más y la noche se tradujo en buena comida, risas y bailes que nada tenían que ver con los de la fiesta de nuestro jefe. Fue una noche memorable.

Además, tenía que reconocer que volver a coincidir con Jorge fue muy agradable. Presentía que podríamos mantener una bonita amistad en la que, por supuesto, su mujer también estaba incluida.

20

No recordaba cómo había llegado hasta mi cama.

La cabeza me iba a estallar. Me presioné la sien en un fracasado intento por querer calmar las punzadas. Dentro de mi cabeza se alojaba un ruido ensordecedor, como una motosierra que amenazaba con destrozarme el cerebro. Desesperada, me tapé con la almohada y, cuál fue mi sorpresa, que ese ruido se apaciguó, dejó de ser tan intenso. Me volví a quitar la almohada y me perforó de nuevo el tímpano. El ruido no provenía de mi cabeza, el ruido era real.

Me asusté y encendí la luz de la habitación con rapidez. A mi lado tenía al culpable: Cristian. Dormía a pierna suelta y emitía unos ronquidos que hacían temblar las paredes. Eran exagerados. Patricia tampoco podía faltar en la ecuación. Estaba despatarrada, con la falda subida, nos mostraba hasta el alma.

La imagen de ellos dos no era el recibimiento que esperaba tener de buena mañana. Tan diferente a la que Hugo me tenía acostumbrada.

—¿Quieres apagar la puñetera luz? —se quejó Patricia con boca pastosa, se tapó los ojos con el brazo, aunque hubiera sido preferible que se tapara otra zona.

—¿Cómo hemos llegado hasta aquí? No recuerdo nada —pregunté en busca de respuestas.

—Necesito dormir, lo digo en serio, apaga la luz —suplicó. Se puso de lado y nos apuntó con el culo en pompa.

—Con la banda sonora de Cristian dudo que lo consigas —me reí. Pero sí, antes de acabar la frase, ya se había dormido.

Apagué la luz y miré el techo. Me dieron ganas de estrangular a Cristian con la almohada. Le moví el cuerpo y lo único que conseguí fue un ronquido todavía más profundo. Desesperada, probé el método de chasquear la lengua y, como por arte de magia, se hizo el silencio. Casi me puse a llorar de la emoción.

Cuando todavía lo celebraba, Cristian comenzó a balbucear. Bufé agobiada. ¿No sabía callar ni un solo segundo? Los balbuceos empezaron a transformarse en palabras. Palabras y frases que, para mi sorpresa, fueron acompañadas de algún que otro jadeo. No me lo podía creer.

—No pares, nene. Mira cómo me tienes.

—¡Cristian! —chillé de malas maneras antes de encender la luz. No estaba nada interesada en escuchar eso.

—Qué susto, chiqui. Estaba soñando que…

—¡Que te calles! ¡No quiero saberlo! —le tapé la boca. Él me dio un pequeño mordisco que me hizo apartar la mano.

—Qué mal despertar tienes, si quieres te alegro la mañana —dijo para molestarme, y aprovechó para dar una cachetada al culo de Patricia—. La loba seguro que está más receptiva, ¿qué me dices, titi?

—No le hago ascos a un buen polvo mañanero. —Se desperezó.

—Patri, nena, no entiendo por qué nunca nos hemos acostado.

—No pienso formar parte de esta conversación, me largo de aquí. —Me incorporé y me metí directa al lavabo. La imagen que encontré no era mejor que la que había dejado atrás. Daba pena. Tenía el pelo encrespado y el maquillaje corrido. Hasta yo misma me asusté. Me puse una coleta y me lavé la cara con agua y jabón.

—Dice Patricia que ella me dominaría a mí, está flipando.

Mis amigos aparecieron en el baño, discutían por ver quién era el más gallito.

—¿Pero acaso no me conoces? Yo haría contigo lo que quisiera, Cristian.

—Pero ¿qué dices? Eres tú la que comería de mi mano, igual que todos. No hay persona que se me resista.

Tras desenredarme el pelo, pasé entre medio de ambos para zanjar la absurda pelea que no tenía ningún sentido. No funcionó. Me siguieron hasta la cocina.

—¿Queréis hacer el favor de poneos el bozal? —No hicieron caso a mi súplica.

—Sería capaz de destrozarte en la cama —continuó Patricia cada vez más crecida.

—¿En la cama? No me seas recatada, yo en cualquier rincón donde te pillara, como si tiene que ser en medio de un parque.

—En medio de un parque o en la copa de un pino, me da igual. Pero no creo que aguantaras mi ritmo.

—¿Que no aguantaría tu ritmo? Yo soy insaciable, nena. Ponme a prueba.

—Ponme a prueba tú a mí.

—Cuando quieras.

—Cuando quieras tú.

—¿¡Queréis dejar de hacer el ridículo!? —intervine desesperada—. Ni Patricia va a comer de tu mano ni tú vas a dominar a Cristian. No sois compatibles. No os gustáis. No os ponéis. Fin de la discusión. Y ahora a desayunar.

El semblante serio de sus caras se borró cuando aceptaron que tenía razón, que era absurdo porque jamás iba a suceder nada entre ellos.

—A mí se me ha cerrado el estómago —se quejó Patricia—, me voy a la cama.

—Ahora tu desgana será por mi culpa y no por todo el alcohol que te metiste ayer entre pecho y espalda —se burló Cristian.

—Yo me voy a hacer churros con chocolate, ¿quieres? —le ofrecí y saqué un paquete del congelador.

—No, por la mañana no soy de dulce.

—Pues todos para mí —me relamí.

Cogió el pan de molde y rellenó tres pisos de todo lo que encontró por la cocina: boquerones en vinagre, queso fresco, lechuga, cebolla caramelizada e incluso chorizo.

—La lechuga me sobra, pero entonces no sería un bocadillo vegetal y hay que cuidar la línea.

—¿En serio te atreves a llamarlo vegetal?

—¿Me meto yo con los doce churros que te zampas como si no hubiera un mañana?

—Es que están de muerte. —Me pasé la lengua por los labios para recoger los restos del chocolate.

Yo ni sabía cuidar mi línea ni me lo planteaba. A mí lo que me gustaba era comer. En los peores y en los mejores momentos. Comer. Siempre encontraba una excusa para pegarme un atracón.

—Maldito alambre, no lo encuentro, una vez abres la bolsa del pan de molde desaparece y hay que acabar cerrándola con un nudo de toda la vida. —Cristian se volvía loco rebuscando por toda la encimera.

—Déjalo y ven conmigo a desayunar. Me siento mal comiendo sola.

—Peor deberías de sentirte por hacer el ridículo con Hugo como lo hiciste.

—¿Perdona?

—Lo que oyes, nena, menudos mensajitos le enviaste en el taxi de vuelta a casa.

Me quedé petrificada. No recordaba haberme puesto en contacto con Hugo la noche anterior, y menos todavía subida en un taxi. La combinación alcohol y móvil no podía presagiar nada bueno. Abrí su conversación y vi doce audios. Empalidecí.

—Escucha, escucha. —La voz de Cristian me llegó como un eco lejano. Me había quedado observando la pantalla. Dolida. Con una estaca atravesada de lado a lado del corazón—. Ten cojones a escucharlos.

No me habían impactado los audios, eso era más vergüenza que otra cosa, lo que me había impactado era que Hugo los había escuchado y no había respondido. Después de mis doce audios no había nada. Nada. La conversación finalizaba ahí. Igual que nuestra relación, que estaba llegando a su fin.

Escuché el primero:

«¿Se puede saber por qué la piernas kilométricas ha respondido mi llamada? ¿Qué haces con ella por la noche?»

Mi vocalización no era la mejor. Y, entre eso, y los gritos de mis amigos de fondo que me pedían que callara…, era un espectáculo.

«¿Está en tu cama? ¿Es eso? En un hotel de Barcelona. *Barceloooona*» —Simulé hablar *balleno*, patético, sí—. «¡Chicos, yo quiero ir a Barcelona! No hoy, ni mañana, me da igual cuándo o con quién, con quién no, con vosotros seguro. Os amo siempre».

«¿Qué tiene ella que no tenga yo? A parte de las tetas, el culo, el pelo, los ojos…, no, los ojos no, los ojos los tengo yo, no los suyos, los míos, yo tengo dos, quiero decir, el color de oliva, da igual, ya me entiendes».

No sabía dónde meterme. Cada mensaje era más vergonzoso que el anterior.

«Pero, Hugo, yo te quiero, yo te quiero más que a… ¡El semáforo! ¡Frena! ¡Que está en rojo! ¡Frena, joder! Ah, vale, qué susto, que es la luz de la farmacia. Casi muero de un infarto. ¿A quién se le ocurre iluminar la cruz de la farmacia en rojo y verde? Nos quieren volver locos. Loco, loco, loco, loco, loco, vamos a hacer el amor tú y yo en este mundo loco».

El mensaje lo terminaba entre alaridos y desafines, desentonaba tanto que tuve que detenerlo enseguida. Pero el siguiente audio continuaba con esa canción y luego cambiaba a la de Paquito el chocolatero, aún más desafinada si es que era posible. Un cuadro.

Pasé al siguiente audio.

«¿Sabes lo que te digo? Que te vaya bonito. Yo valgo mucho, ¿verdad, Patri? Eso me dices tú. Yo

valgo más que cualquiera, más que tú no, Patri, tú también vales una fortuna. ¡Cristian, cerdo, apártame esa mano que a saber en qué parte del jefe ha estado!»

El resto imaginaba que irían en la misma sintonía y no quise seguir con esa tortura. Ya había tenido suficiente. Además, había encontrado un motivo para cambiar de tema y obviar mi patética vida.

—Cristian, ¿con el jefe?, ¿en serio?

—¡A este tema quería yo llegar! —Patricia apareció por la cocina fresca, como si hubiera dormido diez horas seguidas, cuando hacía apenas diez minutos que se había vuelto a meter en la cama—. Necesito una explicación: ¿de verdad te pone el jefe?

—A ver…, poner…, poner poner, lo que se dice poner…

—Cristian, es sencillo, ¿sí o no? —insistió ella alzando la voz.

—Sí, joder, sí. Si no nos hubierais interrumpido habría tenido uno de los mejores orgasmos de mi vida.

No pudimos responder. Nos quedamos blancas y la bilis nos subió por la garganta.

—Nenas, no os pongáis así, ayer tenía su punto, no me digáis que no.

Por más puntos que buscábamos, no los encontrábamos por ningún lado, ni de izquierda a derecha ni de arriba abajo.

—¿El sombrero de *cowboy*, por ejemplo?

Patricia y yo pusimos cara de asco y negamos repetidas veces con la cabeza.

—¿Los pasos prohibidos que no dudó en sacar a relucir?

De nuevo el mismo gesto.

—Vale, lo tengo, ¿qué me decís de su miembro? Para ponerle un monumento, ¿no?

—Mira, ahí te voy a dar la razón. Punto para el jefe. —Patricia recapacitó y levantó la mano.

—¡Por favor, parad ya! —No pude continuar escuchando nada más sobre nuestro jefe y menos volver a recordar esa parte de su cuerpo.

—La que ha sacado el tema has sido tú, nena. Algún interés tendrás.

—¿Yo? ¿Interés? ¡Ninguno! Ya verás mañana cuando te cruces con él en el trabajo —le recordé sin imaginar que aún iba a ser peor de lo esperado.

21

—Por ahí viene el péndulo, Cristian, prepárate —anunció Patricia la aparición del señor Gutiérrez con cachondeo.

Mi compañero cogió un bolígrafo y se hizo el ocupado mientras revisaba unos presupuestos.

—Me estoy poniendo nerviosa hasta yo —susurré, y cogí otros documentos para disimular.

Me sorprendía que el jefe, después de lo sucedido en la cena de empresa, se atreviera a dar la cara y acercarse al mostrador como si nada.

—Seguro que no sabes dónde meterte —me burlé, disfruté con la situación, creía que mi compañero estaría avergonzado, pero nada más lejos de la realidad.

—¿Yo? ¿Por qué? ¡Buenos días, guapetón! —lo saludó de manera efusiva cuando lo tuvo frente a él—. Me pillas un poco ocupado, pero por ti lo dejo todo.

—Buenos días, Cristian. Y compañía —añadió también tras unos segundos.

—¿A qué se debe el placer de tu visita? ¿Acaso echas de menos algo que empieza por *cris* y termina por *tian*?

La que no supo dónde meterse fui yo. Creía que Cristian me tenía acostumbrada a su descaro, pero no, aunque pareciera increíble, todavía me sorprendía.

—Estoy aquí por otra cosa.

Dejó una bolsita sobre el mostrador que acaparó la atención de los tres.

—Una de las dos lo dejó olvidado en mi casa.

No entendía nada. No sabía a qué se refería. Patricia y yo nos sostuvimos la mirada sin atrevernos a dar el paso de abrirla. Tuvo que ser Cristian.

—Uy, uy, uy, pero ¿qué ven mis ojos? Mirad lo que tenemos por aquí. —Sacó el tanga de Patricia y lo aireó por los aires—. ¿Quién de las dos es así de atrevida? Seguro que el señor Gutiérrez desea averiguarlo. No seáis tímidas, chicas. La propietaria que dé la cara.

Se me escapó una sonrisita que cada vez fue a más, hasta que Patricia dijo:

—Mío no es.

«Será cabrona», la insulté para mis adentros. El jefe cogió la ropa interior, la volvió a guardar en la bolsita y la puso debajo en mi mano:

—No estoy en derecho de saber cómo ha llegado hasta ahí, pero puedo imaginarlo. Para la próxima vez, hay zonas de la casa más cómodas para un escarceo amoroso. Seguro que Cristian te puede decir algunas. Hasta la próxima, chicos.

—¿En serio acaba de decir lo que acaba de decir? Y luego me decís que este hombre no tiene su punto. ¡Madre mía! —exclamó Cristian acalorado.

—Patri, ¿en serio? Ya te vale.

—¿Y qué querías que dijera, tía? No quiero ir aireando mi incontinencia por todas partes, es un problema, ¿vale? No se lo deseo a nadie. —Quiso hacerme sentir mal.

—¿Cuándo se lo contarás a Álvaro? —La di por imposible y decidí cambiar de tema.

—¿Lo de la incontinencia? —bromeó él.

—No seas imbécil —le reprochó Patricia—. Elisa se refiere a lo del jefe.

—Ya lo sabe —soltó nuestro amigo como si nada.

—¿¡Qué!? ¿¡Cuándo!? —nos alteramos deseosas de saberlo todo.

—Le llamé en cuanto llegamos a tu casa después de la fiesta. Seré infiel, pero no mala persona. No podía irme a dormir con esa penitencia.

—Necesitamos saber qué respondió.

—Que le avise antes de hacerlo, no después.

—Claro, Cristian, antes de llegar a ser infiel es mejor romper la relación y luego hacer lo que te apetezca. No puedes provocar ese dolor tan gratuito por un calentón —le recriminé malhumorada.

—¿Romper la relación? No. Él quiere que le avise para unirse a nosotros. ¿No es mono?

Patricia y yo nos miramos alucinadas, no entendíamos por qué su vida parecía tan sencilla. Acababa de ser infiel y a su pareja no le había molestado, es más, le había propuesto hasta un trío. Era para flipar.

Fui en busca de un café regenerador, había situaciones que me superaban. Aproveché para mirar el móvil y, cuál fue mi sorpresa, que tenía un mensaje de Hugo. Hugo, que escuchaba mis audios y no se dignaba en contestar. Hugo, que me la pegaba con Nerea sin acordarse de que tenía pareja. Nerea, ese era el nombre del problema. Y yo no pensaba proponerle un trío, eso lo tenía claro.

Dejé el café olvidado y me senté para leer el mensaje con atención.

Ja, ja, ja, lo he pasado muy bien con tus audios. Eres increíble, Lis.

¿Y ya estaba? ¿Nada más? ¿Respondía un día más tarde para total enviar ese mensaje? Un mensaje que ni siquiera incitaba a seguir contestando, aun así, lo hice.

Me alegra provocarte aunque sea risa.

Su respuesta no tardó en llegar y un nerviosismo me invadió.

Menuda nochecita pasaste, ¿no? Y yo me la perdí. ¿Llegaste bien a casa?

Marqué su número y lo llamé, prefería escuchar su voz. Hugo colgó y me envió otro mensaje.

Ahora no puedo hablar, estoy en medio de un curso sobre Patología oral del sueño.

Sueño el que me da a mí solo de leerlo.

Te echo de menos. Tengo muchas ganas de verte.

Leí el mensaje repetidas veces con una sonrisa bobalicona en la cara. ¡No! No podía flaquear.

Debía mantenerme fuerte. Hugo me engañaba. No me podía conformar con sus migajas.

Escribí y borré varias veces. No supe qué responder. Yo también lo echaba de menos pero no pensaba rebajarme.

Hablamos en otro momento.

Y así fue como dio por finalizada la conversación.

Releí cada frase con sentimientos encontrados. Me había dicho que me echaba de menos y tenía ganas de verme y debería de quedarme con eso, aunque los días los pasaba con una chica que llamaba la atención de cualquiera y con la que tenía una aventura. O no. O tal vez no y nada era lo que parecía. ¿Debía confiar en él? Me estaba volviendo loca. Ya no sabía qué pensar ni qué creer.

Recuperé el café, que seguía en la máquina, y lo acompañé con una galleta Lotus de las que dan en las cafeterías y que, por lo rota que estaba, intuí que llevaba bastante tiempo olvidada en mi bolso.

La dichosa galleta me abrió el apetito y no pude evitar escaparme al bar del hotel a por un tentempié.

—Elisa, ¿qué te pongo?

—Un bocadillo de beicon y queso. Y esa bolsa de patatas de pimienta. Y unas aceitunas. Uy, y ponme un pincho de tortilla que tiene una pinta… Y media ración de sevillanos que huelo que los estás preparando.

—¿Queréis cubiertos?

—¿Queremos? ¿Quiénes?

—Cristian, Patricia y tú.

—Ah, sí, sí…, toda esta comida es para los tres. Claro…, pon cubiertos, sí —mentí avergonzada.

Por el camino me terminé la tortilla. A mis compañeros no les dejé ni olerla, igual que el resto de la comida. Cuando terminó mi jornada, era la hora de comer y, por supuesto, no me la salté. Terminé tan hinchada que el resto de la tarde la pasé espatarrada en el sofá.

Mientras me secaba las lágrimas por culpa de El niño con el pijama de rayas escuché unos ruidos en el jardín. Paré la película y afiné el oído. Que hubieran dejado una nota personalmente en mi propio buzón me hacía vivir en un estado de alerta permanente.

Pasaron algunos minutos y no se volvió a escuchar nada. Me llevé unos ganchitos a la boca y, entre mordida y mordida, me pareció volver a escuchar otro golpe. Dejé de masticar y me incorporé con la comida todavía en la boca. Me acerqué al ventanal que daba acceso al jardín. Las cortinas estaban echadas, pero juraría que a través de ellas se movía una sombra. ¿Acaso intentaban abrir la puerta? Otro golpe me confirmó que sí. Y ya lo dicen, ante un peligro no sabes realmente cómo reaccionas hasta que lo vives. Y yo reaccioné. Vaya sí lo hice. Me sentí tan amenazada e intimidada que cogí una silla y corrí gritando hacia el ventanal. Descorrí las cortinas y me pareció ver a la sombra desaparecer.

Salí al jardín y chillé como una loca.

—¡Vuelve! ¡Ven aquí! ¡Ten cojones!

Me salió decir, a pesar de que sabía que si me hacía caso moriría de miedo.

Por suerte no se escuchó ni se vio nada. Pero yo continuaba atacada. Me deshice de la silla que

todavía sostenía por encima de mi cabeza y entonces, a mis pies, vi el rastro que confirmaba que alguien había estado ahí y no había sido fruto de mi imaginación.

Una nota. Otra maldita nota que, cuando leí, no tuve fuerzas para volver a levantarme.

No te lo advierto más: aléjate de Hugo.

22

Creo que caí en un estado de letargo. Se hizo de noche ante mis ojos sin que yo fuera consciente de ello. Mil preguntas, dudas, inseguridades, miedos… se me agolpaban en la cabeza. Me sentía vulnerable y asustada. Sola. Intimidada y amenazada. Habían querido entrar en mi casa. Habían pisado mi jardín. ¿Quién? ¿Quién se tomaba tantas molestias en asustarme y hacerme ver que Hugo me era infiel? ¿Hugo me era infiel? Era la pregunta que más veces me había formulado en los últimos días. Y cada vez estaba más confundida. Esas advertencias no significaban nada, pero en tan poco tiempo se habían acumulado tantas casualidades que me hacían dudar. La situación me sobrepasaba.

Llamé a Hugo. Rota. Parecía un mal sueño del que necesitaba despertar.

—Lis. —Mi nombre en sus labios me destrozó.

La impotencia que sentía de no tenerlo a mi lado, de que todo hubiera empeorado en cuestión de días, de ver que lo perdía por el camino y no podía hacer nada para remediarlo, porque él me decía que todo estaba bien cuando con hechos me demostraba lo contrario.

—Lis, ¿ha pasado algo? Te noto agitada.

—Han intentado entrar en casa, Hugo.

—¿Qué dices? Llama a la policía. Lis, ¿estás bien?

—Sí. No. No lo sé. No sé qué está pasando. He encontrado una nota en el jardín.

Hugo no respondió. Me dejó hablar.

—Hugo, ¿qué es lo que pasa? Dime la verdad, por favor.

—¿Qué nota? ¿Qué pasa de qué? No entiendo nada.

—Yo tampoco.

—Lis, ve a la comisaría y denuncia lo que ha pasado. Ahora me pongo en contacto con una empresa de alarmas para que vayan a instalártela cuanto antes.

No supe si era que yo lo sacaba todo de contexto. No supe si lo exageraba. Si se me había ido de las manos o si veía cosas donde no las había y directamente me empezaba a volver loca. Ya dudaba de todo.

Me acerqué a comisaría con cierta vergüenza. Como si mi caso fuera insignificante y no mereciera ser atendido. Me sentía incluso culpable por hacerles perder el tiempo. Ellos me tranquilizaron y no me dejaron marchar hasta no verme bien. Tomaron nota y mandaron una patrulla a vigilar mi zona.

Me sentía dentro de una película de terror. ¿En qué se había convertido mi vida? ¿Dónde quedaba mi idílico cuento de hadas?

No sabía qué hacer. No tenía miedo de volver a casa. La pena que sentía por mi relación pesaba más que eso. Necesitaba caminar. Sentir el aire. Respirar. Mis pies me llevaron a la playa. Una playa vacía, en la que a esas horas no quedaba nadie. Me descalcé para pasear por la orilla. El agua estaba a una temperatura ideal. La luna creciente se reflejaba en el mar. Un mar calmado que transmitía una paz infinita.

Me despojé de toda la ropa. Jamás me había bañado desnuda en el mar. Jamás me había bañado de noche. Y sentí la necesidad de hacerlo.

Dejé todas mis pertenencias en la arena y me adentré en el agua como atraída por su influjo.

El baño fue mágico. Nadé, chapoteé, floté, me sumergí. Por unos momentos dejé la mente en blanco. Me sentí liberada. Libre de toda preocupación. Reconfortada. No sabía que el mar tenía tanto poder de sanación.

Salí porque al día siguiente trabajaba y debía de ser muy tarde. Me agaché para coger mi ropa cuando sentí un golpe muy fuerte en el costado.

—¡Hostia! —chilló quien se había chocado contra mí.

La hostia la que me había comido yo sin esperarla. Aunque, la otra persona afectada, había acabado peor parada. Había salido despedida dando una pirueta por mi espalda y había aterrizado en el suelo.

—Perdona, con esta poca luz no te había visto —se disculpó, se incorporó y se sacudió la arena.

Esa voz. Ese olor.

—¡Jorge!

—¡Elisa! ¿Qué haces…?

Sus ojos se clavaron en mi desnudez. Me tapé con las manos.

—Gírate, necesito… —le ordené avergonzada.

—No me ha dado tiempo a ver nada. Quiero decir… —se dio la vuelta sin saber cómo arreglar la frase.

Me puse la ropa interior y la cubrí con la ropa. Me fijé en su parte trasera. Estaba lleno de arena. Una vez vestida, me sorprendí acercándome a él para sacudirle el pelo.

—Tranquila, después de correr tenía que ducharme igualmente. —Agachó la cabeza y la movió de un lado a otro—. ¿Todo bien? —se interesó sin apartar los ojos de mí—. Me sorprende verte aquí tan tarde.

Me limité a sonreír. No sabía qué responder. ¿Estaba bien?

Parecía no tener prisa porque decidió sentarse en el suelo. Lo miré desde arriba y volví a sonreír. Sí, en ese momento estaba bien. El baño me había sentado de maravilla y el coincidir con él había sido una agradable sorpresa.

La vida se componía de esos pequeños momentos que se convertirían en recuerdos.

—¿De verdad estás bien? Anda, ven. —Me estiró de la mano y me atrajo hacia él. Acabé sentada a su lado.

—¿Sabes? Es la primera vez que me baño por la noche —dije después de un silencio que no había sido incómodo.

—Pues deberías hacerlo más veces. Es reconfortante.

—Tuve un día complicado y…

Lo solté todo. Me desahogué, le conté lo de Hugo, lo de la persona misteriosa y el intento de asalto a mi casa. Sentí una gran liberación. Era muy fácil hablar con él. Me sentía muy cómoda. Me inspiraba confianza. Era una persona que merecía la pena tener al lado. Una persona que, sin darme cuenta, se estaba convirtiendo en un buen amigo.

—Si me disculpas un momento, voy a llamar a mi mujer, estoy tardando más de la cuenta en

volver a casa y debe estar preocupada. —Marcó su número y ella le respondió casi en el acto—. Carlota, amor, me he encontrado en la playa con Elisa y me he entretenido. ¿Sigue Mateo despierto? Qué bien, pásame con él. Campeón, soy papi, buenas noches, que tengas dulces sueños, cariño, nos vemos mañana, te quiero mucho. Y a ti también, Carlota, te quiero. Nos vemos en un rato.

—Tienes una mujer maravillosa —admiré con sinceridad una vez hubo colgado la llamada.

—¿Verdad que sí? —Los ojos se le iluminaron—. Me gusta que la hayas conocido.

—Y a mí me gusta verte así de feliz. Te lo mereces.

Sonrió a modo de respuesta y se incorporó del suelo.

—Te acompaño a casa. —Me tendió su mano y la acepté.

Nos despedimos con un abrazo después de haber verificado que todo estaba en orden: no había ningún intruso que rondara mi casa ni ningún coche por la zona.

Aun así, Jorge no se fue tranquilo. Me prometió estar pendiente del móvil por si lo necesitaba.

Una vez sola, bajé la persiana del salón cuando nunca lo hacía, cogí un paraguas a modo de defensa, me puse mi pijama del Monstruo de las Galletas y me metí en la cama para terminar de leer el libro de Marta del que apenas me quedaban por devorar cinco capítulos.

23

—¿¡Qué!? ¿¡Quién!? ¿¡Cuándo!? ¿¡En qué habitación!?

Me asusté al ver a Patricia responder tan alterada a una llamada en recepción.

—¿¡Ruidos!? ¿¡Gritos!? ¿¡Golpes!? ¡Tranquila, Juani, relájate! ¡Ahora mismo mando a Elisa para que vea qué ocurre!

Gesticulé un «no» de tantas maneras que parecía que me diera un ataque de epilepsia. Yo no pensaba entrar en esa habitación. ¿Estaban locos? Al final tantos sustos iban a acabar conmigo.

—¡Elisa, te ha tocado! ¡Corre! ¡Sube a la habitación ciento doce!

—¡Ni de coña!

—¡Antes de que pase algo más grave! ¡Rápido! ¡Yo llamo a la policía!

—¡Que yo no subo!

Cristian me agarró del brazo y me arrastró hacia el ascensor sin importarle mi opinión.

—Te acompaño, pero tú vas primera.

Mi corazón iba a mil por hora. ¿Y si tenía que ver con las advertencias que había recibido estos últimos días? Sacudí la cabeza al darme cuenta de que me afectaba más de lo que creía.

Me sacó del ascensor con un empujón y me dejó en medio del pasillo. Le vi la intención de darle al botón y desaparecer de mi lado, así que le estiré de la americana que fue lo primero que pillé.

—Ni se te ocurra dejarme sola.

Se puso a mi espalda, me utilizó como escudo y me obligó a dar pequeños pasos hasta la habitación. El miedo me impedía mirar y cerré los ojos, pero entonces agucé el sentido del oído y percibí que nos rodeaba una calma absoluta.

—No se escucha nada. ¿Y si ya están muertos? Será mejor que esperemos a la policía, Cristian.

Pero mi amigo, que tomó la delantera con una repentina valentía, sacó la llave de la habitación ciento doce y abrió la puerta. No me lo podía creer.

—¡No abras! —lo intenté detener cuando ya era demasiado tarde.

—Sí, están muertos —confirmó con una sonrisa que no entendí.

—¡No me jodas!

No me dio tiempo a acabar de asimilarlo porque una persona salió corriendo entre chillidos de la habitación y se abalanzó sobre mí. Me uní a su grito hasta que mi raciocinio reconoció que se trataba de mi mejor amiga, Marta.

—¡Mi rubia!

—Joder, casi muero del susto. —La aparté para comprobar que era real, que era ella—. Esto no se hace.

—¿No te ha gustado mi sorpresa?

—Mucho. Muchísimo. Pero ¿qué haces aquí? —La abracé con todas mis fuerzas y Cristian aprovechó para volver junto a Patricia.

—Me necesitas. Sé que me necesitas.

—Pero si te dije que no vinieras.

—No pensaba dejarte sola.

Me sentía muy afortunada de tenerla en mi vida. Lo había dejado todo por estar a mi lado cuando más la necesitaba, me había demostrado, una vez más, lo buena amiga que era. De las que son difíciles de encontrar y hay que conservar como si fuera un tesoro.

—Tres meses, tres meses sin vernos. No nos podemos permitir estar tanto tiempo separadas. ¿Me has oído?

—Gracias por haber venido, Marta. Sí, es verdad. Te necesitaba y mucho. ¿Cuántos días te quedas?

—Dos.

Valoraba su esfuerzo y, aunque dos días me parecían pocos, era un chute de energía más que suficiente.

Hablamos durante horas: de ella, de mí, de su libro, de Alberto, de Hugo, de Nerea, de la supuesta infidelidad, del intento de asalto a mi casa… Pedimos incluso comida a través del servicio de habitaciones para no perder tiempo y, por supuesto, me quedé a dormir en la habitación con ella.

Solo me ausenté veinte minutos con la excusa de finalizar unas gestiones del trabajo. La realidad era bien diferente. Organicé lo más rápido que pude una sorpresa para el día siguiente. Se lo merecía todo y más. Esperaba hacerla feliz.

******

—Ponte la ropa más bonita y elegante que hayas traído —le pedí al despertarnos sin que ella entendiera nada.

Bajamos a desayunar al *buffet* donde, sobra decir, me puse las botas. Me levanté más de cuatro veces a rellenar el plato de churros, napolitanas de chocolate, huevos revueltos y beicon.

—¿Por qué pareces tan nerviosa? —preguntó Marta cuando me vio mirar por octava vez hacia recepción. Necesitaba controlar que mi plan marchara a la perfección.

—No estoy nerviosa —mentí—. Bueno, vale, un poco sí. Se han acabado las napolitanas de chocolate y no sé cuándo las van a reponer. Todavía tengo hambre.

—Hambre lo dudo, será gula, glotona.

Le saqué la lengua en el mismo momento en el que una chica unos años mayor que nosotras nos interrumpió.

—Hola, eres Marta, ¿verdad?

Llevaba el libro de mi amiga entre las manos. Sonreí orgullosa y miré atenta su reacción.

—Disculpa mi atrevimiento, pero no voy a poder ir a la presentación y me gustaría que me firmaras tu libro. ¿Es posible?

—¿Presentación?

Marta me miró extrañada, sabía que yo tendría algo que ver. Me encogí de hombros. Mi amiga se emocionó al firmar el primer ejemplar de su libro a una desconocida y se esmeró en hacerlo con cariño.

—Elisa —llamó mi atención una vez volvimos a quedarnos solas—. Dime que no es lo que creo

que es.

—Es lo que crees que es. En una hora comienza la presentación de tu libro.

—Te mato.

—Te lo mereces, cariño. Has trabajado mucho en él y es muy bueno. Quiero que muchas personas tengan la oportunidad de conocerlo.

A mi amiga se le iluminaron los ojos. Se emocionó.

—Pero ¿cómo haces esto por mí? Gracias.

—No, gracias a ti, Marta —repliqué—. Por estar en los buenos, pero, sobre todo, en los malos momentos. Por no dejarme sola nunca. Por estar siempre ahí para mí, sea la hora que sea y el día que sea. Porque nada haya cambiado, aunque la distancia nos separe. Por preocuparte y sufrir mis problemas como si fueran tuyos. Por alegrarte con mis éxitos y hacer lo imposible por verme feliz. No te imaginas lo afortunada que me siento de tenerte.

—Sí que lo sé —me dijo con lágrimas en los ojos—, porque me pasa lo mismo contigo. Soy una privilegiada.

—Te quiero.

—Yo sí que te quiero.

Volvimos a fundirnos en un abrazo cargado de sentimiento.

******

Me sorprendió el éxito que tuvo la presentación a pesar de haber sido improvisada en el último momento.

Marta habló con soltura sobre la trama y los personajes. Yo hice un pequeño resumen de ella y de su vida para que se le conociera un poquito más. Patricia y Cristian leyeron algún que otro fragmento con el que los asistentes rieron y se emocionaron a partes iguales. Incluso más de uno alzó la mano para lanzar su pregunta a la autora.

Todos los ejemplares que habíamos conseguido en las librerías de la zona salieron firmados y dedicados.

Vi a Marta feliz. Emocionada. Segura de sí misma y natural. Como si llevara toda la vida hablando en público. Como si hubiera nacido para escribir y firmar libros.

Lo celebramos con una comida a la que se unieron Patricia y Cristian. Una comida que duró menos de lo que nos hubiera gustado porque su tren salía temprano. La despedida fue muy emotiva. Lloramos entre risas. Reímos entre lágrimas. No podíamos parar. Nos costó despegarnos la una de la otra. Nuestra amistad, en vez de resentirse, se hacía cada vez más fuerte. La distancia no había podido con nosotras.

24

Llegué a mi casa pletórica y satisfecha. Haber estado con mi amiga había sido lo mejor que me había pasado en las últimas semanas.

Lancé el bolso encima del banco zapatero de la entrada y un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. Una pequeña corriente de aire me alcanzó y con rapidez desvié la mirada hacia la puerta del jardín. Estaba abierta. Volvía a estar abierta. Habían entrado en mi casa.

Me detuve en seco. No me atreví a dar ningún paso. Ojeé a mi alrededor y me quedé sin respiración con lo que me encontré. Había alguien sentado en mi sillón. Un sillón que permanecía de espaldas a mí. Hugo. Tenía que ser Hugo. Debía de ser él. Había vuelto para darme una sorpresa. Por favor, que fuera Hugo. No quería ponerme en lo peor. No estaba preparada para afrontar más adversidades.

Pero entonces percibí un pelo anaranjado. Un escalofrío me recorrió de pies a cabeza. No era Hugo. Era una mujer pelirroja. Y yo solo conocía a una.

Quise ir a por ella. Quise gritar. Quise huir. Quise hacer tantas cosas que al final no hice ninguna.

—Por fin en casa, Elisa, tenemos que hablar.

Abril. Era Abril. La exnovia de Hugo.

—Abril, ¿qué haces aquí?

—He intentado advertirte, Elisa, pero no me has hecho caso.

—No me interesa lo que tengas que decir.

—No te pongas así. Lo único que quiero es que no te haga el mismo daño que me hizo a mí. Tenemos que pararle los pies.

—¿De qué hablas? ¿Qué dices?

Se incorporó del sillón y caminó en mi dirección.

—¡No te muevas! —Alcé la mano en señal de advertencia.

—No tienes que tenerme miedo a mí, Elisa. Se lo tienes que tener a él. No sabes la clase de persona con la que has estado todo este tiempo.

No quería escuchar sandeces. No quería creer nada de lo que saliera por su boca.

—Es infiel por naturaleza. No le importa hacer daño.

—No. Hugo no es así. Me lo ha demostrado.

—Nunca se termina de conocer a las personas.

—Abril, basta. Estoy bien con Hugo, confío en él.

—¿Seguro? ¿Seguro que estás bien? ¿Y… él contigo?

Abrió el bolso y me tendió una fotografía. Cuando vio mi intención de no acercarme a cogerla, me la lanzó. Tenía gran interés en que la viera. Y yo, para qué negarlo, también. La recogí del suelo y la estudié. Hugo y Nerea salían abrazados. Y parecía que se… ¿besaban? Se me resquebrajó el corazón. Me explotó en mil pedazos, pero me mantuve impasible ante ella.

—¿Qué me dices? ¿Lo ves ahora?

—No me preocupa. Esto no es real —me esforcé en decir.

—La foto no miente. Abre los ojos, Elisa, ábrelos. Es Hugo. Hugo es así. Siento ser yo la que te lo diga.

Me dolía horrores reconocerlo, pero sí, podía ser Hugo. Hugo me había ocultado que se había ido un día antes de viaje. Hugo había ido a un castillo no sabía para qué. Lo único que sabía era con quién, y era con Nerea, no conmigo. Con la que se le veía cómodo y en la foto parecía besar.

—Abril, vete de mi casa, por favor.

—Elisa, hazme caso. Deja a Hugo antes de que vaya a más.

—Mientes y no te voy a escuchar.

—Elisa, no miento. No conoces a Hugo. Hugo no es lo que parece. A mí me hizo mucho daño.

—No aceptas que haya rehecho su vida.

—No lo entiendes, Elisa. No me interesa Hugo, me interesas tú. No quiero que pases por lo mismo que pasé yo. Tenemos que pararle los pies. No quiero que se ría de más mujeres.

—No estás bien, Abril.

—¿Yo? —lanzó una sonora carcajada—. Te recuerdo que soy psicóloga. Sé de lo que hablo, ¿no crees? He estudiado cinco años de carrera para tratar a las personas. Mi deber es ayudar, no tengo por qué engañarte.

El argumento tenía su lógica. No tenía sentido que a una especialista en salud mental se le hubiera ido de las manos y hubiera sobrepasado límites infranqueables. Pero no podía dudar, debía mantenerme firme y no entrar en su juego.

Hugo me había advertido sobre ella.

—Hugo te ha hablado mal de mí, ¿no es eso? Seguro que te ha dicho que soy una loca y tú le has creído. Te ha puesto en mi contra para que no nos aliemos contra él. Es listo, ¿verdad? Listo y guapo, parece que lo tiene todo.

Y hubiera dudado. Le hubiera otorgado el beneficio de la duda si no fuera porque, al inicio de mi relación con Hugo, ella se había entrometido y nos había engañado a los dos. Me hizo creer que tenía una supuesta relación con él. Y, a la vez, me reconoció que a Hugo le había sido infiel. Ella. Infiel ella. No él. Lo había abandonado días antes de la boda para fugarse con su compañero de trabajo. ¿Y encima se atrevía a decir que el infiel era él? ¿Que él le había hecho daño? La única víctima de esa relación había sido Hugo.

—¡Que te largues! —chillé cuando dio unos pasos hacia mí.

—Tranquila, no te pongas así. Yo ya te he advertido. Luego no te lamentes cuando te traiga más sujetadores a casa.

—¿Qué has dicho? —pregunté con una risa. No me podía creer que se hubiera delatado sin darse cuenta. Me sorprendía que todavía no hubiera superado la ruptura, pero todavía me sorprendía más que hubiera llegado al extremo de amenazar, intimidar y entrar en una propiedad privada. Sus actos desesperantes me corroboraron que no estaba bien. Y, por eso mismo, podía ser capaz de cualquier cosa—. Entonces fuiste tú.

—¿El qué?

—El sujetador. Entraste en mi casa y dejaste un sujetador en su armario.

—¿Qué? Claro que no, ¿por quién me tomas?

—Mira, Abril, que te largues ya de aquí, ya me has hecho perder suficiente tiempo. No quiero verte nunca más en mi vida. Te has pasado de la raya.

—Te arrepentirás de no haberme hecho caso. Zorra.

Un jaleo de voces se escuchó en la entrada de mi casa. Me costó darme cuenta de que eran dos agentes de policía acompañados por mi amiga Patricia. Agarraron a Abril por los brazos y la sacaron a la fuerza.

—¡Puedes quedarte la foto! ¡No me des las gracias! —chilló con una sonrisa escalofriante mientras se la llevaban.

Cerré la puerta y resbalé hasta acabar sentada en el suelo. Respiré con la foto entre mis manos. Con la visión del maldito abrazo destrozándome las retinas.

Me repetí una y otra vez que Abril no estaba bien. Tenía que confiar en Hugo. Nada podía hacerme dudar. Pero ¿y ese beso? ¿De verdad lo era? Estaba a punto de llegar a mi límite. Era más de lo que podía soportar. Había aguantado mucho y me quedaba sin fuerzas y sin ganas de luchar. Ya no sabía qué más decirme para creer en él cuando no me daba motivos, cuando no me daba seguridad ni estabilidad. ¿Había llegado el momento de retirarse?

Patricia se agachó a mi lado y me abrazó.

—Tranquila, ya ha pasado todo.

Me aferré a sus brazos y no la solté hasta lograr calmar mi respiración.

—¿Qué haces aquí?

—Soy tu salvadora. Sabía que estarías en peligro y he venido a rescatarte. No cuela, ¿no? —Sonrió cuando alcé una ceja—. He venido para escapar de Paolo, no podía más, me pone de los nervios. Necesitaba despejarme en tu remanso de paz, contemplar el mar y la piscina. Con unas cervezas y contigo. Pero entonces me he encontrado el panorama, había dos agentes de policía vigilando tu casa. Me he asustado mucho, y más cuando he visto a Abril. Ya sabes que siempre me ha dado mala espina, no me fío de ella.

Se lo agradecí y la acompañé en su remanso. Un remanso que las dos necesitábamos. Y en el que reímos, mucho, porque con ella es imposible no hacerlo. Porque su gran poder es hacer que olvides los problemas y que disfrutes de la vida como lo hace ella. Así de simple. Pero, a la vez, así de complicado.

25

—Elena, quedan pocas hojas del diario. Me da pena que esta historia termine —susurró mi abuelo, deslizó con suavidad los dedos por las páginas y se dejó impregnar por su olor.

—A mí también, me ha gustado conocer un poco mejor al gran amor de tu vida y a la madre de Hugo. Me he puesto en su piel, he sentido su dolor y su amor.

—Las palabras de Carmen han sido un rayo de luz en la oscuridad en la que me había sumergido desde su pérdida. Sus palabras me han acercado de nuevo a ella, me he sentido acompañado y arropado. Amado. Nuestro amor fue real.

—Por supuesto que fue real, abuelo. Vuestro amor no ha conocido límites y perdurará en la eternidad.

Me tendió el diario. Él no iba a poder leerlo con claridad. El nudo en su garganta hacía acto de presencia cada vez que hablábamos de ella.

«Estoy decidida. Lo amo. Amo a Ramón. Los miedos, las dudas, la incertidumbre y la culpabilidad no pueden impedirme luchar por lo que realmente quiero. Yo también soy importante. Yo también merezco ser feliz. Merezco llevar una vida llena de amor, de satisfacción, de risas, de primeras veces y de plenitud. Claro que lo merezco. Y estoy decidida a vivirlo. No hay excusas. No hay miedos. Voy a derribar el muro que yo misma he construido, piedra a piedra durante tantos años. Voy a declarar mi amor, voy a gritar por encima del viento. Quiero que hasta la misma Afrodita rabie de celos. Sé que Ramón espera este momento con ansia y deseo. Sé que soy correspondida. Siempre lo ha demostrado. Y, por fin, a partir de mañana empezará nuestra vida en común, esa vida con la que tanto hemos soñado. No voy a dejar pasar ni un día más. Lo necesito a mi lado. He esperado demasiado y la vida se me escapa. Mañana será el día. Estoy nerviosa, muy nerviosa, pero siento que puedo con todo. Mi vida está a punto de cambiar».

—Pero…, no entiendo nada, Elena. Ese día nunca llegó. Carmen jamás vino a buscarme.

Yo tampoco entendía nada. Pasé las páginas en busca de respuestas. No había nada. Me topé con páginas en blanco, una tras otra.

—Elena, ¿qué pasó? ¿Por qué escribió eso y luego nunca vino a buscarme? Dime qué pasó —suplicó desesperado.

—No lo sé, abuelo. —Las páginas se deslizaban entre mis dedos a toda velocidad. Mi impaciencia me provocó un pequeño corte en la yema del dedo índice. Varias gotas de sangre se me derramaron sobre una hoja. Me llevé el dedo a la boca.

Mi abuelo me arrebató el diario para buscar la respuesta.

—¡Aquí! ¡Aquí, Elena! ¡En la última página! ¡Léelo, por favor! ¿¡Qué pone!? ¿¡Por qué la página está tachada!? ¿¡Qué pasó!?

Sostuve el diario con el dedo envuelto en un trozo de papel. Había una última página escrita, la última de todo el diario. Tras ella no quedaba nada más, solo estaba la cubierta. Varios rayajos emborronaban el escrito. Rayajos hechos a conciencia, con rabia, con dolor. Incluso, uno de ellos, perforó la hoja y creó un pequeño agujero.

—¡Elena, por favor! ¡Te lo suplico!

«Siento que me muero. Jamás había sentido tanto dolor».

Mi abuelo me apretó con tanta fuerza la mano que me dejó los dedos marcados. Parecía que se le fuera a salir el corazón por la boca. No le hice esperar más.

«Escribo en la última página porque esta historia termina aquí. Aunque, a decir verdad, no sé si alguna vez comenzó o todo ha sido un engaño o una simple ilusión que solo he sentido yo. Va a ser la última vez que escriba sobre él, incluso va a ser la última que lo nombre, tras estas palabras se habrá terminado todo, Ramón dejará de existir. Estaba dispuesta a dejar mi vida atrás. Él no. Él no pensaba lo mismo.

Anoche lo vi. Me acerqué a su casa, él entraba en el portal en el mismo momento en el que yo llegaba. El aura que lo rodeaba le hacía brillar, destacar, le hacía único, especial. El nerviosismo que sentía me impedía llegar hasta él, mis pies se detuvieron. Quise gritar y salió un hilo de voz ahogado, imperceptible para él. Ese fue el principio del fin. Aparecieron su mujer y sus hijos. Salieron del portal con una sonrisa. El más pequeño abrió los brazos en busca del cariño de su padre. Ramón lo elevó por los aires y dieron varias vueltas. Sus risas llegaron a mis oídos como estacas. Su mujer se unió a ellos en un abrazo. Ramón la besó. Fue un beso tímido, rápido, pero a mí me dejó helada y rota.

La mirada de su mujer se cruzó con la mía, me descubrió entre las sombras cuando seguía en brazos de Ramón. Se envolvieron de nuevo en un abrazo. Sus hijos les reclamaban atención. Eran la viva imagen del significado de la palabra familia.

Ramón se despidió de ellos y se adentró en el portal. Divisé su espalda y sus piernas desaparecer escaleras arriba cuando me sorprendió que su mujer pronunciara mi nombre. “Carmen, sé que te llamas así. Ramón me ha hablado de ti”. Un halo de esperanza me sobrevoló la cabeza. “Espero que Ramón no te haya dado falsas esperanzas, su intención nunca ha sido estar contigo. Has sido un pasatiempo, él

mismo me lo confesó la noche en la que me lo explicó todo. Quiso llamar mi atención, recuperarme, hacer resurgir la chispa del principio con unos celos infundados, fue contigo cómo podría haber sido con cualquier otra, no porque tú fueras especial". Me rompieron sus palabras. Me rompieron en mil pedazos. Me arrancaron hasta mi último aliento. Y me quedé muerta en vida.

Pero, ¿podía creerla? ¿De verdad me habías engañado? No quería aceptarlo. No de ti».

—¡Es que todo era mentira! ¡Toñi, maldita seas! Yo nunca pronuncié esas palabras. Le hizo creer algo que no era. Elena, yo no dije eso. Yo amaba a Carmen.

—Lo sé, abuelo. Sé que jamás hubieras hablado así de ella, has demostrado con creces el amor que has sentido y todavía sientes por Carmen. La abuela no lo hizo bien, es verdad. Pero también hay que entenderla. Habló su dolor, su miedo a perderte. Tuvo que ser muy duro para ella.

—Sí, ya lo sé. Me duele también por Toñi. La engañé. Viví con ella y le di toda mi atención hasta su último día, pero mi corazón dejó de pertenecerle. Mi corazón pasó a ser de Carmen, pero, si continuaba con nuestra historia de amor, no podría ver más a mis hijos. Y yo como un tonto caí en su trampa. Ella no podía prohibirme nada. Eran mis hijos. Y era mi vida, eran mis sentimientos. Yo decidía la vida que quería llevar. Supongo que no me quedó otra opción, pasó el tiempo y Carmen se alejó de mí, creí que me había olvidado y quise darle su espacio, dejarla ser feliz. Tampoco quería implicarla en mis problemas. Merecía ser feliz con alguien que pudiera estar plenamente por ella. Lo que no sabía era que Carmen había venido a buscarme. Eso lo hubiera cambiado todo.

—Carmen dice que no quiso creerla. Confiaba en ti, abuelo. Seguro que había sentido el amor en tu mirada, en tus palabras, en tus caricias. Ese sentimiento no podía ser mentira. No podías estar engañándola. Pero entiendo que pudo generarle dudas. Dudas por no saber si eras tan real como ella creía o era la imagen idealizada que se había querido hacer de ti. Además, te quería demasiado como para destrozar la unión que tenías con tus hijos. Supongo que por eso decidió retirarse y dejarte continuar con la vida que ya tenías.

«Mi corazón es tuyo, aunque no estés conmigo, porque para quererte no necesito tenerte. Hoy suelto tu mano, te dejo libre para que sigas tu camino. Te amo y te amaré siempre, Ramón».

La última frase de Carmen nos dejó en un profundo silencio. No podía llegar a imaginar la magnitud de lo que sentía mi abuelo. Debía de haber sido muy doloroso vivir una historia de dos enamorados que se han mirado en la distancia durante toda la vida. Dos enamorados que han sufrido en silencio, que han fingido continuar con una vida que no les pertenecía, que han intentado ser felices lejos el uno del otro cuando, de esa manera, no hubieran podido llegar a conseguirlo nunca.

—Abuelo, vente conmigo, ven a mi casa a dormir.

Me veía incapaz de dejarlo solo. Lo veía abatido.

—No, Elena, estoy bien.

—Solo por esta noche.

Desde la muerte de Carmen, mi abuelo estaba hundido, apagado. La vida se le empezaba a escapar de entre los dedos y no hacía nada por retenerla. La ilusión se le desvanecía a la par que su memoria y se le terminaban los motivos por los que luchar.

—Gracias por todo, Elena, pero necesito estar solo.

Le solté la mano y me incorporé.

—¿Seguro? —insistí con la esperanza de conseguirlo, pero una última llamada conforme terminaba el horario de visitas puso fin a la nuestra.

—Seguro. —Hizo el intento de sonreír, pero no le salió.

Me fui a casa intranquila, inquieta. Con una sensación amarga. Era la primera vez que lo sentía. No sabía si llamarlo presagio, intuición o que, tal vez, conocía a mi abuelo mejor que a mí misma. No estaba bien. El vacío en sus ojos y la inexpresión en su cara me alertó.

No debería de haberlo dejado solo, pero, para cuando la culpabilidad se adueñó de mí, ya era tarde para ponerle remedio.

26

—¿Elisa Muñoz?

Una llamada me despertó a las dos de la madrugada. Mi abuelo. Sabía que la llamada era por él.

—Le llamamos de la residencia.

A pesar de saberlo, me dio un vuelco el corazón.

—No encontramos a su abuelo.

No recuerdo cómo me vestí ni llegué a la residencia. Estaba atacada.

—Estamos revisando las cámaras de seguridad y una patrulla de policía ha salido en su busca hace una hora. Parece que ha saltado por la ventana de su habitación. Lo sentimos mucho. —La directora se deshacía en disculpas una y otra vez.

La historia, en otro momento, me hubiera parecido surrealista, pero no tuve tiempo de pensar en nada más que en ir a por él.

Llamé a Hugo. Tenía que saber lo que había sucedido, aunque desde la distancia no pudiera hacer nada. Su teléfono estaba apagado. Le dejé un mensaje de voz mientras salía de la residencia a toda velocidad y volvía a subirme al coche. También llamé a mis padres, que rápidamente se unieron en la búsqueda.

El primer lugar que me vino a la cabeza fue el Café del firmamento, ese sitio tan especial que se había convertido en su rincón junto a Carmen. Estaba a veinte kilómetros de distancia, no había podido ir a pie y tampoco disponía de dinero para permitirse un taxi.

—Piensa, Elisa, piensa, joder.

Conduje en piloto automático, sin ser consciente de la carretera, de los pedales, ni de la velocidad a la que iba. A aquellas horas de la noche no había tráfico y la mayoría de los semáforos estaban en ámbar. Menos uno que, cuando estaba a punto de pasar, cambió al rojo y me obligó a frenar. Maldije e incluso golpeé el volante. Cada segundo perdido podía ser crucial en su búsqueda.

—¿Dónde estás, abuelo? —pregunté desesperada.

Me encontraba detenida entre un parque y el cementerio. Qué curioso. Hasta ese momento nunca me había dado cuenta. A un lado de la carretera había vida: naturaleza, insectos y pequeños animales campaban a sus anchas, una zona de juegos que durante el día se llenaba de niños que reían, corrían y jugaban, de personas que conversaban y hacían deporte. Al lado contrario muerte. Ese gran contraste enfrentados día y noche.

Repiqueteé el volante con desespero, una y otra vez. Debía de tratarse del semáforo más largo de la historia.

Volví a mirar a ambos lados de la carretera. Y, en cuanto el semáforo me dio paso, tuve claro dónde estaría mi abuelo y giré hacia la derecha.

—¡Cementerio! —exclamé esperanzada.

Aparqué de cualquier manera y corrí por el pasillo central, atravesé caminos, dejé nombres, fotografías, fechas y flores marchitas. Crucé el último tramo con el corazón a punto de salírseme del

pecho y, entonces, lo vi. Mi abuelo. Estaba sentado sobre la lápida de Carmen.

Suspiré aliviada y las lágrimas me desbordaron de los ojos. Aminoré el paso y, al llegar a su lado, me abalancé sobre él.

—¡Abuelo! ¡No vuelvas a darme este susto! ¿Me has oído?

Lo abracé, le sostuve la cara con las manos y repartí varios besos por su rostro. Mi abuelo permaneció impasible. Su mirada continuó en la fotografía de ella.

Me quité la chaqueta y se la pasé sobre los hombros, estaba helado.

—Abuelo, te quiero. —Volví a abrazarlo—. Siempre que quieras venir, avísame, por favor, te voy a traer aquí cuando lo necesites. Aquí o a cualquier otro lugar. Me tienes para ti, abuelo.

—Elena, ¿sabes qué? Tenía que ser así. —De pronto depositó su atención en mí.

—¿A qué te refieres?

—Mi historia de amor con Carmen —se sinceró—. Carmen ha significado mucho para mí. Ni el matrimonio de ambos, ni su hijo, ni los míos, me han hecho abandonar la idea de amarla. Ya sabes que, desde el primer instante en que la vi, la he tenido en la cabeza y no he podido sacarla de mi vida. Aunque estuviéramos años sin vernos. Mi corazón siempre le ha pertenecido. Siempre. Pero nuestro destino estaba escrito. Nuestro final no era estar juntos.

Noté como se le quebraba la voz, pero no tardó en retomar su discurso.

—Hugo nunca hubiera nacido y tú nunca lo hubieras conocido. ¿Qué hubiera sido de ti? ¿Acaso ahora estarías enamorada de otra persona o, por el contrario, hubieras sido feliz sola? ¿Tendrías hijos, gatos, tal vez peces de colores? Y, lo más importante para mí, ¿hubiéramos tenido esta relación tan estrecha, habríamos estado tan unidos como lo hemos estado siempre? —me preguntó—. Lo he pensado mucho, Elena. Sobre todo, en estos últimos días. No. No cambiaría el pasado. No cambiaría el pasado por el simple hecho de que tú me importas más que mi propia vida. Tu felicidad es la mía y tu bienestar es el mío. Y me siento tranquilo al verte con Hugo. Vales tanto que no te creo merecedora de nadie más, cariño.

Estiró la mano en mi dirección y me acarició la mía, con cariño.

—Me he sentido amado, querido, apoyado y protegido por ti todos los días de mi vida. He tenido la suerte de contar contigo siempre, de manera incondicional. Nunca has juzgado mis actos. Nunca me has soltado de la mano ni aún cuando me he empezado a olvidar de ti, Elena.

No pudo continuar, se le quebró la voz.

—Abuelo… —intenté decir, pero tampoco logré que me salieran las palabras. Su emoción me traspasó la piel y me llegó al corazón.

—Lo siento, lo siento mucho —continuó con los ojos llorosos—. Siento no recordar todos nuestros momentos. Siento haber olvidado la última película que hemos visto juntos, siento haber olvidado la edad que tienes, tu canción favorita e incluso tus primeros pasos. Pero lo que no he olvidado nunca es mi amor hacia ti. Sé que, aunque perdiera por completo la memoria, percibiría nuestro vínculo, nuestro cariño. No me preguntes cómo, pero lo sé.

Afirmé, un mar de lágrimas me surcaba el rostro.

—Yo también lo sé, abuelo. Yo también lo sé.

Pegamos nuestras frentes. Su fría y áspera mano me acarició la mejilla y me recosté sobre ella.

Cerré los ojos.

—Me siento muy afortunada de tenerte como abuelo.

—Yo sí que me siento afortunado. Eres la persona más especial que he conocido.

Unas gotas de lluvia se unieron a nuestras lágrimas. Gotas que cada vez se hicieron más intensas y nos obligaron a emprender la marcha en busca de refugio.

—Abuelo, ¿qué haces?

Al percibir que no me seguía, me giré y lo vi tocar la tumba de Carmen en lo que parecía una silenciosa despedida.

—¡Abuelo! Tenemos que irnos, se acerca una tormenta.

No se alejó con pesar ni con dolor, su mirada estaba tranquila. Me agarré a su brazo y lo guie entre la poca visibilidad que permitía la lluvia. Los truenos empezaban a hacer acto de presencia.

—Volveremos a estar juntos pronto —me pareció escuchar que salía de sus labios.

Le abrí la puerta del coche y le quité la chaqueta empapada. Apenas sirvió, debajo también iba calado. Me senté en el asiento del piloto y puse la calefacción.

Nuestras miradas se perdían entre las gotas que impactaban contra el cristal y los destellos de los relámpagos.

Desvié la mirada para observar a mi abuelo, él hizo lo mismo conmigo y, sin decir nada, estallamos en carcajadas. Carcajadas sin sentido, sin razón.

—Mañana cuando amanezcamos con gripe no nos hará tanta gracia —volví a reír.

Carcajadas de risa floja que nos dieron la vida, pero también dolor de barriga.

—Que nos quiten lo *bailao*, Elena, que la vida son dos días y uno lo pasamos durmiendo. ¿Quieres un consejo? Haz siempre lo que quieras y asegúrate de que te hace feliz.

Carcajadas que nos duraron lo que tardó en amainar la tormenta y volver a recomponernos.

En la residencia, estaban todos despiertos: residentes, enfermeros y cuidadores. Los gritos de alegría al recibirnos se debieron de escuchar a kilómetros de distancia. Mis padres se abalanzaron sobre mi abuelo.

—Papá, ya te he dicho mil veces que vengas a vivir con nosotros, no te lo repito más —le sugería mi madre de malas maneras por lo mal que lo había pasado.

—¿Puri? —respondió mi abuelo desconcertado, creía que veía a su mujer.

—Papá, soy tu hija.

—Eres igual que ella: refunfuñona.

—¿Qué dices, papá? Vamos, ven conmigo a casa.

—No, aquí estoy bien, tengo mi libertad…

—¡Tanta libertad que no se enteran ni de cuándo te vas! —respondió de nuevo alterada, pero enseguida apaciguó el tono de voz—. Quiero decir… que con nosotros estarías mejor atendido.

—Mamá —la detuve—, no es momento de agobiarlo. Volved a casa, me quedo con él.

—Hacedle caso a Elena —me apoyó mi abuelo.

—¿Elena? —Mi madre miró a mi padre con una mezcla de desconcierto y pena, desconcierto que mi abuelo percibió—. Yo no puedo irme tranquila dejando a mi padre solo con la niña.

—Primero, no estoy solo, estoy rodeado de un montón de personas que se preocupan por mí.

Segundo, de niña nada, es una gran mujer y vale lo que no está escrito —respondió tajante y con orgullo en la voz, después se dirigió a mí y, añadió, avergonzado—: Y tercero, dime que te llamas Elena.

—Lo siento, abuelo, me llamo Elisa, pero me encanta ser Elena para ti.

—Viejo inútil —se lamentó y se dio un manotazo en la frente.

—Ni se te ocurra decir eso. Anda, vamos a descansar.

—¡Primero un orujo de hierbas para templar el cuerpo! Ay, quiero decir… ¡una manzanilla! —Me guiñó un ojo.

—¡Y será verdad! Ahora resulta que se me van de botellón, Juan. No gano para disgustos con estos dos. —Mi madre se santiguó varias veces.

—¿Y tú llevas mis genes? Sonríe un poco más, que la vida es maravillosa por más que te empeñes en no verlo. Anda, ven aquí, que te quiero, hija mía, no lo olvides nunca.

Mi abuelo pasó el brazo por los hombros de mi madre y la atrajo hacia él, le dio un beso en la sien y volvió a recordarle lo mucho que la quería.

Una vez solos, y con el tercer chupito de orujo entre los dedos, reíamos en silencio para no despertar de nuevo al resto de residentes.

—Hacía tiempo que no lo pasaba tan bien como hoy. Gracias, *Elisa* —agradeció remarcando mi nombre. Sonreí emocionada.

—Para mí también está siendo una gran noche.

—«Qué pasará, qué misterio habrá, puede ser mi gran noche…» —imitó a Raphael—. Nos falta un poco de música, ¿no crees?

—Abuelo, no te emociones que no estamos en la verbena del pueblo. Además, son las cuatro de la mañana y deberíamos de estar durmiendo.

Sin hacerme caso, se acercó a un viejo radiocasete del que sonaron los primeros acordes de una canción de Nino Bravo. Mi abuelo era amante de las baladas.

—¿Le concederías un baile a este viejo olvidadizo?

—No hay nada que desee más.

Me tendió su mano, que acepté encantada. Me sostuvo por la cintura y acompañó la música con su voz.

—«Te quiero, vida mía, te quiero noche y día, no he querido nunca así. Te quiero con ternura, con miedo, con locura, solo vivo para ti».

Apoyé la cabeza en su hombro y cerré los ojos. Sus pasos guiaron los míos en sintonía y la melodía de su voz me transmitió paz. El momento fue mágico y especial. Tanto que quedaría para siempre en mi memoria y en mi corazón.

27

Desperté de un susto, sin poder respirar, como si algo tratara de asfixiarme. Pegué una intensa bocanada mientras me ubicaba. Estaba sentada en un sillón, pero parte de mi cuerpo reposaba sobre la cama de mi abuelo. Me había quedado dormida a su lado.

Nuestras manos estaban cogidas. Acaricié su palma y la noté fría. Me incorporé para subir la sábana y taparlo con ella, pero, al soltar su mano, esta cayó con peso sobre el colchón.

Me asusté y supliqué para que estuviera profundamente dormido. Su pecho no se movía. Me impactó sentir que tal vez no respirara. Sobre su corazón, y aferrado con la mano, tenía el diario de Carmen. Día y noche la tenía presente.

Su cara reflejaba felicidad con una medio sonrisa.

Le toqué la mejilla. También estaba fría.

—Abuelo. —Le zarandeé el cuerpo con intención de que abriera los ojos—. Abuelo, despierta.

Volví a zarandearlo con más fuerza sin querer creer lo que había sucedido.

—No me hagas esto. Abuelo. Despierta.

Las lágrimas empezaron a desbordar de mis ojos y el desespero me hizo elevar la voz.

—¡Abuelo, por favor! ¡No! ¡No, por favor! ¡Abuelo!

Mis gritos invadieron el aire.

Se encendió la luz de la habitación y una de las cuidadoras apareció a toda prisa. Se acercó a mi abuelo y confirmó lo que tanto temía: mi abuelo me había dejado.

Me derrumbé sobre su cuerpo y lloré con desconsuelo. Perdí la noción de la realidad, del tiempo y del espacio. Unos brazos me cogieron para alejarme de él. Yo solo podía llorar y suplicar que no se lo llevaran. No podía dejarme. No me imaginaba mi vida sin mi abuelo.

Las imágenes me llegaban difusas y los sonidos como ecos lejanos. Los sanitarios que rodeaban el cuerpo de mi abuelo parecían sombras que se movían a cámara lenta. No sabía qué le hacían. Trabajaban sobre su torso desnudo.

—¡Abuelo! —volví a chillar.

De nuevo unos brazos me sostuvieron. Intenté deshacerme de ellos, pero ejercieron más presión sobre mí.

—Déjame, quiero ir con él.

Mi desespero sacó fuerza de donde no me quedaba, pero no fue suficiente. Vi mi cuerpo retenido en un abrazo. Un abrazo sanador que me suavizó y me calmó la respiración. Un abrazo que me transmitió sensación de hogar. Con el que sentí que estaba a salvo y protegida.

Esas sensaciones solo me las transmitía Hugo. Era él. Mi mente lo imaginaba para no colapsar ante un momento tan doloroso.

Pero era tan real…

—Lis.

¿Lis? Solo él me llamaba así. Me deshice de su abrazo y lo miré a la cara. Me costó reconocer que

era él. No entendía cómo ni porqué, pero Hugo había aparecido cuando más lo necesitaba.

—Lis, estoy aquí. Llora, llora todo lo que necesites.

Y eso hice. Lloré hasta quedarme sin fuerzas, lloré hasta quedarme agotada y vacía. Igual de vacía que me había dejado la partida de mi abuelo.

Mis padres y mi tío no tardaron en llegar. Las palabras sobraban. Éramos incapaces de mantener la entereza. Nos dejaron solos. Nos concedieron la intimidad y el espacio que necesitábamos para despedirnos de él.

No recuerdo aquel momento. No recuerdo qué dije, qué hice. No recuerdo nada.

Desperté en mi cama.

Miré a mi alrededor sin entender qué hacía allí. Vi a Hugo apoyado en el cabezal, leía un libro. Lo dejó a un lado y me regaló una preciosa sonrisa. Se acercó a mí y me acarició la cara.

—¿Cómo estás? —preguntó preocupado.

—¿Qué haces aquí? ¿Y Barcelona? ¿Y tu ascenso?

«¿Y Nerea?», pensé.

Hizo el gesto de silencio y puso su dedo sobre mis labios.

—Olvídate de eso ahora, Lis. Lo único importante eres tú.

Pasó sus manos por mi cuello y me atrajo a él. Me rendí y me apoyé sobre su pecho. El rencor desapareció. El sufrimiento por su engaño había pasado a doler menos porque lo de mi abuelo dolía más.

—Gracias por estar conmigo. —Y lo dije de corazón. Necesitaba volver a tenerlo entre mis brazos. Necesitaba su cariño, su consuelo.

—No tienes que dármelas. Te quiero más que a nada en el mundo y siempre voy a estar a tu lado, en lo bueno y en lo malo. —Apoyó los antebrazos sobre la cama para poder verme, antes de continuar—: En cuanto me dijiste que tu abuelo había desaparecido hice la maleta y corrí al aeropuerto.

—¿Y la formación?

—Me da igual la formación. Mi prioridad eres tú. Doy por hecho que estaré descalificado para ocupar el puesto, seguiré como auxiliar de clínica que tampoco está mal. Son cosas que pasan. Lo importante es apoyarte y estar a tu lado.

—Y quisiste estar a mi lado tan solo porque mi abuelo se hubiera escapado de la residencia.

—¿Solo? Imaginaba lo preocupada y asustada que estarías. No dudaba en que sabrías solucionarlo sola, pero necesitaba echarte una mano con la búsqueda aún seguro de que, para cuando llegara, ya habría aparecido, porque tú consigues todo lo que te propones. —Me miró con admiración y orgullo —. Vales mucho. Eres más fuerte y valiente de lo que crees. Estoy muy orgulloso de ti, mi princesa guerrera.

—Anda, calla. —Logró sacarme una sonrisa que oculté entre su cuello. Me costaba aceptar palabras bonitas sobre mí. No me creía merecedora. Mi inseguridad me distorsionaba la realidad y me hacía destacar la peor parte de Elisa, y más después de lo que había pasado entre nosotros.

—¿Sigues dolida conmigo?

—Han pasado muchas cosas últimamente, Hugo. Muchas cosas que ni siquiera te he explicado

porque he sentido que no podía contar contigo.

—¿Qué dices, Lis? —Me miró preocupado—. He estado muy liado con el trabajo, lo sé. Pero siempre he estado por y para ti.

—No lo has hecho, Hugo. No lo has hecho. ¿Sabes? Abril entró en nuestra casa. —Hugo se enderezó asustado—. Me la encontré una noche en el salón. Me ha advertido sobre ti a través de mensajes y notas.

—¿Has dicho Abril? ¿Abril ha estado en nuestra casa?

—Sí, me asusté mucho cuando la vi.

—No puede ser, Abril lleva meses ingresada por brotes psicóticos.

—¿En serio?

—No sé cómo ha podido pasar. ¿Me dejas hacer un par de llamadas?

Hugo, preocupado, no tardó en ponerse en contacto con el centro de psiquiatría. Le informaron de que le habían concedido un permiso especial de tres semanas para estar con la familia, pero que había regresado antes de tiempo porque no la habían visto recuperada y podía suponer una amenaza. Tan pronto colgó, llamó a la hermana de Abril para confirmarlo.

—No está bien, ya te lo dije —me explicó—. Me da pena porque es una persona a la que he querido mucho y no puedo evitar preocuparme por ella, pero no puedo ponerte en riesgo. Y lo que ha hecho es intolerable —se lamentó. Se llevó una mano a la cabeza, frustrado—. ¿Me acompañas a visitarla para aclarar todo? Podemos ir cuando se calmen un poco más las cosas.

—No, Hugo, no quiero saber nada más de ella. Necesito que acabe ya esta pesadilla.

—Y yo necesito saber qué te ha hecho. Me siento fatal, Lis, todo es culpa mía. —Resopló y echó la cabeza hacia atrás.

—No digas eso. —Le cogí las manos para que volviera a mirarme. No quería que se sintiera mal.

—Lo siento. Lo siento mucho. No me puedo creer por lo que has pasado. Y encima sola.

Hugo me atrajo a su pecho y envolvió mi cuerpo con sus brazos.

—Lis, lo siento. Lo siento de verdad.

—Eso no es todo. Me enseñó una foto tuya. En la foto estabas con Nerea. Os estabais besando —manifesté con aparente frialdad.

—¿Qué? ¿Cómo? —Me separó de él para mirarme a la cara—. Eso sí que no. Jamás. Nunca. Lis, te lo prometo. No te lo habrás creído, ¿no? No me he besado con nadie. Nunca lo haría.

Apreté los labios y medité las palabras, pero antes de saber con seguridad si debía pronunciarlas, lo solté.

—Lo he visto.

Hugo negó con la cabeza, con energía, como si no diera crédito.

—No sé qué es lo que has podido ver. Nunca la he besado. Nunca te haría eso. Confía en mí, por favor.

—Quiero hacerlo, Hugo. Quiero confiar en ti. Pero necesito saber qué ha pasado.

—Nada, no ha pasado nada. Te lo juro.

Temí la respuesta, aún así tuve que formular la pregunta en voz alta.

—Hugo, ¿me has engañado con Nerea? Dímelo, por favor, si lo has hecho reconócemelo.

—¡No lo he hecho, te lo juro!

—¿Entonces por qué fuiste con ella a Tamarit?

Hugo desvió la mirada y se puso blanco. Nervioso. No se atrevió a dar una respuesta. Me separé de él. Incómoda.

—¿Lo ves? Mientes.

—No. No. Eso no. Nunca te he mentido, Lis.

—No entiendo por qué me haces esto. No sé qué ha pasado entre nosotros para que me engañes y me ocultes cosas.

Unas desgarradoras lágrimas que no pude controlar por más tiempo empezaron a brotar de mis ojos.

—¡Lis, escucha! ¡No es lo que parece! —se incorporó nervioso y me limpió las mejillas.

—Me siento fatal, Hugo. Toda mi vida se ha ido a la mierda.

—¡No, no digas eso! ¡Me tienes a mí! ¡Me tienes aquí! ¡Estoy por y para ti! ¡Te lo juro!

—No te creo. No puedo creerte.

Dio varios pasos por la habitación y gritó de impotencia. Me dio pena. Quería entenderlo, quería confiar en él, pero no me lo ponía fácil.

—Lis, escúchame. —Me cogió la cara con las dos manos—. Ahora con lo de tu abuelo no es el mejor momento. En unos días, cuando esté todo más calmado, te mostraré algo. Confía en mí hasta entonces.

—No puedo, Hugo. No puedo esperar más tiempo. No puedo sufrir también por lo nuestro. Dime qué narices pasa.

Hugo evitaba decirlo y no entendía por qué.

—Lis, ahora necesitas descansar, llorar, chillar o despedirte de tu abuelo como más lo necesites. Te esperan unos días muy intensos.

—Unos días intensos por los que no quiero pensar en esto, Hugo, no puedo más. ¿No lo entiendes? Lo he pasado muy mal.

—¿De verdad quieres que sea ahora?

Le respondí con una mirada de súplica, no quería, necesitaba que fuera en ese momento. Necesitaba respuestas, comprender qué era lo que había pasado esos días. Comprender la situación.

Hugo me devolvió la mirada, en ella había duda. No quería contármelo, y eso me partía el alma.

Tragué saliva antes de asentir.

Supongo que vio que no tenía otra opción, porque cogió su teléfono móvil e hizo una llamada.

—Hola, soy Hugo Carreras. Hay cambio de planes. Tenemos que adelantarlo. Llegaremos en dos horas. Lo sé, sé que es muy precipitado, pero tiene que ser ya. Muchas gracias y disculpe las molestias.

No entendía qué podía ser. No entendía dónde me quería llevar, pero necesitaba respuestas y lo seguiría al fin del mundo si hacía falta para obtenerlas.

—¿Quieres un dato que te dejará más tranquila? —Afirmé y él continuó—: Antes de ir a Barcelona me reuní con tu abuelo. —Lo miré sorprendida—. Él lo sabía todo, fue mi aliado, le conté todos mis planes y me dio su aprobación.

—¿De qué estás hablando? ¿Aprobación para qué?

—¿Te acuerdas del vestido blanco que te regalé porque estropeé el que llevabas el día en el que nos conocimos? —Asentí dudosa—. Póntelo, quiero que estés radiante.

28

HUGO

Lis era ese rayo de luz que asomaba en medio de la oscuridad por la partida de su abuelo. Brillaba e iluminaba todo a su paso. Llenaba mi corazón hasta desbordarlo y me hacía rabiar de amor. Un amor tan fuerte y puro como jamás había sentido y que incluso me hacía temblar de miedo.

Las últimas semanas me había comportado como un auténtico imbécil. Me había alejado de ella sin merecerlo. Le había dado más importancia al trabajo cuando ella era mi máxima prioridad. Siempre lo había sido y siempre lo sería. Todo lo demás orbitaba a su alrededor en un segundo plano.

Verla bajar las escaleras me cortó la respiración. Lis era la perfección hecha mujer. Me fascinaba todo de ella. Su atractiva cara de labios prominentes y ojos de un color verde aceituna, su pelo claro como el trigo y suave como la seda, su silueta proporcionada con su culito respingón. Y, por encima del físico, su personalidad: su sabiduría, alegría, entusiasmo, honestidad, bondad, inocencia, pureza…, sin olvidarme de su torpeza y sus meteduras de pata que tanto me divertían y me hacían reír. Con ella la vida se veía de otro color.

—Estás increíble —alabé con deseo.

—¿Dónde me llevas?

Su mirada triste me partía en dos. Me dolía verla así. Acababa de perder a su abuelo. Y encima arrastraba el miedo por las advertencias de Abril y la soledad de no tenerme a su lado y creer que me perdía… Me sentía fatal. Quería poner remedio y compensar las malas semanas que había pasado. Lo único que deseaba era que fuera feliz.

Al subir en mi Range Rover, puse un repertorio de música de los noventa, que era su favorita, y alterné temas de conversación con silencios según su necesidad. Estaba nervioso a la par que ilusionado. Aunque no podía negar que también me sentía acojonado. Esperaba que todo saliera bien.

En poco menos de dos horas, llegamos a la provincia de Tarragona. Sin dejarla bajar del coche, le vendé los ojos. Sabía que no estaría tan receptiva como lo había imaginado, pero eso no me impedía dar todo de mí y hacer que ese momento fuera inolvidable y mágico para ambos.

La acompañé hasta el jardín del castillo románico del siglo XI situado frente al mar. Estaba tan nervioso que el corazón se me iba a salir del pecho. Me situé frente a ella, al amor de mi vida, a la persona con la que quería pasar el resto de mi existencia. Respiré hondo y di mi aprobación para que unos violines comenzaran a tocar los acordes de *Canon in D,* de *Pachelbel*. Unos acordes que me emocionaron al instante.

Le desaté la venda con la emoción a flor de piel y admiré su desconcierto. No sabía dónde mirar. No sabía qué hacer, qué decir. A nuestro alrededor se formaba un pasillo con fotografías nuestras, desde nuestro inicio hasta la actualidad. Acompañadas de frases, momentos, lugares y fechas.

—¿Qué es todo esto? —preguntó en un susurró.

—El camino que hemos recorrido para llegar hasta aquí. Los años tan maravillosos que me has

regalado a tu lado. Lo feliz que me has hecho y me haces cada día.

La mirada vidriosa de Lis volaba de un recuerdo a otro. Admiraba cada detalle con ilusión y pasión. Con amor. De sus labios escapó una sonrisa. Le había conseguido robar una sonrisa en un día tan doloroso para ella. Fue una gran satisfacción.

Uní mi mano a la suya. Una mano cálida, suave. Una mano que esperaba que nos sostuviera siempre, que no nos dejara caer. Lis era mi lugar seguro, mi mundo, mi hogar. Mi faro en la oscuridad. Mi día, mi noche y mi vida entera. Cuánto la amaba.

Recorrimos el camino de velas blancas y pétalos de rosa hasta que llegamos a un último recuerdo: tan solo aparecía la fecha de ese mismo día. Una fecha que quedaría por siempre en nuestra memoria. Lis me miró extrañada y emocionada. Le sostuve la mirada y sonreí.

Varios fuegos artificiales nos hicieron desviar la mirada hacia el frente. Me agarró más fuerte de la mano y apoyó su cabeza en mi hombro.

Los violines sonaban de fondo entre estallido y estallido. Cuando finalizó el magnífico espectáculo de luces, se hizo el silencio. Un silencio en el que solo se escuchaba el repiqueteo de mi corazón desbocado.

Pum pum, pum pum.

Estaba muy nervioso. Sentía que me iba a dar algo de un momento a otro. Me sudaban las manos.

Pum pum, pum pum.

Había llegado el momento. Me puse frente a ella. La miré a los ojos. Tragué saliva y… me arrodillé.

Pum.

Le mostré el anillo. Un precioso y delicado anillo de oro blanco que había elegido con esmero para ella.

Lis abrió la boca. Sorprendida, desconcertada, asombrada, feliz, emocionada.

—¿Quieres…?

No podía emitir la frase sin titubear. Nunca hubiera imaginado ese nivel de nerviosismo y de inseguridad en mí mismo. Lis me imponía. Era un mujerón de los pies a la cabeza. Y necesitaba que fuera mía.

—¿Quieres… casarte conmigo?

—¡Sí! —chilló casi sin dejarme terminar—. ¡Sí, sí, sí y mil veces sí, Hugo! —Se agachó conmigo al suelo y me abrazó.

Mi prometida. Mi futura esposa. La persona con la que iba a pasar el resto de mi vida. La mujer de la que estaba completamente enamorado.

La besé emocionado. Tenía los sentimientos a flor de piel. Y solo me bastó ver una lágrima resbalar por su mejilla para unirme a ella.

—Te amo, Lis.

—Yo sí que te amo, Hugo. Ha sido maravilloso. Precioso. ¡Ha sido perfecto!

—No tanto como tú —la admiré.

No me podía creer que, después de tantos malos entendidos y obstáculos en el camino, nuestro amor hubiera superado todo.

Nos incorporamos para abrazarnos de nuevo. Aspiré su aroma. Su risa. Y me contagié de ella. La felicidad existía y era ese momento, estaba convencido. Un remanso de paz. Un oasis en medio del inevitable dolor de la vida.

—Este sitio es increíble —alabó volviendo a echar un vistazo a su alrededor—. No has podido elegirlo mejor.

—Siento desilusionarte, pero yo no lo he elegido.

Me miró extrañada. Sabía que no se podía imaginar lo que le esperaba.

—¿Nerea? ¿Por eso viniste con ella?

Su pregunta me desconcertó. ¿Nerea? ¿Tenía que acordarse precisamente de ella en aquel momento tan especial? Me dio pena. Mucha pena. Eso significaba que de verdad había llegado a dudar de mi fidelidad hacia ella, los celos y la inseguridad le habían traicionado y lo había pasado muy mal en mi ausencia.

—Vine con ella, pero no fue quien me dio la idea. Como Tamarit nos pillaba de camino a Barcelona, le pedí que me acompañara e hizo el favor de ayudarme en esta aventura.

Lis torció el gesto y sentí la necesidad de darle más explicaciones.

—Nerea se ha convertido en una amiga. Una simple amiga, te lo prometo. Pero muy buena. Nunca la he visto como algo más y quiero que me creas. Me ha ayudado mucho y le estoy muy agradecido. Sé que te va a caer muy bien cuando la conozcas. Ya lo verás.

Torció el gesto y supe que se iba a negar antes de abrir la boca.

—Ahora mismo estoy muy resentida.

—Lo sé, cariño. Pero espero hacerte cambiar de idea con el paso de los días. Nos espera una larga vida juntos y te prometo mejorar hasta convertirme en la pareja que mereces.

—Entiende que ahora mismo crea que las palabras se las lleva el viento.

—Te entiendo. Solo te pido que te dejes llevar y lo demás ya se irá viendo.

—Por ti lo quiero intentar todo.

La rodeé con todo mi cuerpo con la intención de fundirnos en uno solo. Estaba pletórico de amor.

—Entonces, si no ha sido Nerea, ¿quién te ha dado la idea de venir aquí? —volvió a insistir curiosa.

Me preparé para darle la noticia que le iba a impactar y emocionar a partes iguales.

—Tu abuelo.

Lis se paralizó. Y yo sonreí.

Nos depositaron una *tablet* en las manos y un vídeo comenzó a reproducirse. Su abuelo, en sus últimos días de vida, había querido dejarle un mensaje. Un vídeo que yo ya había visto infinidad de veces, con el que había reído y sufrido y que, por supuesto, había mantenido en secreto.

—Elisa, que no Elena. —Un guiño de ojo acompañó esa frase y Lis sonrió emocionada—. ¿Cómo estás, mi pequeña? Si estás viendo esto es porque yo ya no estoy contigo, ¿que cómo lo sé? Porque siento que me voy, cariño, siento que mi tiempo ha terminado, que ya he hecho todo lo que quería, y que… qué narices, porque quiero reencontrarme con Carmen ya, no aguanto ni un solo día más sin ella.

Lis se pasó el dorso de la mano por las mejillas para borrar las lágrimas que empezaban a emanar

de sus ojos.

—No llores mi ausencia, por favor. No merece la pena pasarlo mal —pidió Ramón como si intuyera la reacción de su nieta—. Sonríe. Sonríe por todo lo que hemos vivido, que no ha sido poco. Sonríe por nuestras confidencias, aventuras, bailes, risas…, por la unión tan bonita que hemos tenido. Por el cariño que nos hemos profesado. Sonríe por todo, por todo lo que se te ocurra. Siempre hay motivos para sonreír.

Miré a Lis con amor, ella era mi motivo para sonreír, la única capaz de hacerme feliz hasta en los peores momentos.

—¿O no es suficiente encontrarte en el Castillo de Tamarit junto al amor de tu vida? —continuó Ramón—. Dime que ese sitio te ha enamorado tanto como a Carmen y a mí. Lo descubrimos hace años en el reportaje de una revista y empezamos a fantasear con casarnos allí. ¿Es tan mágico como nosotros lo habíamos soñado?

—El recorte de revista que encontramos entre los recuerdos de Carmen —susurró para sí misma —, por eso me sonaba este lugar.

—Espero que la pedida de mano haya estado a la altura. Mejor dicho, a tu altura —le dedicó a su nieta orgulloso—, porque no mereces menos, mi pequeña. Eres grande, magnífica, valiosa. No podría ofrecer tu mano a otra persona que no fuera Hugo, solo él es merecedor de ti. Sé cómo te mira, sé cuánto te quiere. Por eso os doy mi bendición. ¿Así te parece bien, Hugo? ¿Añado algo más? Elisa, es que lo tengo detrás de la cámara apuntándome con una escopeta. —Pese a la tristeza, a Lis se le escapó una carcajada—. ¡Fuera bromas! Sed felices. Sed felices y disfrutad de este amor tan puro y bonito con el que la vida os ha brindado y que tanto os merecéis. Sed felices por vosotros, pero también por Carmen y por mí. No sufráis más por nosotros. Por fin vamos a poder vivir nuestra historia de amor. Os quiero y os deseo todo lo mejor del mundo —Lanzó un beso a cámara seguido de una sonrisa—. Ale, ya me puedo ir en paz. Y advertido quedas, Hugo, como le hagas daño a mi nieta te perseguiré hasta la eternidad para hacerte la vida imposible —bromeó cuando se creía que la cámara ya no lo estaba grabando.

Lis se carcajeó entre lágrimas y me abrazó emocionada.

—Gracias. Gracias por este gran recuerdo. Por este día. Por querer pasar conmigo el resto de tu vida y por enseñarme a mi abuelo una vez más.

29

Nunca olvidaré ese trece de julio. El día en el que perdí a mi abuelo, en el que mi vida se apagó un poquito, pero también el día en el que mi amor se hizo más fuerte y me proporcionó la seguridad que me faltaba para luchar por lo realmente importante: mi felicidad. Y con ello mi fortaleza, la seguridad en mí misma, mi autoestima. La que había perdido por el camino y estaba dispuesta a recuperar. Así que ese mismo día volví a resurgir con más fuerza y ganas que nunca.

Yo podía con todo. Yo era mucho más de lo que creía. Era lo que veían las personas que me querían. Tenía muchas cualidades buenas y debía de valorarlas. Hugo, mi referente, me había pedido matrimonio, ¡quería casarse conmigo! Un hombre increíble con un montón de virtudes. Un hombre que llamaba la atención de cualquiera. ¿No era hora de creérselo un poquito? Esa era la señal de que yo también merecía la pena, de que yo también era increíble e iba a trabajar en ello, en creérmelo.

No iba a ser tarea fácil, tenía que lidiar con la dolorosa pérdida de mi abuelo y pasar las fases del duelo. Sabía que jamás lo superaría, pero llegaría un día en el que aprendería a vivir con su ausencia y sonreiría con sus recuerdos. Tal como él me había pedido. Tal y como él merecía.

Tenía la suerte de contar con mi familia, mis amigos y, en especial, con Hugo. Sabía que, con su ayuda, el proceso sería mucho más llevadero y podría continuar con mi día a día siendo feliz. A su lado era fácil conseguirlo.

A su lado la vida era mejor.

Epílogo

Con el moño deshecho y la ropa más vieja que tenía, me enfundé los guantes, me eché el trapo al hombro y cogí la escoba. En el último momento habíamos decidido que la cena con nuestros amigos se celebraría en nuestro jardín. Y no se limpia tan rápido como cuando se sabe que vas a recibir visitas en casa, eso es así. Hugo se había adueñado de la cocina y no precisamente para cocinar, pensaba dejarla impoluta.

En una hora teníamos toda la casa niquelada. Terminé en el salón, ordené los marcos de la estantería de la televisión y, al reparar en la foto de Nueva York, la sostuve entre las manos y la observé con cariño. Hugo y yo, con Times Square de fondo, celebrando fin de año. Qué gran sorpresa me organizó. Con él descubrí que los sueños podían hacerse realidad.

—Fue increíble, ¿verdad?

Hugo me abrazó por la espalda, lo que me erizó la piel.

—Increíble es quedarse corto. —Me giré para tenerlo frente a mí y sonreí al ver su aspecto. Estaba sudado y tenía el pelo revuelto.

—¿De qué te ríes? Tú estás igual que yo, pero aun así te comería entera.

Me cogió a horcajadas con un gruñido y hundió la cara en mi cuello.

—Hueles a ti, me encanta.

—Necesitamos una ducha urgente, Hugo —le detuve.

Cuando nos disponíamos a ir al cuarto de baño, sonó el timbre de la puerta. Nuestros amigos no podían ser, todavía faltaban dos horas.

Miré mis pintas y me asusté, pero no me quedaba otra opción que abrir.

Para mi sorpresa, me encontré con Nerea. Era la visita que menos esperaba y me quedé pasmada. Ella, al contrario de mí, lucía espectacular.

—Hola, *guapi*. ¿Está Hugui? He venido a darle una sorpresa.

—Nerea, preciosa. —Hugo abrió la puerta por completo y salió a recibirla con un abrazo—. ¿Cómo han ido estos últimos días sin mí?

—Aburridos, ya lo sabes. Sin ti nada es lo mismo.

—Qué ilusión que estés aquí.

—Yo también tenía ganas de verte.

—Nuestra despedida fue un poco precipitada.

—Con la de cosas que nos quedaban por hacer.

Mi cara iba de uno a otro como en un partido de tenis. Tenía que reconocer que la situación, en otro momento, me hubiera resultado incómoda. Pero después de hablar largo y tendido con Hugo sobre el malentendido, estaba muy tranquila. Sabía que la consideraba una buena amiga y me gustaba percibir que era recíproco.

—¿Has venido sola o con Laura?

¿Con Laura? ¿Quién era Laura?

—Con mi chica, por supuesto, está aparcando.

¿Su chica?

—Miradla, por ahí viene. Se ha cortado el pelo y está arrebatadora. No me digáis que no —salivó y se mordió el labio.

Miré a Hugo. Miré a Nerea. Miré a la supuesta pareja de Nerea: Laura. Y respiré. Y sonreí. También me puse nerviosa. Y me avergoncé. Todo al mismo tiempo. Me fue imposible mantener la conversación. Solo podía recordar el viaje de Hugo y Nerea a Barcelona, lo mal que lo había pasado por los celos infundados que había sentido. Qué estúpida.

—¡Lis! ¡Qué gran noticia! —Hugo me sorprendió y me lanzó por los aires, eufórico.

Miré a mi alrededor sin entender nada. ¿Qué ocurría?

—Te lo mereces, Hugui.

¿Qué se merecía?

Hugo me dejó en el suelo y abrazó con entusiasmo a Nerea.

—Gracias, de verdad, no te vas a arrepentir.

—Ya lo sé que no, formamos un gran equipo.

No conseguía pillar ni una palabra.

—¿Qué te parece, Lis?

¡Mierda! ¿Qué me parecía el qué? Debía de tratarse de algo importante al ver la reacción de Hugo. Pero, a riesgo de meter la pata, puse cara de circunstancias.

—¿Te parece bien?

Volví a poner la misma cara. No sabía qué se suponía que tenía que decir.

—¿Sí? —pregunté en vez de afirmar.

Hugo cambió el semblante y entonces pensé que había fallado la respuesta.

—¿No? Sí, no me parece bien. ¿O sí? ¿Sí o no?

Hugo no sabía dónde meterse.

—¿Nos dais un momento, chicas? —les pidió—. Entrad y poneos cómodas, estáis en vuestra casa.

Me cogió de la mano y me arrastró hasta la cocina.

—Lis, ¿qué te pasa? ¿No te ha parecido una buena oportunidad?

—¿A Nerea le gustan las mujeres?

—¿Cómo?

—Qué vergüenza, Hugo. He sido una imbécil. Lo siento. Lo pasé muy mal cuando te fuiste, los celos me nublaron la mente y me puse en lo peor en todo momento. Además, las advertencias de Abril no ayudaron precisamente.

—Lo sé, cariño, ya habíamos hablado de esto y ya quedó todo aclarado —me dijo sin perder la compostura—. Yo ya sabía que Nerea tenía pareja, sabía que le gustaban las mujeres, pero, aunque no hubiera sido así, nunca me hubiera fijado en ella ni en cualquier otra persona que no fueras tú. Eres el amor de mi vida. Te quiero a ti. Jamás, nadie, me hará sentir lo que siento por ti.

Me lancé a sus brazos. Lo sabía. Me lo había demostrado siempre a pesar de yo no darme cuenta. Hugo me quería como era, quería cada parte de mí sin excepción, sin cambiar nada. Me elegía cada día y me transmitía seguridad y confianza. Siempre buscaba sorprenderme y hacerme feliz. Siempre

me tenía en mente. Había dado lo mejor de él por conseguir el nuevo puesto de trabajo para darnos un futuro mejor. Lo había hecho por nosotros. E incluso en esos días de estrés y tensión, había sacado tiempo del poco que tenía para organizar la pedida de mano. Una pedida de mano en la que había implicado hasta a mi abuelo. Había estado ciega, Hugo siempre había pensado en nosotros y yo no había estado a la altura. No me había puesto en su lugar, no lo había entendido.

—Entonces, ¿qué te ha parecido que vaya a ser socio de la empresa junto a Nerea?

—¿¡Qué!? ¿¡Lo has conseguido!? —grité de alegría.

—Nerea se lo propuso a su tío y le pareció buena idea que pasara a manos de los dos. Nos ve competentes y con metas parecidas. Confía en que formaremos un buen equipo y sabremos continuar de la mejor manera posible con el legado de la empresa.

—Estoy muy orgullosa de ti, Hugo. Te lo mereces. Te mereces todo lo bueno que te pase.

Fui en busca de Nerea y le di un abrazo que ella recibió feliz.

—Gracias por querer compartir la dirección de la empresa con Hugo.

—Sé que juntos lo haremos mejor.

—Yo también lo sé. Hugo te aprecia mucho y eres importante para él.

—Igual que él para mí. Nos hemos cogido mucho cariño. Así que a partir de ahora tú y yo nos veremos más a menudo. Espero que lleguemos a ser grandes amigas.

—Yo también lo espero —dije de corazón, deseaba conocer a la Nerea de la que Hugo tan bien me había hablado—. ¿Queréis quedaros a cenar? Van a venir unos amigos.

—Otro día, ¿vale? Hoy tenemos una cita romántica que no nos perderíamos por nada del mundo —explicó emocionada y le guiñó el ojo a su pareja.

No tardaron en volvernos a dejar solos. Aunque, no por mucho tiempo, tras una ducha rápida, llegaron nuestros amigos vestidos por colores como fichas del parchís.

El último en aparecer fue Jorge. Sí, Jorge. Acompañado de su olor, de su mujer Carlota y de su hijo Mateo. Vestidos de negro, muy elegantes. Parecían estrellas de cine.

Se los presenté a Hugo, que mostró verdadero interés.

—Hola, Jorge, encantado, tenía muchas ganas de conocerte —dijo y le estrechó la mano.

—Yo también a ti. Elisa es muy especial y estoy muy feliz por vuestro compromiso.

—Gracias. ¿Os ha llegado la invitación?

—Sí, y por supuesto que nuestra asistencia está confirmada, ¿verdad, amor?

—Claro que sí, me encantan las bodas —sonrió Carlota.

Locura o no. No lo sabía. Pero tenía ganas de conocerlos más, de pasar más tiempo con ellos. De tenerlos en mi vida e integrarlos en mi círculo de amigos. Si era una buena idea o no el tiempo lo diría.

—Mateo, yo te *enseno* la *picina* de mis titos, vas a *fipá*. —Paola cogió la manita de su compañero de clase y echaron a correr.

Todos sonreímos y los seguimos hasta el jardín.

—Pues que comience la fiesta, ¿no? —Puse música de fondo, que no podía faltar.

—¡Empiezo yo! Me ha tocado el color rojo pasión —celebró Patricia—. He traído vino tinto, por supuestísimo, una botella para cada uno, fresas, afrodisíacas y que no falte una bandeja de

embutidos: chorizo, salchichón y lomo embuchado. Todo ibérico. Y, lo mejor de todo, mi *look* —dijo a la vez que contoneaba el cuerpo para que viéramos su cortísimo vestido rojo—: llevo rojas hasta las uñas del pie.

—Si solo fueran las uñas… —se burló Cristian—, el rímel rojo que te has puesto en las pestañas da grima. Y la corona de plumas no hay por dónde cogerla. Parece que vienes directa del carnaval de Río de Janeiro.

—Yo no tengo la culpa de que seas un aburrido. Apenas se distingue el color que te ha tocado. Ese peto gris está tan desgastado que parece sacado del contenedor —se defendió.

Los nuevos integrantes, Jorge y Carlota, se aguantaron la risa.

—Tranquilos, os acostumbraréis a ellos —les susurré—. Son peculiares, pero se les acaba cogiendo cariño.

—Pero ¿qué hablas? Si es verde militar, daltónica. ¿El color de la comida tampoco lo distingues? Nachos verdes porque son de espinacas con guacamole, que es verde, alcachofas verdes y uva que, por si no te ha quedado claro, es verde también —anunció Cristian.

—Tócate los cojones. Y yo dejándome el sueldo en vinos e ibéricos —se quejó.

—Oye, nena, relájate, menuda mala leche traes hoy, me recuerda a cuando estuviste embarazada.

Di un respingo, asustada. Casi me atraganto con mi propia saliva.

—Patricia Cornado Suárez, dime que no es verdad —intervine a punto de que me diera un síncope.

—¿El qué?

—Que no estás embarazada.

—¿¡Cómo voy a estar embarazada!? ¿Verdad que no, churri?

—Me estoy empezando a marear. —Paolo, vestido entero de blanco, igual que el color de su cara, se sentó en el sofá de ratán. Hugo se apoyó en el reposabrazos para consolarlo.

—Cuqui, que no, que tuve la regla…, hace poco, ¿no? ¿Cuándo fue? Cuando fuimos al concierto de Camela, ¿no? Sí. ¡Eso! Me acuerdo porque nos arruinó el polv…

—¡Patri, no me jodas! ¡El concierto fue hace dos meses! ¡Dos! ¡Meses! —calculé alterada.

—¡Ay, mi madre! —chilló, se sentó junto a Paolo y se abanicó.

—Sí, sí, madre vas a ser otra vez —cizañeó Cristian entre risas.

—*Jodé*, mamá —intervino Paola como si entendiera la conversación.

—Me muero, me falta la respiración. —Paolo se desabrochó los primeros botones de la camisa.

—Otra vez sin beber no, ¿eh? ¡Me niego! —se lamentó Patricia.

—¿De verdad es lo único que te preocupa? —se sorprendió Hugo.

—Pues claro, ¿tú sabes cuánto tiempo he estado sin beber mientras que vosotros lo hacíais? Encima hoy, que traigo un arsenal de vino. Esto no es justo. No puedo estar embarazada.

—*Bebé*, yo *quielo bebé* —aplaudió Paola.

—¿Bebé? Parece que la hermana mayor ya se ha hecho a la idea. Choca esos cinco, pequeña. —Cristian le tendió la mano a Paola y ella no tardó en estampar su diminuta manita.

—Que lo que quiere es beber, imbécil. —Patricia, nerviosa, le propinó una colleja a Cristian—. Igual que la madre. Abrid ya el vino, por favor.

—¡Qué carácter, nena! Como todo el embarazo sea así, me mudo de país. —Cristian se alejó de su lado como si huyera del demonio.

—*Bebé*, *bebé* —volvió a pedir Paola sin dejar de saltar.

—Lo digo en serio, ¡abrid el vino ya! —suplicó Patricia como si la hubieran poseído.

—Cariño —intervine con algo de miedo—, hasta que no te hagas el test será mejor que no bebas…

—Salgo ahora mismo a la farmacia y salimos de dudas —se ofreció Hugo—, pero que alguien vigile a Paolo, está a punto de desmayarse.

—Churri, que no estoy embarazada.

Paolo no respondió, lo habíamos perdido hacía rato. Estaba escurrido en el sofá y tenía la mirada ausente. Cogí una revista y empecé a abanicarlo.

—¡*Bebé*, *bebé*! —continuó Paola, cada vez más alto y sin dejar de saltar.

—Que alguien le dé de beber ya a la chiquilla, por favor —suplicó Cristian.

Hugo no tardó en volver. Patricia le arrancó la bolsa de la mano y se encerró en el lavabo. Diez minutos más tarde pegó tal grito que debió de escucharlo la urbanización entera.

—Pues parece que hay premio gordo —corroboró Cristian mientras le daba el biberón de leche a Paola.

Hugo y yo no nos atrevimos ni a respirar, mucho menos a movernos del sitio. Paolo acabó por desmayarse.

Porque la vida es así: impredecible, sorprendente, inesperada y maravillosa.

Patricia y Paolo iban a volver a ser padres, y esperaba que esta vez el nombre de la criatura no empezara por P, aunque, mucho me temía que El equipo P seguiría en activo.

Cristian tenía una relación abierta con Álvaro. ¿Quién se lo iba a decir? Iba a seguir siendo el alma libre que era y tendríamos historias y anécdotas de él hasta aburrir.

Jorge, Carlota y Mateo habían pasado a formar parte de nuestro grupo, o eso parecía. Si habían sobrevivido a la primera noche de prueba y no habían huido despavoridos, la cosa pintaba bien. Yo, por mi parte, esperaba tener a Jorge para siempre.

Nerea y Laura parecían dos personas que merecían la pena. Si Hugo había elegido a Nerea era por algo, confiaba en él y esperaba acabar compartiendo una bonita y gran amistad.

Hugo había conseguido el puesto de director en la clínica dental. Un puesto por el que había luchado mucho y que casi nos había costado nuestra relación. Finalmente, todo había salido bien y ¡nos íbamos a casar! Todavía no me lo creía.

¿Y yo? ¿Qué decir de mí? Yo iba a recuperar lo más importante: seguridad en mí misma y amor propio. Me lo merecía. Había llegado mi momento. Me sentía preparada y con ganas.

La actitud con la que afrontas la vida es la que determina tu estado de felicidad. Y yo iba a cambiar esa actitud, me iba a querer más y mejor. Porque el amor hacia uno mismo es el más importante de todos. Tú eres tu mejor compañía. La única que te acompaña todos los días de tu vida, desde el primero hasta el último. Haz que merezca la pena. Cuídate, quiérete, valórate y vive. Sobre todo: vive.

Como diría mi abuelo «haz lo que quieras y asegúrate de que te hace feliz».

Agradecimientos

En primer lugar, quiero agradecértelo a ti, querido lector, porque sin ti no tendría sentido seguir escribiendo. Gracias por haber acabado con este libro entre las manos y haber llegado hasta el final.

Sigo con mis niñas de la lectura conjunta, no podíais faltar: Alba @unmundodehistoriasfantasticas, Lidia @loveisinthebooks15, Pili @moralalvapilar, María @orecunchodacuruxa y Carmen @carmen.martin.escritora, habéis sido un gran descubrimiento.

A las grandes profesionales con las que he tenido el placer de trabajar: @cothesanchez_illustration, @soylydiachas y @aitanasanblanco.

A mis mejores amigas, Eva e Irene, de nuevo en los agradecimientos, ahora y siempre, porque nuestra unión está por encima de la palabra amistad.

A mis padres y hermano, gracias una vez más por ser los primeros en leerme y darme vuestra opinión más sincera.

A mi familia política, en especial a mi suegra, gracias por vivirlo con la misma ilusión que yo.

A mi pareja, Jordi, por regalarme momentos para mí, para escribir y sumergirme en este mundo que tanto necesito, por apoyarme en todo, valorarme, animarme y hacerme mejor persona.

Y, por supuesto, a mis hijos, Paula y Hugo, porque lo sois TODO para mí.

Capítulos

Nota de la autora
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
Epílogo
Agradecimientos